

Antología literaria

3

SECUNDARIA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Dirección de Educación Secundaria

Antología literaria

3



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Título: Antología literaria 3

Ministerio de Educación
Calle Del Comercio N.º 193, San Borja
Lima 41, Perú
Teléfono: 615-5800
www.minedu.gob.pe

Segunda edición: junio de 2017
Primera reimpresión: noviembre de 2018
Tiraje: 485 136 ejemplares

Coordinadora
Karen Coral Rodríguez

Antologadores
Marco Bassino Pinasco
Marcel Velázquez Castro

Editor
Alfredo Acevedo Nestárez

Recopiladores de textos
Elizabeth Lino Cornejo
Agustín Prado Alvarado

Ilustrador
Oscar Casquino Neyra

Diseño y diagramación
Hungria Alipio Saccatoma

Revisión de contenidos para la segunda edición
María Susana Ricalde Zamudio

Impreso por:
Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.
Se terminó de imprimir en diciembre del 2018, en los talleres gráficos de Amauta Impresiones Comerciales S.A.C., sito en Jr. Juan Manuel del Mar y Bernedo N° 1290 Urb. Chacra Ríos Sur - Lima.

© Ministerio de Educación
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2018-19174

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*



En esta antología, se ha optado por emplear términos en masculino para referirse a los géneros de las personas. Esta medida no implica faltar el respeto que todos los seres humanos merecemos.
Asimismo, en los relatos, cuentos y poemas se ha respetado el uso de las variedades regionales del castellano cuando, por voluntad del narrador o autor, el texto original lo propone.
Por último, se está aplicando la normativa ortográfica vigente del español, publicada el año 2010.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
UNA MANO EN LAS CUERDAS (PÁGINAS DE UN DIARIO)	10
Alfredo Bryce Echenique	
EL RETORNO DE ELISEO	20
Edgardo Rivera Martínez	
RIMA XLI	36
Gustavo Adolfo Bécquer	
AL AMOR	37
Manuel González Prada	
EL TROMPO	38
Lorenzo Helguero	
HISTORIA	39
Blanca Varela	
ACTIVIDADES	40
MI CORBATA	48
Manuel Beingolea	
EL PRÓXIMO MES ME NIVELÓ	53
Julio Ramón Ribeyro	
EL RUMOR DEL OLEAJE	61
Yukio Mishima	
IDILIO MUERTO	73
César Vallejo	
LA TREGUA.....	74
Rosario Castellanos	
UN HOMBRE CON PODER	79
Tradición oral del Valle del Colca	
RELATO DE UN BORRACHO Y UN <i>EPE'YUI</i>	80
Tradición oral wayuu o guajiro de Venezuela-Colombia	
ACTIVIDADES	82
EL PUENTE.....	92
Franz Kafka	
EL PRÍNCIPE ALACRÁN.....	93
Clemente Palma	
EL GRILLO	100
Pu Songling	
EL ERMITAÑO DEL RELOJ.....	104
Teresa de la Parra	
PISHTACO, NACACC	113
Testimonio de Jesús Urbano Rojas	
ACTIVIDADES	116

LOS CACHORROS	122
Mario Vargas Llosa	
ANNA KARENINA	127
León Tolstói	
LOS MUERTOS	136
José María Eguren	
DOLOR	137
Alfonsina Storni	
EL JOVEN LLORADO	138
Tradición oral de Cajatambo, Lima	
EL CUENTO DE BALLQUISHAHUA	139
Tradición oral quechua de Chachapoyas	
ACTIVIDADES	140
AMOR DE REDONDEL. A MODO DE NOVELA	148
Clorinda Matto de Turner	
UNA VENDETTA	153
Guy de Maupassant	
LOS DOS ÁNGELES	157
Rafael Alberti	
EL CÓNDOR	158
Pablo Neruda	
DOS CUERPOS	159
Octavio Paz	
LA HORA.....	160
Juana de Ibarbourou	
ACTIVIDADES	161
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	167

PRESENTACIÓN

El libro que tienes en las manos es una puerta que te permite entrar o salir de muchos lugares: un extenso campo, otro planeta, un lugar inventado, el fondo del mar, la mente de una persona. En realidad, no existen límites para lo que hay detrás de cada puerta.

Si abres este libro, te encontrarás en una clínica donde te van a operar, en un cine donde tu amigo va a declararse, en la calle peleando por defender a uno de tus compañeros, en un barco en medio de una tormenta realizando una hazaña que te hará héroe. También te convertirás en un puente, un grillo de pelea, un perro que debe cumplir con una venganza, una persona que ha perdido el deseo de vivir, un cóndor...

Así, al cruzar el umbral de las diversas puertas, imaginamos que puedes tener algunas preguntas y aquí vamos con ellas y sus respuestas.

¿Tengo que leer todos los textos?

Lee los textos que quieras. Lee los textos que te atraigan. No todas las lecturas son para todos.

Una vez que he comenzado una lectura, ¿debo terminarla?

Las lecturas de esta colección están aquí para que las disfrutes. Ante la primera dificultad, no abandones, dales a la historia y a sus personajes una oportunidad de convencerte, de interesarte.

¿Hay un orden para leer los textos?

Empieza a leer por donde gustes. Cada texto abre una puerta distinta. Hay lecturas que tienen su momento, su lugar. Un día quieres una aventura o reírte un poco, otro experimentar algo que te dé miedo o despertar tu curiosidad y vivir el suspenso. Así como eliges qué comer, qué ropa usar, a dónde ir... puedes elegir qué texto leer.

¿Tengo que leer estos textos solamente en clase?

Puedes leerlos donde quieras: en el bus, en un parque, en tu casa, junto a un río, frente al mar o en el campo. Puedes leerlos donde te provoque.

¿Tengo que hacer las actividades?

Te aconsejamos que las revises, pues te pueden ayudar a orientarte en tu lectura, a mirar un texto desde otro punto de vista o tal vez a imaginar nuevas historias y escribirlas. Todo gran viaje empieza con un paso.

Y entonces, te invitamos a que abras muchas puertas con estas lecturas.

¡Vamos!

¡Pasa las páginas y adelante!

Marco Bassino Pinasco

Con el fin de orientar el tratamiento de los textos seleccionados, se ofrece a los docentes una *Guía pedagógica para el uso de las antologías literarias*, que encontrará en el siguiente enlace: http://jec.perueduca.pe/?page_id=3208

INTRODUCCIÓN

El lenguaje es una facultad constitutiva de la especie humana que ha producido, a lo largo de miles de años, las lenguas o idiomas del mundo. La literatura se configura como un trabajo sobre la lengua particular de cada escritor para crear una estructura material novedosa que produce significados mediante una forma estética. Se denomina soporte verbal al anclaje en la palabra de todo texto literario; mientras que la función estética refiere al placer sensorial y cognitivo en el acto mismo de la lectura. Además, la literatura se ha convertido desde hace mucho en una institución social con prácticas, criterios de valor y tradiciones.

En esta antología, se te ofrece una muestra significativa de la mejor literatura latinoamericana, europea y asiática. Entre ellos, la venezolana Teresa de la Parra, el checo Franz Kafka, el francés Guy de Maupassant y el japonés Yukio Mishima, entre muchos otros. Entre los autores peruanos tenemos al Premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa y a la narradora cuzqueña Clorinda Matto de Turner.

Algunos cuentos emplean una modalidad de representación realista, otros una modalidad fantástica o maravillosa; todos relatan desde la perspectiva de un narrador acciones emocionantes y significativas con temáticas asociadas al amor, conflictos sociales, infortunios y exaltaciones, entre otras. Varios cuentos tienen como personajes a adolescentes que viven situaciones comunes, como el primer amor, una operación de apéndice, la iniciación laboral. Otros cuentos expresan relaciones sociales conflictivas, y la pugna de los personajes por sobreponerse a la dominación, la tradición patriarcal y las jerarquías.

Por su parte, la novela es una narración ficcional extensa y la especie épica más leída en tiempos contemporáneos. La novela crea un mundo verosímil, donde los personajes nos ofrecen transformaciones, dilemas y conflictos que sorprenden y afectan al lector. En esta antología, incluimos algunos capítulos de *Anna Karenina*, la gran novela de León Tolstói, una historia de amor, desasosiego y muerte. El personaje principal se ha convertido en un símbolo de las promesas y amenazas que afronta la mujer en el mundo moderno.

Además, en estas páginas encontrarás poemas. Los que hemos elegido ofrecen estilos y horizontes estéticos variados. Todos adoptan una perspectiva personal o subjetiva para construir, a pesar de la brevedad del formato textual, sentimientos intensos, como la pasión, la rivalidad, la libertad y el amor.

Asimismo, se han incluido algunos textos de la abundante y heterogénea tradición oral del Perú y América. Relatos que explican una cosmovisión o validan una conducta social relevante; o testimonios que narran la vida de sujetos populares (en este caso, del retablista ayacuchano Jesús Urbano Rojas). Estos textos orales han sido recopilados desde las culturas andina, amazónica (Perú) y guajira (noroeste de Venezuela y norte de Colombia). La tradición oral trasciende las fronteras geográfico-políticas, pues expresa cultura y visión de mundo de pueblos ancestrales y originarios. ¿Quiénes son los depositarios de esa memoria que perdura a lo largo del tiempo? Los individuos pertenecientes a sus respectivas comunidades poseen la capacidad de transmitir oralmente sus tradiciones. Evidentemente, unos más que otros están interesados y entrenados en esta tarea; varones y mujeres, jóvenes, adultos o ancianos nutren a su entorno social evocando la memoria de su espacio cultural, mediante una particular performance verbal. Ellos constituyen el registro vivo de sus memorias locales y son transmisores orales de la memoria que van heredando.

Por otra parte, todo texto literario amplía el rango de nuestras sensaciones y percepciones: nos convierte en seres más complejos y más libres. Leer literatura es un viaje sin pasaje de retorno por la condición humana y sus mundos reales e imaginarios.

Marcel Velázquez Castro





UNA MANO EN LAS CUERDAS (PÁGINAS DE UN DIARIO)

1968

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

(peruano)



El Country Club es uno de los hoteles más elegantes de Lima, y dicen que tiene más de cien habitaciones. Está situado en San Isidro, barrio residencial, a unos veinte minutos en automóvil del centro de Lima, y rodeado de hermosos jardines. Durante el verano, mucha gente viene a bañarse en las piscinas del club, y a jugar tenis. Para los muchachos en vacaciones escolares o universitarias, es un entretenido centro de reunión.

3 de enero

Esta mañana he ido al Country por primera vez en estas vacaciones. Encontré, como siempre, a muchos amigos. Todos fuman, y me parece que Enrique fuma demasiado. Enrique me ha presentado a su enamorada. Es muy bonita, pero cuando me mira parece que se burlara de mí. Se besan todo el tiempo, y es muy incómodo estar con ellos. Yo sé que a Enrique le gusta estar conmigo, pero si siguen así, no voy a poder acercarme. Enrique no hace más que fumar y besar a Carmen. Carlos también tiene enamorada, pero creo que lo hace por pasar el verano bien acompañado. No es ni bonita, ni inteligente. Es fea. Los demás no tenemos enamorada. Este verano empieza bien. Hay muchas chicas nuevas, y algunas mocosas del año pasado se han puesto muy bonitas. Veremos. Regresaré como siempre a almorzar a mi casa...

11 de enero

Hoy he visto a la chica más maravillosa del mundo. Es la primera vez que viene a la piscina, y nadie la conoce. Llegó cuando ya iban a cerrar la puerta. Solo vino a recoger a un chiquillo que debe ser su hermano. Me ha encantado. ¿Qué puedo hacer? No me atreví a seguirla. ¿Quién será? Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo para nada. Me puse demasiado nervioso. Hacía rato que estaba sentado en esa banca, sin saber que ella

estaba detrás de mí. No sé cómo se me ocurrió voltear. Se ha dado cuenta de que la he mirado mucho, pero no nos hemos atrevido a mirarnos al mismo tiempo. Si no regresa, estoy perdido. Tengo que ir a la piscina todos los días, por la mañana y por la tarde. Tengo que...

15 de enero

Parece que seguirá viniendo todos los días. Nadie la conoce, y tengo miedo de pedirle ayuda a Carlos o a Enrique. Serían capaces de tomarlo a la broma...

16 de enero

La he seguido. No se ha dado cuenta de que la he seguido. Vive cerca a mi casa. No me explico cómo no la he visto antes. Tal vez sea nueva por aquí... ¡Qué miedo me dio seguirla! Ya sé dónde vive. Tengo que conocerla. Mañana...

20 de enero

¡Se llama Cecilia!

No sé qué pensar de Piltrafa. Todos dicen que es un ladrón, que es maricón y que es un hipócrita. No sé qué pensar, porque a mí me ha hecho el más grande favor que se me podía hacer. Me la ha presentado. Y, sin embargo, tengo ganas de matarlo. Me cobró un sol. Yo hubiera pagado mil. Fue la forma en que me la presentó lo que me da ganas de matarlo. Me traicionó. Le dijo que yo le había pagado un sol para que me la presentara. Ella se rio, y yo no sabía qué cara poner. Se ha dado cuenta de que me gusta. La quiero mucho, pero me molesta que lo sepa desde ahora. Mis amigos dicen que eso me ayudará. No sé...

30 de enero

¡La adoro! La veo todos los días. Viene a la piscina por las mañanas y por las tardes. Tenemos nuestra banca, como Enrique y como Carlos. Los mocosos son una pesadilla. Nos miran y se ríen de nosotros. Ella tiene miedo de que su hermano nos vea. Se la he presentado a Carlos y a Enrique. Dicen que es muy bonita, pero no me gusta cuando Carlos dice que tiene muy buenos brazos. Lo dice en broma, pero no me gusta. Carmen, la enamorada de Enrique, me ha prometido hacerme el bajo. Ella es mayor y entiende de esas cosas. ¡Qué complicado es todo! Ahora me dicen que disimule; que no la deje entender que estoy templado. ¡Qué difícil! Además, ella ya lo sabe. Mañana voy a decirle para acompañarla hasta su casa...

31 de enero

Hoy la acompañé hasta su casa. Nadie sabe cuánto la quiero.

Salieron. Habían estado toda la mañana sentados en su banca, y por la tarde, se habían bañado juntos. Ahora, él la acompañaba hasta su casa por primera vez. Cecilia se moría de miedo de que su hermano le acusara

a su mamá. Manolo también tenía miedo. «Ese mocoso es una pesadilla», pensaba, pero al mismo tiempo se sentía feliz de acompañarla. ¡Cuánto la quería mientras caminaba a su lado! La veía con su traje blanco y sus zapatos blancos, y eso de que fuera hija de austriacos le parecía la cosa más exótica del mundo. La adoraba mientras la miraba de perfil y comprobaba que su nariz era muy respingada, y que tenía las manos muy blancas y limpias. Adoraba el movimiento de sus pies al caminar. «Es linda. Debe ser buenísima. Parece un pato». Y desde entonces la llamó «pato», y a ella no le molestaba porque le gustaban los patos, y le gustaban las bromas. La adoraba cuando se reía, y se le arrugaba la nariz: «Es tan linda». Al llegar a una esquina, Cecilia le señaló su casa, y le dijo que era mejor que se despidieran allí. Manolo le confesó que ya conocía la casa, y que la había seguido un día. Ella sonrió, y le dijo que mañana también iría a la piscina.

7 de febrero

La acompaño todos los días hasta la puerta de su casa. Su mamá nos ha visto, pero se hace la que no se da cuenta, y no se molesta. Creo que es buena gente. ¡Cecilia no sabe cuánto la quiero! Es tan difícil decir todo lo que uno siente. Hoy, por ejemplo, cuando regresábamos de la piscina, ella me dijo que sus padres la habían amenazado con ponerla interna porque sus notas no habían sido muy buenas. Me di cuenta de que eso la preocupaba mucho. Hubiera querido abrazarla. Hubiera querido decirle que yo era capaz de hablar con sus padres. Además, quise decirle que si la mandaban interna, yo iría a verla todos los días por la ventana del colegio (no sé cómo, porque yo también estoy interno). Quise decirle tantas cosas, y solo me atreví a decir que no se preocupara, que todos los padres dicen lo mismo. Es terrible lo poco que uno dice, y lo mucho que siente. La quiero tanto...

10 de febrero

Podría morirme. Ayer Cecilia no vino a la piscina porque una compañera de clase la había invitado. La extrañé mucho. Carlos y Enrique se burlaban. Hoy la he visto nuevamente. ¡Qué maravilloso fue verla entrar! Parecía un pato. Ya todos mis amigos la llaman «pato», y yo le he regalado una figura de un pato que hizo uno de mis hermanos. Pero Cecilia me ha contado algo terrible. Ayer, en casa de su amiga, estuvo con César. César es el don Juan de mi colegio. Es el mayor de todo el colegio y un matón. No puedo tolerarlo. Me parece que me voy a volver loco encerrado aquí, en mi cuarto. ¿Cómo hacer para que no regrese donde esa amiga? Tengo que hablar con Carmen. No debo escribir más. Esto no es de hombre. Pero podría morirme...

12 de febrero

Hoy Cecilia y yo casi nos hemos muerto de vergüenza. Estábamos regresando a su casa. No sé por qué me sentía tan decidido. Me parecía que de un momento a otro me iba a declarar. ¡Si no hubiera sido por esos malditos perros! Casi nos hemos muerto de vergüenza. Estaba uno montado sobre el otro. Yo los vi desde que entramos a esa calle, pero no sabía qué hacer. Quería regresar, pero cómo le explicaba a Cecilia. No podía pensar, y cuando traté de hablar ya ella estaba más colorada que yo. Los perros seguían. Estaban cachando... No pudimos hablar hasta que llegamos a su casa. Pero, «no hay mal, que por bien no venga», porque Cecilia me presentó a su mamá, y con lo confundido que estaba casi no me importó. Creo que la señora...

15 de febrero

Y ahora tengo que invitar a Cecilia al cine. Mis amigos están preparando todo. En el cine, tengo que pasarle el brazo un rato después de que empiece la película. Si no protesta, debo tratar de acariciarle el hombro. En la fila de atrás, estarán Enrique con Carmen, y Carlos con Vicky. Ellos se encargarán de darme valor. Pepe y el Chino se sentarán, uno a cada lado nuestro, y hacia la mitad de la película cambiarán de asiento alegando no ver bien. Así podré actuar sin que los vecinos me molesten. Ellos llegarán antes que yo, para coger asiento. Todo esto me parece imposible. Si Cecilia se da cuenta, podría molestarse. Hasta cuándo durará todo esto. Sería tan fácil que la llamara por teléfono en este instante y le dijera cuánto la quiero. ¡Qué manera de complicarme la vida! Si todo terminara en el cine; pero no: por la noche, iremos al Parque Salazar, y allí tengo que declararme.

16 de febrero

¡Estoy feliz! Estoy muy nervioso. Cecilia ha aceptado mi invitación. Iremos todos al cine Orrantía. Sus padres la llevarán, y yo debo esperarla en la puerta a las 3.30 de la tarde. Mis amigos entrarán un rato antes para coger los asientos. Dice Cecilia que después irá a tomar el té a casa de una amiga, en Miraflores, y que luego irán al Parque Salazar juntas. Creo que la primera parte ha salido bien. Estoy muy nervioso, pero estoy contento.

17 de febrero

Soy el hombre más feliz de la tierra. Cecilia. ¡Cecilia! No puedo escribir. No podré dormir. ¡No importa!

No se hizo esperar. A las 3.30, en punto, Manolo la vio descender del automóvil de sus padres, en la puerta del cine. ¡Qué linda! ¡Qué bien le quedaba aquel traje verde! Era la primera vez que la veía con tacón alto. Más alta, más bonita, más graciosa. Parecía un pato en una revista para niños, una revista en colores para niños.

—Cecilia.

—Hola, Manolo. ¿Y tus amigos?

—Nos esperan adentro. Están guardándonos sitio. Ya tengo las entradas.

—Gracias.

Manolo sabía dónde estaban sus amigos. Avanzó hacia ellos, y esperó de pie, mientras Cecilia los saludaba. Se sentía incapaz de hacer lo que tenía que hacer, pues temía que ella se diera cuenta de que todo aquello estaba planeado. Sin embargo, Cecilia, muy tranquila y sonriente, parecía ignorar lo que estaba pasando. Se sentaron.

—No se vayan —le decía Manolo al Chino, que estaba a su izquierda. Pero el Chino no le hacía caso—. No te vayas, Pepe.

—No te muñequées, Manolo —dijo Pepe, en voz baja, para que Cecilia no lo escuchara.

Las luces se apagaron, y empezó la función. Manolo sentía que alguien golpeaba su butaca por detrás: «Es Carlos». Cecilia miraba tranquilamente hacia el ecran, y no parecía darse cuenta de nada. Estaban pasando un corto de dibujos animados. Faltaba aún el noticiario, y luego el intermedio. Manolo no sabía cómo se llamaba la película que iban a ver. Había enmudecido.

Durante el intermedio, Cecilia volteó a conversar con Carmen y Vicky, sentadas ambas en la fila de atrás. Manolo, por su parte, conversaba con Carlos y Enrique. Le parecía que todo eso era un complot contra Cecilia, y se ponía muy nervioso al pensar que podía descubrirlo. Miró a Carmen, y ella le guiñó el ojo como si quisiera decirle que las cosas marchaban bien. Cecilia, muy tranquila, parecía no darse cuenta de lo que estaba pasando. De vez en cuando, miraba a Manolo y sonreía. Las luces se apagaron por segunda vez, y Manolo se cogió fuertemente de los brazos de su asiento.

No podía voltear a mirarla. Sentía que el cuello se le había endurecido, y le era imposible apartar la mirada del ecran. Era una película de guerra y ante sus ojos volaban casas, puentes y tanques. Había una bulla infernal, y, sin embargo, todo aquello parecía muy lejano. No lograba comprender muy bien lo que estaba ocurriendo, y por más que trataba de concentrarse, le era casi imposible seguir el hilo de la acción. Recordó que Pepe y el Chino se iban a marchar pronto, y sintió verdadero terror. Cecilia se iba a dar cuenta. Se iba a molestar. Todo se iba a arruinar. En el ecran, un soldado y una mujer se besaban cinematográficamente en una habitación a oscuras.

—No veo nada —dijo Pepe—. Voy a cambiarme de asiento.

—Yo también —agregó el Chino, pidiendo permiso para salir.

«Se tiene que haber dado cuenta. Debe estar furiosa», pensó Manolo, atreviéndose a mirarla de reojo: sonriente, Cecilia miraba al soldado, que continuaba besando a la mujer en el ecran. «Parece que no se ha dado cuenta», pensó mientras sentía que sus amigos, atrás, empezaban nuevamente a golpear su butaca. «Tengo que mirarla». Pero en ese instante

estalló una bomba en el ecran y Manolo se crispó. «Tengo que mirarla». Volteó: en la oscuridad, Cecilia era la mujer más hermosa del mundo. «No pateen, desgraciados». Pero sus amigos continuaban. Continuaron hasta que vieron que el brazo derecho de Manolo se alzaba lentamente. Lenta y temblorosamente. «¿Por qué no patean ahora?», se preguntaba suplicante. Se le había paralizado el brazo. No podía hacerlo descender. Se le había quedado así, vertical, como el asta de una bandera. Alguien pateó su butaca por detrás, y el brazo empezó a descender torpemente, y sin dirección, Manolo lo sintió resbalar por la parte posterior del asiento que ocupaba Cecilia, hasta posarse sobre algo suave y blando: «La pierna de Vicky», se dijo, aterrorizado. Pero en ese instante, sintió que alguien lo levantaba y lo colocaba sobre el hombro de Cecilia. La miró: sonriente, la mirada fija en el ecran, Cecilia parecía no haberse dado cuenta de todo lo que había ocurrido.

La moda: formidable solución para nuestra falta de originalidad. El Parque Salazar estaba tan de moda en esos días, que no faltaban quienes hablaban de él como del «parquecito». Hacía años que muchachos y muchachas de todas las edades, venían sábados y domingos en busca de su futuro amor, de su actual amor, o de su antiguo amor. Lo importante era venir, y si uno vivía en el centro de Lima y tenía una novia en Chucuito, la iba a buscar hasta allá, para traerla hasta Miraflores, hasta el «parquecito» Salazar. Incomodidades de la moda: comodidades para nuestra falta de imaginación. Esta limeñísima institución cobró tal auge (creo que así diría don Ricardo Palma), que fue preciso que las autoridades intervinieran. Se decidió ampliar y embellecer el Parque. Lo ampliaron, lo embellecieron, y los muchachos se fueron a buscar el amor a otra parte.

Manolo no comprendía muy bien eso de ir al Parque Salazar. Le incomodaba verse rodeado de gente que hacía exactamente lo mismo que él, pero no le quedaba más remedio que someterse a las reglas del juego. Y dar vueltas al Parque, con Cecilia, hasta marearse, era parte del juego. No podía hablarle, y tenía que hablarle antes de que se enfriara todo lo del cine. «Esperaré unos minutos más, y luego le diré para regresar a casa de su amiga», pensó. Era la mejor solución. Ella no se opondría, pues allí la iban a recoger sus padres, y en cuanto a la amiga, lo único que le interesaba era estar a solas con su enamorado. Tampoco se opondría. Sus amigos habían decidido dejarlo en paz esa noche. Les había prometido declararse, y estaba dispuesto a hacerlo.

Caminaban hacia la quebrada de Armendáriz. Cecilia había aceptado regresar a casa de su amiga, y pasarían aún dos horas antes de que vinieran a recogerla. Tendrían tiempo para estar solos y conversar. Manolo sabía que había llegado el momento de declararse, pero no sabía cómo empezar, y todo era cosa de empezar. Después, sería fácil.

—Llegamos —dijo Cecilia.

—Podemos quedarnos aquí, afuera.

Era una casa de cualquier estilo, o como muchas en Lima, de todos los estilos. Un muro bastante bajo separaba el jardín exterior de la vereda. Al centro del muro, entre dos pilares, una pequeña puerta de madera daba acceso al jardín. Manolo y Cecilia se habían sentado sobre el muro, y permanecían en silencio mientras él buscaba las palabras apropiadas para declararse, y ella estudiaba su respuesta. Una extraña idea rondaba la mente de Manolo.

—Cecilia. ¿Me permites hacer una locura?

—Todo depende de lo que sea.

—Di que sí. Es una tontería.

—Bueno, pero dime de qué se trata.

—¿Lo harás?

—Sí, pero dímelo.

—¿Podrías subirte un momento sobre este pilar?

—Bueno, pero estás chiflado.

La amaba mientras subía al muro, y le parecía que era una muchacha maravillosa porque había aceptado subir. Desde la vereda, Manolo la contemplaba mientras se llevaba ambas manos a las rodillas, cubriéndolas con su falda para que no le viera las piernas.

—Ya, Manolo. Apúrate. Nos van a ver, y van a pensar que estamos locos.

—Te quiero, Cecilia. Tienes que ser mi enamorada.

—¿Para eso me has hecho subirme aquí?

Cecilia dio un salto, y cayó pesadamente sobre la vereda como una estatua que cae de su pedestal. Lo miró sonriente, pero luego recordó que debía ponerse muy seria.

—Cecilia...

—Manolo —dijo Cecilia, en voz muy baja, y mirando hacia el suelo—. Mis amigas me han dicho que cuando un muchacho se te declara, debes hacerlo esperar. Dicen que tienes que asegurarte primero. Pero yo soy distinta, Manolo. No puedo mentir. Hace tiempo que tú también me gustas y te mentiría si te dijera que... Tú también me gustas, Manolo...

A las 9 de la noche, los padres de Cecilia vinieron a recogerla. Manolo la vio partir, y luego corrió a contarles a sus amigos por qué esa noche era la noche más feliz de su vida.

2 de marzo

Nos vemos todos los días, mañana y tarde en la piscina. Tenemos nuestra banca, y ahora tenemos derecho a permanecer largo rato con Carmen y con Enrique, con Carlos y con Vicky. Hoy le he cogido la mano por primera vez. Sentí que uno de los más viejos sueños de mi vida se estaba realizando. Sin embargo, después sentí un inmenso vacío. Era como

si hubiera despertado de un sueño. Creo que es mejor soñar. Me gustaría que las cosas vinieran con más naturalidad. Todavía me falta besarla. Según Carlos, debo besarla primero disimuladamente, mientras estamos en nuestra banca. Después tendré que llevarla a pasear por los jardines, entre los árboles. ¿Hasta cuándo no podré quererla en paz? La adoro. Tenemos nuestra banca. Tenemos nuestro cine, pero nada es tan importante como la calle y el muro que tenemos en Miraflores...

6 de marzo

Hoy llevé a Cecilia por los jardines. Nos escondimos entre unos árboles, y la besé muchas veces. Nos abrazábamos con mucha fuerza. Ella me dijo que era el primer hombre que la besaba. Yo seguí los consejos de Enrique, y le dije que ya había besado a otras chicas antes. Enrique dice que uno nunca debe decirle a una mujer que es la primera vez que besa, o cualquier otra cosa. Me dio pena mentirle. Hacía mucho rato que nos estábamos besando, y yo tenía miedo de que alguien viniera. Cecilia no quería irse. Un jardinero nos descubrió y fue terrible. Nos miraba sin decir nada, y nosotros no sabíamos qué hacer. Regresamos corriendo hasta la piscina. Todo esto tiene algo de ridículo. Cecilia se quedó muy asustada, y me dijo que teníamos que ir a misa juntos y confesarnos...

7 de marzo

Hoy nos hemos confesado. No sabía qué decirle al padre. Enrique dice que no es pecado, pero Cecilia tenía cada vez más miedo. A mí me provocaba besarla de nuevo para ver si era pecado. No me atreví. Gracias a Dios, ella se confesó primero. Yo la seguí y creo que el padre se dio cuenta de que era su enamorado. Me preguntó si besaba a mi enamorada, antes de que yo le dijera nada. Al final de la misa nos vio salir juntos y se sonrió.

Cecilia me ha pedido que vayamos a misa juntos todos los domingos. Me parece una buena idea. Iremos a misa de once; y de esa manera podré verla también los domingos por la mañana. Además, estaba tan bonita en la iglesia. Se cubre la cabeza con un pañuelo de seda blanco, y su nariz respingada resalta. Se pone linda cuando reza, y a mí me gusta mirarla de reojo.

Tiene un misal negro, inmenso, y muy viejo. Dice que se lo regaló una tía que es monja, cuando hizo su primera comunión. Lo tiene lleno de estampas, y entre las estampas hay una foto mía. Me ha confesado que le gusta mirarla cuando reza. Cecilia es muy buena...

14 de marzo

No me gusta tener que escribir esto, pero creo que no me queda más remedio que hacerlo. Dejar de decir una cosa que es verdad, es casi como mentir. Nunca dejaré que lean esto. Solo sé que ahora odio a César más que nunca. Lo odio. Si Cecilia lo conociera mejor, también lo odiaría.

La estaba esperando en la puerta del cine Orrantia (nuestro cine). Todo marchaba muy bien hasta que pasó el imbécil de César. Me preguntó si estaba esperando a Cecilia. Le contesté que sí. Se rio como si se estuviera burlando de mí, y me preguntó si alguna vez me había imaginado a Cecilia cagando. Luego se largó muerto de risa. No sé cómo explicar lo que sentí. Esa grosería. La asquerosidad de ese imbécil. Me parecía ver imágenes. Rechazaba todo lo que se me venía a la imaginación. Solo sé que cuando Cecilia llegó, me costaba trabajo mirarla. Le digo que la adoro, y siento casi un escalofrío. Pero la voy a querer toda mi vida.

La amaba porque era un muchacho de quince años, y porque ella era una muchacha de quince años. Cuando hablaba de Cecilia, Manolo hablaba siempre de su nariz respingada y de sus ojos negros; de sus pecas que le quedaban tan graciosas y de sus zapatos blancos. Hablaba de las faldas escocesas de Cecilia, de sus ocurrencias y de sus bromas. Le cogía la mano, la besaba, pero todo eso tenía para él algo de lección difícil de aprender. De esas lecciones que hay que repasar, de vez en cuando, para no olvidarlas. No prestaba mucha atención cuando sus amigos le decían que Cecilia tenía bonitos brazos y bonitas piernas. Su amor era su amor. Él lo había creado y quería conservarlo como a él le gustaba. Cecilia tenía más de pato, de ángel, y de colegiala, que de mujer. Cuando le cogía la mano era para acariciarla. Le hablaba para que ella le contestara, y así poder escuchar su voz. Cuando la abrazaba, era para protegerla. (Casi nunca la abrazaba de día.) No conocía otra manera de amar. ¿Había, siquiera, otra manera de amar? No conocía aún el amor de esa madre, que, sonriente, sostenía con una mano la frente del hijo enfermo, y con la otra, la palangana en que rebalsaba el vómito. Sonreía porque sabía que vomitar lo aliviaría. Manolo no tenía la culpa. Cecilia era su amor.

18 de marzo

Hoy castigaron a Cecilia, pero ella es muy viva, y no sé qué pretexto inventó para ir a casa de una amiga. Yo la recogí allí, y nos escapamos hasta Chaclacayo. Somos unos bárbaros, pero ya pasó el susto, y creo que ha sido un día maravilloso. Llegamos a la hora del almuerzo. Comimos anticuchos, choclos, y picarones, en una chingana. Yo tomé una cerveza, y ella una gaseosa. Por la radio, escuchamos una serie de canciones de moda. Dice Cecilia que cuando empiece el colegio, nos van a invitar a muchas fiestas y que tenemos que escoger nuestra canción. La chingana estaba llena de camioneros, y a mí me daba vergüenza cuando decían lisuras, pero Cecilia se reía y no les tenía miedo. Ellos también se rieron con nosotros.

Nos alcanzó la plata con las justas, pero pudimos guardar lo suficiente para el regreso. Al salir, caminamos hasta Santa Inés. Es un lugar muy bonito, y el sol hace que todo parezca maravilloso. Nos paseamos un rato largo, y luego decidimos bajar hasta el río. Allí nos quitamos los zapatos y las medias, y nos remangamos los pantalones. Nos metimos al río, hicimos una verdadera batalla de agua. Somos unos locos. Salimos empapados, pero nos quedamos sentados al borde del río, y nuestra ropa empezó a secarse. Cazamos algunos renacuajos, pero nos dio pena, y los devolvimos al río antes de que se murieran. Debe haber sido en ese momento que la empecé a besar. Estaba echada de espaldas, sobre la hierba. Sentía su respiración en mi pecho. Cecilia estaba muy colorada. Hacía un calor bárbaro. Nos besamos hasta que el sol empezó a irse. Nos besamos hasta que nos dio mucho miedo. Nos quedamos mudos un rato largo. Cecilia fue la primera en hablar. Me dijo que nuestra ropa ya se había secado.

Era ya de noche cuando regresamos a Lima. Nadie sabrá nunca cuánto nos queríamos en el ómnibus. Nos dio mucha risa cuando ella encontró un pedazo de pasto seco entre sus cabellos. La quiero muchísimo. Volveremos a Chaclacayo y a Santa Inés.

25 de marzo

Detesto esas tías que vienen de vez en cuando a la casa, y me dicen que he crecido mucho. Sin embargo, parece que esta vez es verdad. Cecilia y yo hemos crecido. Hoy tuvimos que ir, ella donde la costurera, y yo donde el sastre, para que le bajen la basta a nuestros uniformes del colegio. La adoraba mientras me probaba el uniforme, y me imaginaba lo graciosa que quedaría ella con el suyo. Le he comprado una insignia de mi colegio, y se la voy a regalar para que la lleve siempre en su maleta. Estoy seguro de que ella también pensaba en mí mientras se probaba su uniforme.

11 de abril

Es nuestro último año de colegio. Vamos a terminar los dos de dieciséis años, pero yo los cumplo tres meses antes que ella. Estoy nuevamente interno. Es terrible. No nos han dejado salir el primer fin de semana. Dicen que tenemos que acostumbrarnos al internado. Recién la veré el sábado. Tengo que hacerme amigo de uno de los externos para que nos sirva de correo.

Estoy triste y estoy preocupado. Estaba leyendo unos cuentos de Chéjov, y he encontrado una frase que dice: «Porque en el amor, aquel que más ama es el más débil». Me gustaría ver a Cecilia.



EL RETORNO DE ELISEO

EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ

(peruano)



«¿Qué haces aquí?», preguntó, y se inclinó para observarme, don Isauro Oscovilca, y luego de un espacio agregó: «Algún día volverás a hablar, Eliseo, y algún día, también, serás músico». Se irguió, después, y apoyándose en su bastón se alejó. Yo permanecí inmóvil, sentado junto a la portada del templo, tan absorto como estoy ahora aquí en el coro, en el mismo banco en que él se sentaba, frente al armonio cuyo teclado recorría con sus dedos. Sí, preguntándome, recordando, en esta hora matinal de junio, de retorno y homenaje. Se marchó, pues, esa mañana, el viejo organista, y al cabo de un rato lo hice yo, contento porque me había dirigido la palabra. Me conocía, desde luego, pues ¿quién no sabía en el pueblo que yo era Eliseo, el mudo? ¿Quién no me había visto andar por las calles con los balayes de mi madre? Ignoraba, en cambio, el viejo señor, que yo era asiduo oyente de su arte, tan hermoso para mí como el amanecer o la blancura de la nieve. Y no obstante, movido acaso por una súbita intuición, me había hecho aquel pronóstico. Dejé que pasara, pues, un rato, y comenzó a atardecer. Me levanté al fin y regresé a casa, para preparar la cena, y aguanté con paciencia los rezongos de mi madre, y en la mesa los secos comentarios de mi padraastro. ¡Era tan tediosa nuestra existencia, y a veces me pesaba tanto, a mis quince años, la mudez en que me hundí un día! Mas esa noche me sentía contento, casi dichoso por lo que había escuchado, y por eso, después de comer y lavar la vajilla, me quedé en el corredor del patio hasta muy tarde. Yo, Eliseo, hijo de José Riquelme, ya finado, y de Jacinta Chávez, viuda y conviviente, sabe Dios por qué, de ese malhumorado individuo, chacarero y negociante al por menor. Yo había atraído, y eso era lo importante, la atención de ese anciano, que desde hacía años no salía de su casa sino para ir a la iglesia y tocar este instrumento, al que algunos llamaban también, con antiguo nombre, melodio. ¿Se acordaría don Isauro de que alguna vez fui como los demás niños del lugar, y que hablaba y asistía a la escuela, hasta esa mañana de

julio en que un toro me levantó por el aire en Yahuarpampa, y perdí desde entonces el don de la palabra? Diez años tenía, y vanos fueron los intentos de mi madre y los esfuerzos de los curanderos, e inútil la consulta con un médico de La Oroya para que recobrase el habla. Debí abandonar, pues, los estudios, y para mayor desgracia murió a poco mi padre, y mi hermano mayor, Josué, se marchó de casa, y más tarde vino a vivir a ella el padrastro que la vida me ha deparado. Me convertí, pues, en Eliseo, el mudo, y en cierto modo lo soy todavía, aun ahora en que he recuperado el habla y vuelto al cabo de muchos años, después de haber viajado y leído tanto. ¡Cómo ha transcurrido el tiempo, y cuán extraño revivir en este sitio esa época lejana!

Pues el niño se transformó en adolescente, y el adolescente se hizo joven. De tiempo en tiempo venía mi hermano, taciturno, desde el caserío de Yauris, donde se había establecido, y apenas si me prestaba atención. En algún momento dejó de visitarnos, y no supe más de él. Mi madre, en cambio, no opuso mayor resistencia cuando le manifesté, a mi modo, mi deseo de marcharme un día en pos de curación y otra vida. Extinto es mi tío Norberto, hermano de mi padre, y están dispersas y casadas sus tres hijas. Emigrados a Lima los Otaiza, parientes nuestros. Pero yo he regresado, y me quedaré en la casa que dejé un día, y envejeceré y moriré aquí, como envejeció y murió Oscovilca, el organista. Es en memoria suya que convoco ahora nombres, rostros, paisajes. En recuerdo también del niño y jovencito que fui, y del muchacho que dejó el pueblo para ser, finalmente, el hombre ya mayor que soy ahora. Y pensar que si no hubiera sido por aquel accidente no me habría dedicado a la música, no habría salido de aquí, y a lo más habría sido uno más de los peones que ahora sobreviven. Y andaría entonces, como resignada sombra, por el pueblo y por su desolado entorno, donde el día más luminoso tiene algo de severo y donde las nubes a menudo se asemejan a losas fúnebres.

Mas retornemos al niño disminuido de esos tiempos, y a cuya mudez mi madre se resignó con una mezcla de frustración y de cansancio. No, no quise ir más con los chicos de mi edad, y menos aún regresar a la escuela. Sueños, monólogos, imaginaciones, eran mi refugio, y aliviaban mi soledad con el viejo almanaque que mi padre había heredado del suyo, con sus fábulas e historias, y ese otro libro con relatos de viajes, unos reales y otros fantásticos. Gracias a ellos no me olvidé de leer; antes bien, recorrí una y otra vez sus páginas, y anduve al acecho de cualquier otra lectura que hubiera por azar en casa. Y me transformé así en el muchacho singular a quien llamaban simplemente «Eliseo, el mudo», cuando no, algunos, «el sonso». Y lo habría sido, seguramente, a no ser por aquel domingo de mayo, cumplidos ya los catorce años, cuando mi madre, movida no sé por qué presentimiento, me llevó a misa después de mucho tiempo. Y aconteció que ese era el día en que tocaba, por primera vez, después de su retorno de Ayacucho, don Isauro, sacristán y músico por años de una iglesia huamanguina. Era la fiesta de las Cruces, y los altares estaban adornados con flores, y llenaban el templo gentes no solo de Sándor sino también de las estancias. Empezó el oficio y al poco rato, ante mi sorpresa, comenzaron

a escucharse los sonidos de ese instrumento que yo no había oído nunca, y que había permanecido olvidado en un rincón del coro por falta de quien lo tocara. «Es el melodio», dijo mi madre.

Lo que el músico tocaba en los intermedios no era la simple versión de los cantos que solían entonar los curas que venían a solemnizar la festividad, y que yo recordaba muy bien, y muy diferente por cierto de los acompañamientos de wankadanza, pallas y huacones, que nos eran tan familiares. Se trataba más bien, como supe mucho después, de creaciones del propio organista, inspiradas en los aires nativos. Creaciones en las que, como noté más tarde, su religiosidad se entretejía con esa tristeza mezclada de alegría de nuestros huaynos, y por momentos, además, compases que nos sonaban exóticos, como que procedían de las danzas del Collao, donde alguna vez había residido el organista. Todo ello me pareció, en verdad, lo más hermoso que había escuchado. Con cuánta admiración y curiosidad contemplé, desde donde me hallaba, al hombre de cabellos encanecidos, algo encorvado, que pulsaba el teclado. Acabó la misa, y mi madre me susurró, emocionada: «¡Qué lindo, hijo!». Mas no pudimos quedarnos para la procesión, porque había quehaceres pendientes en casa, donde mi padrastro, al enterarse de la novedad, dijo: «Ya debe estar bien viejo don Isauro. A morirse aquí habrá regresado...».

Durante el resto de aquel día solo tuve en mente la música aquella, tanto por la viva impresión que me había causado, como por mi empeño en no olvidar una sola de sus frases. Me repetía, en silencio, los pasajes que más me habían gustado. Y se me ocurrió, en idea que luego me pareció disparatada, pedirle por escrito a ese maestro que me enseñase su arte. Pensé también en aprender por mi cuenta, ya que sabía leer, los rudimentos de la música, posibilidad que luego consideré irrealizable, porque de seguro no había ni el más modesto manual en nuestro pueblo. Y, sin embargo, una voz secreta me decía que alguna vez, en un futuro lejano, me sentaría yo también ante el teclado y aprendería a tocar.

Y así estaban las cosas, y me había resignado a esperar la próxima fiesta en que vendría un cura a celebrar la misa, con acompañamiento de música, cuando escuché decir en la tienda de los López que don Isauro iba a la iglesia los martes y jueves por la tarde, para ejercitarse en el armonio. Al día siguiente, que era jueves, me las arreglé para ir y apostarme a un lado del atrio, y vi que en efecto, a cierta hora, llegaba el anciano. Cruzó ese espacio sin reparar en mí, y abrió con llave propia la puerta del templo, que cerró con cuidado. Me aproximé, pues, y me puse al pie de la fachada, y al poco rato se oyeron los sonidos del instrumento, pero tan atenuados que opté por trasponer la reja de madera que daba acceso a la escalera de la torre. Subí cuidando que nadie me viera, alcancé el cuerpo donde se hallaba la campana, seguí por la cornisa que le daba vuelta hasta llegar a una ventana lateral, un poco alta, que por la mañana daba luz al coro, que como todos los de nuestra tierra era alto y estaba a la entrada del templo, y miré con cautela. El viejo músico había encendido un par de velas, pues ya no se veía bien, y, sentado ante el melodio, reanudó su interpretación.

Pude darme cuenta, entonces, de que no se trataba de una música de carácter religioso, sino otra, pausada, melancólica, muy semejante en ello a los yaravíes que entonaba mi padre. Cautivado, y sin atender al riesgo de que alguien me viera, ni al frío del anochecer, me abstraí en los sonidos. Al músico no se le ocurrió, por lo visto, que desde la cornisa alguien lo escuchaba, y menos Eliseo, el mudo. Y así oscureció sin que el viejo señor abandonase el teclado. Se detenía por momentos, lo cual me daba ocasión para fijarme en su rostro, alumbrado por las velas. Acabó en fin de tocar por esa noche el organista, y se preparó para marcharse. Yo hice lo mismo y recorrí a la inversa la improvisada vía que había seguido para llegar a ese lugar, y bajé sin novedad a la plaza. Ya en casa, donde no habían dado importancia a mi ausencia, cumplí con mis quehaceres y nos sentamos a cenar. Y mientras lo hacíamos, dijo mi padrastro: «Mira, Jacinta. ¿No estará afiebrado tu hijo?». «No», repuso ella, después de tocarme la frente, «solo está como arrebatado». Y así debía ser, en efecto, por la excitación que me había producido esa música, y por la arriesgada experiencia que había vivido. Apenas si pude dormir, y tanto que me asomé a la ventana, y por largo rato estuve contemplando el cielo estrellado, tan luminoso. Ahora, en cambio, en esta hora matinal en que evoco lo vivido, nada brilla, y todo yace bajo una fina capa de polvo, y no es de noche sino un día gris, en que se filtra un aire glacial por las rendijas.

Dos días después, por la tarde, regresé puntualmente a mi rincón en el atrio, y esperé que el músico llegara y ascendiera al coro, y, por mi parte, subí a la torre, mas no ya por la riesgosa vía anterior, sino por otra, cuidando eso sí que nadie me viera. Y fue del mismo modo el martes subsiguiente, y así por unas semanas. Era toda una felicidad escucharle. Con cuánta maestría tocaba, y cuán sentidamente, y era como si hubiera adivinado que alguien más disfrutaba de sus interpretaciones, sobre todo de las que, por lo menos a mi juicio, eran de obras suyas, y que de modo tan efectivo juntaban contento y melancolía. En algún momento se me ocurrió seguir con especial atención, a pesar de la distancia, los movimientos de sus dedos y la manera con que don Isauro accionaba los pedales y registros. Así, me imaginaba, ayudado por mi buena vista y mi atención, me sería posible iniciarme en su arte. Muy difícil proyecto, desde luego, pero en el que me empeñé con entusiasmo. Y después de cada audición, ya de vuelta a casa, me representaba en todo lo posible, una y otra vez, lo que había visto y escuchado. Así pude retener, poco a poco, lo que habían podido percibir mis ojos y mis oídos. Incluso trataba de repetir en la mesa de la cocina, cuando estaba solo, los movimientos de sus dedos, o lo que imaginaba como tales, sobre todo los de la mano derecha. De esta manera llegó el momento en que, como hacen los jugadores de ajedrez con sus piezas, podía desarrollar en imaginación algunas secuencias, que más tarde trataría de articular en versiones más largas. Progresos que me indujeron a tratar de establecer una forma de diálogo con el anciano.

Lo esperé, pues, en la ocasión siguiente, a la hora en que se retiraba, en la puerta del templo, con el propósito de hacerle saber que lo escuchaba y

manifestarle mi admiración, e incluso, si tenía el coraje para ello, mi deseo de ser su discípulo. ¿Un mudo como yo? ¿No me tomaría por loco? Pero cuando el organista salió me venció la timidez y me limité a mirarlo, y él me dirigió una mirada entre distraída y curiosa, y respondió con una venia a mi silencioso saludo. ¿Habría adivinado mis deseos? No lo sé, pero la cosa es que en mi siguiente tentativa, poco después, se detuvo y se acercó, y luego de preguntarme qué hacía allí, pronunció esas palabras que no olvidaré nunca: «Algún día volverás a hablar, Eliseo, y algún día, también, serás músico». ¿Se había dado cuenta de que en secreto lo escuchaba? Dijo eso y se alejó, y ese fue, por desgracia, el único y breve encuentro que puedo llamar personal que tuve con él. Sí, pues no pasaron dos semanas cuando terminaron para siempre esas sesiones, pues se enfermó, y al cabo de unos días murió. Sentí, entonces, como si pronto me hundiera en el vacío, y me dirigí en cuanto pude a la casa del músico, donde estaban reunidos sus deudos, todos de luto. Estuve allí, por un buen rato, en un rincón. Me retiré, después, y deambulé sin saber qué pensar. Después, ya en casa, lloré a solas, largamente, como cuando perdí a mi padre. Mas a la mañana siguiente nadie notó mi sufrimiento, y mucho menos se imaginó el extraño y secreto vínculo que se había establecido entre el finado organista y yo. Una semana después fui a visitar su tumba, donde tributé un callado homenaje a su memoria. Me dije, entonces, que no debía abandonar el aprendizaje que, sin que él lo supiera, y de tan insólita manera, había iniciado.

Y fue así cómo un tiempo después ingresé furtivamente al coro, antes del atardecer y sin que nadie me viera, como cuando él vivía, para intentar reproducir en el melodio lo que le había visto hacer desde la ventana. Me senté en el mismo banco que era el suyo, y ensayé los movimientos de sus dedos y accioné con cautela los pedales que daban aire a los tubos. Poco a poco logré tocar del modo más simple, y por cierto vacilante, una de sus melodías. La repetí con cuidado, deteniéndome a oír si se sentían pasos, y mirando un par de veces, desde un costado de la ventana. Sí, continuaría a solas ese aprendizaje, pero mejor a una hora más tardía y a la luz de una vela con una improvisada pantalla. Y así como lo pensé lo hice al día siguiente, después de las seis, tomando todas las precauciones. Me ejercité de la misma manera en esa y en otras de las piezas del difunto, y solo me marché cuando se acabó la lumbre. Mas el éxito de mi ingreso no me obnubiló, así que decidí no retornar sino dos veces por semana, y siempre con el mayor sigilo para que nadie lo advirtiera, pues si tal cosa sucedía, no solo mi madre y mi padrastro sino todo el pueblo me castigaría. ¿Acaso no era yo, para todos, nada más que un mudo ignorante y raro?

Regresé, pues, de allí a tres noches, sin que mi familia sospechara nada, pues estaban acostumbrados a mis paseos vespertinos. Intenté lograr en el armonio una versión más cercana a la línea melódica de la pieza elegida, y un acompañamiento semejante a los que tocaba el maestro. Ardua tarea, que me hacía vibrar de emoción. Fue larga, por cierto, esta segunda fase de mi aprendizaje. Se sucedieron así las semanas. ¡Con cuánto cuidado y regocijo venía a este sitio, y con cuánta prudencia accionaba los pedales! Eran modestos, desde luego, mis avances, pero indudables. Merced

a ellos mi vida dejó de ser la monótona sucesión de quehaceres que había sido hasta entonces, y adquirió un sentido. Y todo podría haber continuado de ese modo, en razón de mis precauciones, si no se hubiera interpuesto el azar. Un azar previsible, pues era de imaginar que tarde o temprano alguien advertiría mis entradas al coro. Curiosas, en cambio, fueron las circunstancias.

Llovía una noche, pero me obstiné en venir, considerando que por eso mismo habría menos riesgo. Subí, pues, y ya en este sitio me percaté de que no había traído cerillas. No me importó mucho y, antes bien, pensé que sería hermoso tocar a oscuras. No se me ocurrió, en cambio, que el aguacero había obligado a dos paisanos a buscar refugio bajo los aleros de la fachada. Y estaban sin duda conversando allí, cuando a deshora oyeron que en lo alto del templo sonaban las notas de una música muy similar a la que ejecutaba don Isauro. De inmediato creyeron, simples como eran, que había regresado el alma del difunto, y echaron a correr asustados hacia la tienda de José Fonseca, el gobernador, al otro lado de la plaza. Contaron allí lo acontecido, y muy pronto la autoridad, acompañada por dos vecinos, además de aquel par, vino a comprobar si era cierto lo que habían dicho. Y no, no se habían equivocado, claro está, pues los cinco volvieron a oír, espantados, mis compases. Yo, entre tanto, puse fin a mi sesión, salí por la ventana y me aprestaba a seguir hacia la torre, cuando sentí voces contenidas. Mudé entonces de camino, y bordeando la cornisa, con peligro de caerme, alcancé el segundo contrafuerte de la nave, y bajé con no poco susto por los adobes escalonados del mismo. Atravesé después a la carrera el patio de la parroquia, traspuse el muro que lo separaba de la calle, y me alejé a toda prisa bajo la llovizna.

La noticia de lo sucedido y la creencia de que el alma de don Isauro penaba en el coro se difundieron por el pueblo. Y se habló, ya sea por invención de los testigos, o ya por los agregados de unos cuantos, de un lúgubre dúo de lamentos, y de una silueta fantasmal que se esfumaba por los contrafuertes de la iglesia. Y la gente se preguntaba, en los días subsiguientes, cómo podía haberse condenado el difunto si había sido en vida, hasta donde se sabía, un varón prudente y bondadoso. Y tanto fue el alboroto que se llamó al cura del pueblo vecino, ya que el nuestro no tenía ninguno, y él vino y rezó y aspergió con agua bendita el coro; y después la Cofradía de la Vera Cruz, única en el villorrio, rezó unos responsos en memoria del desaparecido. Mi madre, por supuesto, solo atinaba a persignarse, y mi padrastro a murmurar: «¡A lo mejor, pues, ese músico era un hombre malo!».

Por mi parte me reí a solas, y bastante, por todo lo que se decía, pero era mucho más fuerte la pena, próxima a la angustia, al verme imposibilitado de regresar a esas veladas de delectación y aprendizaje, pues era innegable que no podía arriesgarme a ello. ¿Qué hacer, entonces? ¿Tratar de conseguir un instrumento nuestro, como la quena o el charango, con qué sustituir el melodio? No, no sería lo mismo, pues no eran los apropiados para el tipo de música que me interesaba. Decidí finalmente dejar que transcurrieran unas semanas y mis paisanos se olvidaran de lo acontecido, y se afirmara

el rumor según el cual los que habían escuchado esa música en realidad se habían bebido unos buenos tragos. Así lo hice, confiando además en que buena parte de los varones del pueblo, entre los cuales yo no estaba, partiría pronto a trabajar a las tierras bajas de Uchubamba, en la Montaña, donde nuestra comunidad tenía unos terrenos. Podría entonces, al menos por un corto lapso, reanudar mis visitas al coro.

Fue así cómo, una vez que partieron, me las arreglé una noche para retornar a la iglesia con toda la cautela posible. No tropecé esta vez con ningún inconveniente, ni tampoco en las subsiguientes, y tanto que consideré posible prolongar mi aprendizaje por un tiempo mayor del previsto. Recuperé de esta manera lo ganado, y adquirí incluso mayor soltura con los dedos, cuando aconteció lo inevitable. Y fue que una noche, al dejar el coro, sentí unos pasos abajo y silbidos. Retrocedí entonces, como en la vez anterior, para escapar por la otra vertiente del tejado, pero por desgracia se rompieron con ruido algunas tejas, y una voz comenzó a gritar: «¡Ahí va! ¡Ahí va!». Me apresuré y ya estaba en el contrafuerte de ese lado cuando sonó una detonación. Bajé como pude y hui por la calle como alma que lleva el diablo. Ya en casa me di cuenta de que había perdido el sombrero, pero no podía volver en su busca. Era evidente que ya se sabía que no era un «ánima» ni un «condenado» aquel que ponía las manos en el melodio, sino un ser de carne y hueso. Y era evidente, asimismo, que no se tardaría en identificar al dueño de la prenda, que por desgracia había pertenecido también a mi padre y tenía sus iniciales. ¿Qué hacer, pues? ¿Perdonarían mi atrevimiento? ¿Me echarían la culpa de los robos que se habían producido? ¿Me acusarían de profanar el templo? Era de imaginarse la furia de Fonseca, la desdeñosa cólera de mi padrastro y los denuestos que me lanzaría mi madre cuando se enterara. Y, por sobre todo, se acababan para siempre esas veladas. No, ya no tenía ningún sentido seguir en el pueblo. Tomé, pues, la única determinación que me pareció razonable: escribí una nota que puse sobre mi camastro, en el cuartucho que me servía de dormitorio, y que decía: «Me voy, pues, madre, y no pregunten por mí. Alguna vez regresaré. Te quiero. Adiós». Y muy temprano, antes del alba, abandoné la casa, tal vez para siempre.

Tomé el sendero de Hualis, para seguir luego hasta Palpa. Llevaba conmigo la ropa heredada que vestía, unos zapatos que habían sido de mi hermano, un poco de cancha y unas monedas que me había dado el viejo Israel Pérez por un trabajo que le hice. Desde la loma de Suri me di vuelta para mirar mi tierra y lloré, mas algo me dijo con insistencia que alguna vez retornaría. Y así ha sido, en efecto. Aquí estoy, después de treinta y nueve años, y sin traer conmigo familia ni riqueza, pero recobrada ya la palabra, para reanudar a mi manera y con mi propio estilo, la magia de aquellos antiguos y secretos recitales. Negros eran los harapos con que partí, y negra es la ropa con que vuelvo, pero decorosa ahora, y traigo algún dinero para arreglar mi casa y asegurarme un modesto mantenimiento en un pueblo que ha cambiado, y del cual una buena parte de la población ha emigrado. Treinta y nueve años que me han convertido en este hombre enjuto, canoso, Eliseo Chávez, amante de la música más que nada, y fiel a su amor por la soledad.

Caminé todo ese día, en dirección a Jauja. Pasé la noche en un barranco, y llegué a la ciudad a la mañana siguiente, que era de una festividad religiosa. Una intuición me llevó a la iglesia, que alguna vez había visitado de niño con mi padre, y donde se celebraba una solemne misa. No estaba acompañada por el antiguo órgano colonial que hay en el crucero, sino por otro, mucho más grande, que se halla en el coro alto, y que según oí decir al término de los oficios, había sido traído el año anterior. No podía creer que hubiese uno tan imponente y que sus sonidos fuesen tan hermosos. Y más hermosos aún cuando se alternaban con las voces de un coro que, según supe después, era de jóvenes seminaristas del convento de Santa Rosa de Ocopa. Acabado el sacrificio, me quedé donde estaba, y por tanto rato que el sacristán, pronto a cerrar las puertas del templo, reparó en mí, intrigado sin duda por mi apariencia. Me preguntó qué hacía yo allí, y como no le respondí, repitió la pregunta en quechua. Yo hice un gesto, indicando que le entendía pero que no podía hablar. Algo le dijo que no era de la ciudad ni de un pueblo cercano, sino de la altura, así que, compadecido, me llevó a la casa parroquial y me hizo dar un almuerzo. Me observó por un espacio, y volviendo al primer idioma me preguntó: «¿No quieres ganar unos soles ayudándonos con la limpieza?». Yo contesté con una señal afirmativa, y como había papel y lápiz en una mesita cercana, pedí permiso y escribí, con la caligrafía escolar pero cuidada que era la mía: «Señor, por favor, sí quiero ese trabajo». Sorprendido, el hombre me condujo con la petición escrita ante el párroco, el cual se asombró también y dijo: «Por suerte para ti se nos ha ido un asistente, y se acercan las fiestas de la Virgen del Rosario. Veremos, pues, cómo te desempeñas». Y fue así como ingresé en calidad de muchacho de limpieza a la Iglesia Matriz de Jauja. ¿Cómo no pensar que me acompañaba la suerte? ¿Y qué cosa mejor que trabajar justamente allí donde podía estar cerca no solo de un armonio más grande que el de Sónдор, sino incluso del órgano nuevo, tan soberbio? Asumí, pues, con gran entusiasmo mis tareas, y tomé posesión del cuartito que me asignaron, a un costado del baptisterio. ¡Cuánta alegría me procuraba subir a efectuar la limpieza del coro y contemplar su metálica floresta de tubos! ¡Y cuánto mayor aún la de escuchar, desde un rincón, las interpretaciones de un cura que acompañaba la misa dominical de mediodía, única hora en que se ponía en marcha el generador especial que alimentaba al instrumento! ¡Y oír las campanas, tan bien concertadas, y acudir a un recital de piano que dio una señorita en el Salón Parroquial! ¡Y oír, por primera vez en mi vida, las transmisiones de radio en casa de una señora acomodada, que a veces me llamaba para asear su sala, aparato en el cual podía sintonizarse, según me enteré, estaciones de Europa!

Experiencias para las que me habían preparado poco, hay que admitirlo, mis pocas y trabajosas lecturas en mi villorrio natal. Y, de otro lado, cuánto me turbó, debo confesarlo, la vista de jovencitas y muchachas que me parecieron todas bellas, y que me eran inaccesibles, desde luego, por mi condición de mudo y de sirviente, así como por mi pobreza. Tampoco me atreví, claro está, a pedir que me permitieran poner los dedos en el

melodio del coro, ni en el órgano colonial del transepto, y mucho menos, oh Dios, en el órgano mayor, esa máquina que era para mí como la suma y cumbre de todas las humanas aspiraciones. Consciente, pues, de todo ello, y diligente, silencioso, me gané la estimación del padre Solís, párroco de Santa Fe de Hatun Xauxa. Y tanto que no solo se preocupó en mejorar mi cuartucho y mi alimentación, sino que me regaló un poco de ropa y unos libros usados para que no me olvidara de leer, entre los cuales se hallaban un pequeño manual de teoría musical y otro con biografías de compositores ilustres. El primero, en especial, se convirtió en mi libro de cabecera, y avancé laborioso, tenaz, por sus páginas.

Transcurrieron las semanas y fue cambiando el paisaje, hasta tomar, en diciembre, unos matices de verdor que no había visto jamás, acostumbrado como estaba a los pocos y melancólicos colores de la puna. Echaba de menos, es verdad, mi tierra, pero era mayor el contento que me procuraban las posibilidades que se me ofrecían. La fiesta de Navidad fue ocasión para esperar la danza de la huaylijía, cuya música, sencilla y tan nuestra, me emocionó hasta las lágrimas, y fue también oportunidad para asistir a la Misa de Gallo, con sus lindos villancicos, pero a los que prefería, no sabía bien por qué, la música seria y solemne de los oficios. Siguió luego, al cabo de unos días, la fiesta de Año Nuevo, que me fue también muy grata. Y se sucedieron así los días y semanas hasta un sábado en que el párroco me mandó llamar y me presentó a un fraile que, según me informó, era nada menos que el Padre Guardián del convento de Ocopa. Le dijo: «Este es el muchacho del que le hablé, padre, que a pesar de ser mudo, es muy diligente y devoto, y se aviene a todo. Podrá serles útil, y se sentirá muy contento con ustedes». Y como yo lo mirase sorprendido, añadió: «Sí, Eliseo, y será por tu bien». El otro, con un acento que me pareció raro, como que se trataba de un español, se dirigió entonces a mí y dijo: «¿Nos entiendes, hijo? ¿Te gustaría venir a Ocopa?». Y como yo había escuchado hablar muy bien, y más de una vez, de ese monasterio, asentí sin vacilar. Y él continuó: «Pues vendrás a Ocopa, y nos acompañarás. Verás que te gustará». Y volviéndose al párroco dijo: «Sí, será un donado».

Y fue así como partimos al día siguiente, después de despedirme con gratitud del párroco y del sacristán, en el tren que conducía a Huancayo. Bajamos en una pequeña estación y caminamos por una vía orillada de alisos y eucaliptos. De rato en rato el religioso se volvía a mirarme, pero no decía nada. Llegamos así al convento, donde se le recibió con respeto y efusión, y él me presentó diciendo: «Este es Eliseo, joven que por desgracia perdió el habla en un accidente, pero que sabe leer y escribir, es trabajador y gusta de la música». Los presentes, creo que todos chapetones, me miraron con curiosidad y me dirigieron algunas palabras. Se me señaló una celda, y me pidieron luego que vistiera un hábito usado, semejante al suyo. Un seminarista me mostró los claustros y la iglesia, y pude ver que esta contaba con un órgano también grande, pero no tan alto ni con tantos registros como el de Jauja. Se me instruyó luego sobre el sencillo ritual al que tenía que someterme, y sobre mis obligaciones y las horas de las comidas. Se me presentó al otro y único donado que había en el establecimiento, un

poco viejo ya y peruano como yo, quien completó la información sobre las oraciones y la forma de vida de los frailes. El jardinero, en cambio, ensayó algunas bromas, pero no me prestó después mayor atención.

Tomé nota, por cierto, de cuán monótona sería mi existencia, pues vocación religiosa no tenía. Me sostuvo, sin embargo, la perspectiva de escuchar muchas horas de música en el templo, con esos cantos y las interpretaciones del organista. Más aún, y gracias a una petición que escribí en una hoja, obtuve autorización, al cabo de un tiempo, para subir al coro. El padre que me acompañó me mostró el órgano, y su asombro fue muy grande cuando, por estar el teclado abierto, y en un raptó de audacia, ensayé unos arpegios. «¡Cómo! ¿Sabes tocar?», inquirió. Y yo, entonces, con una venia, me senté y toqué unos compases que había aprendido de don Isauro en la forma ya descrita, y que, como supe después, pertenecían a una pieza de Haydn. El religioso se preguntaba sin duda cómo era posible que un indio joven pero ignorante, y por añadidura mudo, pudiese tocar, por poco que fuera, ese instrumento. Me pidió, pues, que continuase, y yo hice lo que pude. «¡Increíble!», exclamó, y tuve que contarle, otra vez por escrito, y en una versión un tanto arreglada, cómo es que había aprendido yo solo lo que sabía. Sorprendido aún me llevó ante el padre Guardián, ante quien tuve que repetir mi historia. Estupefacto, quiso comprobar por sí mismo la verdad de lo dicho, de modo que volvimos al templo y toqué nuevamente, pero esta vez en el melodio del baptisterio, aquellos compases. Convencido, entonces, de que tenía aptitudes, dispuso que uno de los organistas me diese cuando fuera posible algunas lecciones, y me dio permiso para tocar, algunas tardes, el armonio del coro. E incluso sucedería semanas más tarde que, cuando visitó el convento el obispo de Huancayo, fui llevado a su presencia y me hizo algunas preguntas. Más aún, quiso oírme, y debí tocar ante él, y ante el padre Guardián y otros religiosos, lo mejor de mi modesto repertorio. Y por si todo ello no hubiera bastado, debí dar cuenta sucinta y algo sonrojado, siempre por escrito, de mi pasada existencia en un pueblo del que apenas si tenían noticia. Ah, y es un recuento también el que hago ahora, con gran emoción, en un ir y venir del pasado a la hora presente. Soliloquio a la vez del regreso y del comienzo de una era que solo acabará con la muerte. Elegía, mas también celebración, solitaria celebración.

Mas volvamos a mi relato. Estaban así las cosas cuando de pronto llegó una orden del Superior de los Descalzos de Lima, mediante la cual ordenaba que viajase a la sede de la orden en la capital. «Será para tu bien», me dijeron el Padre Guardián y otros frailes. Así lo creí, por cierto, y me preparé para lo que me deparaba la existencia. Efectué el largo viaje en tren, que me condujo a ese monasterio espléndido, aunque ruinoso en partes. No me gustó el clima, pero debí adecuarme en poco tiempo a otras personas, y a los rumores de la ciudad, y a una jerarquía que desconocía. A otro mundo, en buena cuenta. Una vez más debí relatar en papelitos mi vida y hablar de mi amor por la música. El Padre Superior, ya muy entrado en años y de austera figura, me formuló nuevas preguntas y me pidió que tocase algo en el armonio de la sacristía. Finalmente me dijo:

«Te tomamos como nuestro donado, Eliseo, pero como sabemos de tu amor por la música, estudiarás, y si te empeñas llegarás a ser hermano y uno de nuestros organistas». Asentí respetuoso y feliz, por lo de la música, pues lo de ser religioso no me entusiasmaba. Fui llevado también al consultorio de un médico, quien después de examinarme con atención determinó que no había lesión en mi laringe ni en mis cuerdas vocales, y que tal vez con el correr del tiempo, un adecuado ejercicio y la tranquilidad, recobraría el habla. Pero otro, del Hospital 2 de Mayo, me remitió a un psicólogo, quien se interesó vivamente en mi caso, que fue definido como una «experiencia traumática», y me presentó a unos colegas. Fui sometido, pues, a sesiones especiales, que según supe más tarde tenían a la vez de análisis y de un nuevo aprendizaje del habla, que en corto tiempo dieron resultados. Y así fue cómo, paso a paso, volví a hacer uso de la palabra, aun cuando me quedaron, como efectos residuales, momentos de tartamudez, que también se fueron atenuando con el paso del tiempo. También se me incluyó en un grupo de donados que seguían su instrucción primaria. ¡Cuán grande fue y es mi reconocimiento por todo ello!

En algún momento, en los días iniciales de esa terapia, le escribí una carta a mi madre, que no sabía leer pero que podía acudir a quien lo hiciera en el pueblo, informándole de mi situación e interesándome por su salud. No hubo contestación, ni tampoco a la segunda. Pero a la tercera sí la hubo, escueta y breve, y escrita por el lugareño que tenía a su cargo la función de recoger y entregar la correspondencia. Y en esa escueta respuesta se decía: «Dice su señora madre que está bien, y que siga usted por su camino». Nada más. ¿Por qué ese laconismo? Unas semanas después insistí con otro mensaje. No recibí respuesta sino al cabo de varias semanas, y no de mano de aquel escribiente sino de la de mi padrastro, diciendo que estaba bien y que esperaban que les enviase algún dinero. Reuní, pues, una pequeña suma, pero no encontré modo de remitirla. Volví a escribir, pero no obtuve contestación. Y me proponía pedir permiso y viajar por unos días a mi pueblo cuando recibí un mensaje de un primo, Celedonio Linares, avisándome que ella había fallecido hacía un par de semanas, y que mi padrastro había dejado el pueblo, llevándose todo lo que pudo, a establecerse en Huariaca, donde vivía un hijo suyo. Fue una noticia muy dura y me costó tiempo recobrar me. No, ya no volvería a ver a mi madre, a quien, a pesar de todo, quería. En cuanto a lo demás, ¿sería verdad lo que contaba aquel pariente? En todo caso el autor de la misiva, más joven que yo, me decía que había optado por cerrar con un candado la casa, y que la llave estaba a mi disposición cuando regresara. Y no dejaba de preguntarme si me haría cura, y si me animaría a regresar y decir unas misas en el pueblo.

Mis progresos con el habla no hicieron que dejara, desde luego, las humildes obligaciones de mi situación, y continué siendo, siempre que era posible, embelesado oyente de los ensayos del coro y de los organistas. Y tanto que el Superior se acordó de mí, se alegró de la progresiva superación de mi mudez, y cosa que le agradecí aún más, encargó mi formación musical a un monje de Burgos, el cual si bien al principio se mostró entre

escéptico y malhumorado, pronto asumió su tarea con interés. Realicé, pues, notables avances en el armonio, así como en el conocimiento de la teoría y la historia de la música. Y tanto que más de una vez se me ordenó que fuera con un fraile que iba a predicar en un pueblo cercano a Lima en que había un melodio, para que lo acompañase en la celebración de la misa. No me fue tan bien, en cambio, en las clases de instrucción general y en las de religión. En ellas se dejaban sentir las deficiencias de mi primera infancia y mi pasada mudez, y el desdén que en el fondo sentían varios de mis compañeros limeños por los serranos, así como la certeza, en mi caso, de que mi camino no estaba por el lado de los hábitos religiosos. Más aún, porque en lugar de fortalecerse mi fe se fue más bien debilitando, hasta convertirse, con el transcurso de los años, en esa contradictoria posición que hoy puedo llamar un agnóstico teísmo. Proceso que, por elemental prudencia, disimulé de la mejor manera posible, sobre todo en la confesión, rito al que me era imposible sustraerme, pero sin caer nunca en hipocresía. Y además, no sé de qué manera, ¿no era mi actitud frente a la música sacra la de un gran amor y reverencia, por no decir religiosidad? ¿Y no reforzó todo ello en mí una actitud marcada por la discreción, la humildad y la autenticidad? ¿Acaso olvidé mi condición de donado? Por otra parte, y si bien me esforcé en progresar al máximo, no abrigaba aspiraciones de llegar a ser algún día organista del monasterio, y menos aún maestro de capilla, con lo cual, además, me ahorraba los celos de quienes detentaban o querían desempeñar esas funciones, pues por religiosos que fueran no estaban exentos de humanas debilidades.

Me convertí, pues, en el hermano Eliseo, que en varias ocasiones debió acompañar al padre que reemplazaba al Superior en algunas de sus visitas a nuestros conventos del Cuzco, Puno y Arequipa, e incluso, en ciertas ocasiones, tuvo la alegría de oficiar de organista suplente. Viajes en los que me deslumbró, claro está, la severa arquitectura de la catedral de esa primera ciudad, y el suntuoso arte de los demás templos. Pero cuánto más lo hizo la extensión desolada, podría decir cósmica, del altiplano, el lago, y el arte de las iglesias de Juli, Pomata y Zepita. No me importaba, entonces, que en algunas de esas parroquias fuese yo presentado, no sin embarazo de mi parte, y por razón de mi trayectoria, como un milagro de la Divina Providencia. Sí, la del mudo y recogido que a fuerza de fe, constancia y humildad había superado las míseras condiciones de su infancia y el accidente, y que no solo había recuperado el habla, sino que se había convertido también en un auxiliar que ejecutaba con gran fervor la música de los oficios en los armonios de las ciudades de provincia y pueblos de nuestras serranías, por humildes que fuesen.

Yo quería, por cierto, regresar a Sónдор, pero más tarde. Y es que deseaba profundizar antes mis conocimientos musicales, avanzar todo lo que fuese posible en el arte de la interpretación, y también leer, conocer nuevos lugares, avizorar nuevos caminos. Por un tiempo consideré inclusive la posibilidad de abandonar el convento y buscar trabajo, casarme, fundar una familia, pero pronto me di cuenta de que ese no era mi destino, y que este se hallaba vinculado ya para siempre con la iglesia, mas no como

donado, ni en la condición de fraile. No, porque había en mí, como ya he señalado, no una fe ortodoxa, sino un teísmo mezclado de agnosticismo, posición que no me impedía reverenciar al Dios de los católicos, así como a Cristo, a la Virgen, a los santos, y participar en los cultos. Incluso me las arreglé, como ya mencioné, para cumplir con la confesión y la comunión, sacramentos a los que me era imposible sustraerme. Por fuerza debí adoptar, eso sí, una actitud muy prudente, reservada, a la que se avenía muy bien mi carácter introvertido.

Fueron pasando así los meses y los años, y alcancé la cuarentena, siendo cada vez menos frecuentes, por desgracia, los viajes con el padre Superior o con su sustituto. Se me dejaba mayor libertad, cuando ello no interfería con los oficios o las prácticas del titular, para tocar los armonios de la iglesia y del convento, y, en espaciadas y solitarias ocasiones, el gran órgano del templo mayor de la orden. Obtuve también permiso para asistir a algunos recitales, que muy de tiempo en tiempo daban maestros extranjeros en los magníficos instrumentos de San Pedro y de la Catedral. Y una noche, inclusive, pude asistir a un memorable concierto que se dio en la iglesia de San Pedro con música de Palestrina, Monteverde y un anónimo compositor de la Colonia.

Transcurría el tiempo, y se fue acentuando, poco a poco, el deseo de volver al sitio en que había nacido. Sí, a este pueblo situado en un paraje tan severo, en las cercanías de las lagunas de Janchiscocha, a medio camino entre el luminoso valle de Jauja y la ceja de Montaña, el villorrio de Sónдор, donde me entrego ahora a este soliloquio. La aspiración de llegar a ser, si aquel hermoso y viejo armonio se había conservado, sucesor del estupendo músico que había sido, a mi modo de ver, y a pesar de toda su modestia, Isauro Oscovilca, en esa época tan lejana. Y de recobrar la vieja casa de mi madre, y reintegrarme, en suma, a esta tierra de puna que tanto se corresponde, en su austero paisaje, con mi naturaleza.

Se fue reafirmando, pues, y definiendo, aquel designio, y así, cerca ya a los setenta años, le escribí a un fraile cuaresmero de Jauja, rogándole que me informase, si le era posible, sobre mi pueblo. Él cumplió con mi pedido, y logró hablar con un señor Sulca, cuyos padres eran de Sónдор, quien le contó que parte de mi casa se había caído con las lluvias, pero que el resto continuaba cerrado y sin que nadie se lo hubiese apropiado, tal vez por lo decaído y casi despoblado del lugar, y que, de otro lado, algunos miembros de la comunidad se turnaban para ver por el templo. Así, pues, yo podría volver a mi casa, y encargarme, si nadie se oponía, de la pequeña iglesia. Fue de esa manera como en diciembre pasado, tomada ya mi resolución, pedí hablar con el Padre Superior del convento. «Padre», le dije, «quiero volver a mi tierra». Me miró asombrado y me preguntó por mis razones. «No están en juego mi fe ni mi devoción», le expliqué, «pero no sé nada de mi familia ni de mi casa, y ni siquiera de mi pueblo. Quiero volver a mi tierra, y hacerme cargo, quizá como sacristán, de su única y modesta iglesia, hoy casi abandonada». «Pero, ¿lo has pensado bien? ¿Estás seguro?», replicó, y sus ojos me miraron con una sombra de suspicacia. «Sí, así es»,

me reafirmé. «En fin, vuélvelo a pensar», me dijo, «y, en todo caso, si vas y no puedes quedarte, tendrás abiertas las puertas para regresar». Y con esto me despidió. La noticia se difundió en el monasterio, pues a pesar de mi muy modesta condición era conocido por mi vocación musical, y a todos pareció extraño no que fuera a mi tierra para visitarla, después de tanto tiempo, sino para quedarme en ella. «No encontrarás ya a ningún pariente ni amigo, y tu casa sabe Dios en manos de quién estará», me dijo el hermano Anselmo. «Sí, lo sé, pero confío en la Providencia», le respondí.

Me dediqué, pues, en mis horas libres, a preparar el retorno. Solicité el permiso oficial para retirarme del convento, a lo cual no solo accedieron, sino que me dieron cartas de recomendación para el Padre Guardián de Ocopa y para el párroco de Jauja. Compré unas partituras y algo de ropa civil, y unos libros. Y a la semana siguiente del domingo de Resurrección fui a despedirme del Superior, quien me deseó con cierta frialdad que me fuera bien. Les dije adiós a los compañeros, y me mudé por tres días a ese hotel que está en la esquina de la estación de Desamparados. Por primera vez volví a visitar, pero esta vez solo y en libertad, la Catedral y las iglesias del Cercado. Compré un radio de segunda mano, con onda corta, para escuchar música culta, ya que las estaciones nacionales no la transmiten casi nunca. Y anteayer tomé el tren de la Sierra, en viaje de retorno después de tantos años. Y de veras que habría algo de extraño en mi apariencia, con la faz pálida, la barba, y lo que sin duda había tomado, sin percatarme, del acento de los frailes españoles con que había convivido, al extremo de que una señora, a quien ayudé con sus maletas al subir al coche, me dijo: «Gracias, padre». Poco a poco dejamos el cielo veraniego de la costa, y al cabo de unas horas, desde Casapalca, nos acompañó el cielo sombrío que es propio de esta época del año, y que por momentos amenazaba con tormenta. El viaje duró, según me dijeron, algo más de lo usual, y cuando llegamos a Jauja comenzaba a oscurecer y estaban encendidas las luces eléctricas. Me recibió una ciudad melancólica, no frecuentada ya, como supe después, por los enfermos que antes la visitaban por un tiempo en busca de salud. Me alojé en un hotel y dediqué el día de ayer a visitar la Iglesia Matriz y los barrios. Y hoy domingo, antes del alba, estuve en la plaza de Santa Isabel, en pos del autobús que partía a Sónдор. Ninguno de los pasajeros de mi edad, o mayores, me reconoció, y aunque les llamaría la atención mi figura, no lo manifestaron.

Llegamos al pueblo al comenzar la tarde. Cuán doloroso fue para mí ver el estado en que se halla todo. La pequeña feria dominical ya había concluido. Se ven muchas casas cerradas, algunas en ruinas, y calles casi desiertas. Inconclusos algunos solares. Los pocos vecinos con que me topé, casi todos viejos, tampoco me reconocieron y me observaron a hurtadillas con huraña desconfianza. Me dirigí, pues, a casa de mi primo Celedonio, quien estaba ausente, pero sí su mujer, más o menos de mi misma edad. Asombradísima, me preguntó, como si tuviera ante sus ojos a un fantasma: «Pero, ¿eres realmente Eliseo?». Y yo le conté en pocas palabras cuál había sido mi vida, sin entrar en detalles, y señalando que quería quedarme en mi casa, en mi tierra. No pareció agradarle mucho la noticia y me ratificó

lo que me había informado su marido, hacía mucho. Me dijo también que la parcela que tenía mi madre al pie del cerro, explotada durante años por un colindante, estaba ahora en abandono y a mi disposición si la quería. Se disculpó luego por hallarse muy ocupada, así que fue y buscó las llaves de la casa, y me dijo al entregarlas: «Verás que todo está como te hemos dicho». Le agradecí, pues, y tomé mis bártulos y me dirigí hacia ella. Y en efecto, buena parte de la misma se encontraba casi en ruinas, e invadida por el pasto y las malas hierbas. Abrí el viejo candado de la puerta que da a los dos cuartos aún en pie. Dentro de uno no hay sino una mesa y un aparador desvencijados, y en el otro un camastro con algunas frazadas, a salvo por suerte de las goteras, y una mesa pequeña. Nada más. Como aún era de día salí en busca de algo que comer, y a poco me di con una anciana que primero me miró asustada, y después atónita. La saludé, ya que a pesar de los años supe de quién era ese rostro: «Buenas tardes, mama Rosaura», pues era ella, en efecto, que frisaba en la madurez cuando me marché del lugar. Y como parecía reconocermme añadí: «Sí, soy yo, Eliseo, el mudo, y como usted ve, he recobrado la palabra». Dijo al fin: «Sí, eres Eliseo. ¿Y a qué has vuelto, si todos son ya finados?». «He vuelto porque quiero quedarme, al menos por un tiempo, y ver cómo están mi casa, la iglesia». Aún perpleja me invitó a pasar a su casa, que está a poca distancia. Nos sentamos en el corredor y me invitó en una mesita una taza de café caliente con unos bollos que me supieron muy bien. Después me informó, por momentos algo suspicaz, sobre nuestros vecinos. Y quiso saber, por cierto, qué había sido de mi vida, cómo había recuperado la palabra, por qué no había regresado antes y, de nuevo, qué pensaba hacer. Y yo le di sucinta y prudente razón de todo, y le pregunté a mi vez cómo le había ido en todos esos años, a ella y a su familia. Sus hijos se habían marchado a los asientos mineros, y vivía con una sobrina. De la iglesia me dijo que le habían hecho algunas reparaciones para que no se viniera abajo, que por supuesto no había sacristán, y que un vecino, por turno, y en esta ocasión un tal Rosendo Valladares, guardaba las llaves. Me contó, en fin, que en la última fiesta del patrono del pueblo había costado mucho persuadir a un cura de Marco para que viniese a celebrar la misa. Y como empezaba a oscurecer le rogué que, mediante conveniente pago, me atendiese en los días sucesivos con la comida, a lo cual accedió, así que me despedí y regresé a casa, y me acomodé lo mejor que pude para pasar la noche.

Esta mañana inspeccioné mejor la casa, que por lo visto ha sido objeto de sucesivas sustracciones. Encontré unos restos de menaje y un cántaro con el cual pude procurarme agua en la fuente que hay en la esquina, y con lo que había traído —un poco de café, azúcar, galletas— prepararme un magro desayuno. Salí después y me dirigí a la casa de ese Valladares, cuya ubicación recordaba. Me recibió él en persona, y como era solo algo mayor que yo, me escuchó y no tardó en reconocermme. «¿Eres tú?», se asombró, y debí repetir las explicaciones del caso, pero no dije que había sido donado en el convento de los franciscanos, sino músico y organista en una iglesia de Lima, que no me había casado y que mi intención era quedarme en el pueblo.

Me contó a su vez que hacía mucho tiempo que nadie tocaba el melodio. Y dijo: «Ojalá te quedes, Eliseo». No tuvo inconveniente en prestarme las llaves del templo, con encargo de que las devolviese luego de la visita.

Vine, pues, y con cuánta emoción crucé el atrio y abrí el enorme candado colonial de la puerta. El cielo estaba nublado, y por eso la nave se hallaba en gran parte en penumbra. Avancé hasta el altar mayor, con su modesto retablo colonial, y en el que se perciben las huellas de las goteras. Solo había dos cirios, apagados por lo visto hacía tiempo, en el pobre candelabro del altar mayor. Por doquier se notaba descuido, por no decir olvido. Volví sobre mis pasos y subí por la escalerilla que da acceso al coro. Fui y miré por la ventana hacia la plaza. Nadie cruzaba por la calle, pero unas ovejas pastaban a un lado en la hierba que había crecido. Procedí luego a sacudir el polvo que cubría el armonio y el banco, y abrí la tapa del teclado, que me pareció más amarillento que el que había conocido. Me senté luego, y mis dedos, que sin duda comienzan a ser sarmentosos como los de don Isauro, recorrieron en silencio unas notas. Ensayé después de un espacio los pedales que dan el aire a los tubos, y vi que aún servían, aunque se oyeran chirridos. Probé uno a uno los pocos registros del instrumento, un tercio de los cuales ya no funciona. ¿Cómo no ha de ser así, con los años y el abandono? Ensayé luego unos arpeggios, que a pesar de todo sonaron gratos a mis oídos. Sí, tendría que dedicar muchas horas a una paciente reparación, en todo lo posible, del viejo melodio. Me recogí, después, en mí mismo, y me abandoné a esta evocación y recuento, solo, en silencio.

Me digo y me repito que estoy de regreso, sentado ante el instrumento en que se cifraba, en aquellos años, toda la dicha a la que podía aspirar. La dicha, sí, pues no la tuve con la familia, ni conocí jamás el amor de una mujer. Frente al teclado ante el cual don Isauro Oscovilca simbolizaba para mí una forma de sabiduría, a la cual, no obstante mis sentimientos de inferioridad, de algún modo yo aspiraba. He retornado, y me digo que he sido pues, y soy leal al destino que presentí en esos tiempos. No habrá para mí, en adelante, sino recogimiento, una soledad que no excluirá de mi parte el trato amigable pero limitado con los vecinos, el desbroce y cultivo de la parcela que me queda. Y la música, la música sobre todo, la que he amado y oído más que otra durante toda mi vida. La música, como elegía, recogimiento, celebración. ¿No era eso lo que deseaba, sin poder expresarlo desde luego, el viejo organista Oscovilca, en esa tarde en que se detuvo ante mí, en la puerta del templo? ¿No está en ello mi realización y una forma de felicidad? Y por ello mismo, y a pesar del comienzo de la vejez, al principio también de una nueva juventud, toda hecha de música, y poco a poco, también, ya de muerte, y en eso mismo de vida.

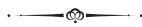


RIMA XLI

1868

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

(español)



Tú eras el huracán, y yo la alta
torre que desafía su poder.
¡Tenías que estrellarte o que abatirme...!
¡No pudo ser!

Tú eras el océano; y yo la enhiesta
roca que firme aguarda su vaivén.
¡Tenías que romperte o que arrancarme...!
¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
uno a arrollar, el otro a no ceder;
la senda estrecha, inevitable el choque...
¡No pudo ser!

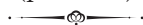


AL AMOR

1901

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

(peruano)



Si eres un bien arrebatado al cielo,
¿por qué las dudas, el gemido, el llanto,
la desconfianza, el torcedor quebranto,
las turbias noches de febril desvelo?

Si eres un mal en el terrestre suelo,
¿por qué los goces, la sonrisa, el canto,
las esperanzas, el glorioso encanto,
las visiones de paz y de consuelo?

Si eres nieve, ¿por qué tus vivas llamas?
Si eres llama, ¿por qué tu hielo inerte?
Si eres sombra, ¿por qué la luz derramas?

¿Por qué la sombra, si eres luz querida?
Si eres vida, ¿por qué me das la muerte?
Si eres muerte, ¿por qué me das la vida?



EL TROMPO

2000

LORENZO HELGUERO

(peruano)



A la hora del recreo voy a envolverte suavemente de la cabeza a la sonrisa para soltarte en el aire que respiro. Tú caerás como una hoja de eucalipto dando vueltas en una danza uniforme. Bailarás para mí. Tu cabello viruta girará entre las horas. Tu falda alzará vuelo y se irá a posar sobre las rosas más tiernas. Danzarás y danzarás besando el equilibrio. Poco a poco te irás deteniendo hasta que tus ojos puedan finalmente detenerse en los míos. Yo te veré recostarte silenciosa mostrando con orgullo tus piernas firmes, tus caderas nacidas de un torno perfecto.

Jugaré contigo indetenible.



HISTORIA

1972

BLANCA VARELA

(peruana)



puedes contarme cualquier cosa
creer no es importante
lo que importa es que el aire mueva tus labios
o que tus labios muevan el aire
que fabules tu historia tu cuerpo
a toda hora sin tregua
como una llama que a nada se parece
sino a una llama



UNA MANO EN LAS CUERDAS

El cuento «Una mano en las cuerdas» combina dos narradores. De ellos, ¿quién es personaje de la historia?

¿Por qué algunas partes del cuento llevan fechas?

¿Por qué Manolo se siente incómodo con todo lo que sus amigos le aconsejan hacer para declararse a Cecilia?

En la entrada del 14 de marzo aparece la siguiente cita: «Cecilia tenía más de pato, de ángel, y de colegiala, que de mujer». Explica qué crees que quiere decir.

Imagina que eres Cecilia o Manolo y que ya es junio, pero no han podido verse, pues Manolo está interno y no ha podido salir. Escribe una página del diario del personaje que has escogido. ¿Cómo crees que se siente? ¿Qué crees que le puede contar de su colegio? ¿Qué crees que quisiera decirle?

EL RETORNO DE ELISEO

Explica en qué circunstancias don Isauro Oscovilca le dice a Eliseo: «Algún día volverás a hablar, Eliseo, y algún día, también, serás músico». ¿De qué manera este comentario repercute en la vida de Eliseo? Comenta.

La lectura y la escritura son elementos importantes en la vida de Eliseo. ¿De qué manera estas lo ayudan, en su condición de «mudo», a enfrentar diversas situaciones en diferentes etapas de su vida?

De los tantos hechos que vive Eliseo, cita uno que te haya llamado más la atención y comenta por qué. Luego relaciona este hecho con la vida de otras personas que conoces y comenta si estas han reaccionado de la misma forma que Eliseo. ¿Qué aspectos comunes y distintos encuentras en sus historias? Comenta.

Al final del cuento, Eliseo vuelve a su pueblo después de treinta y nueve años. ¿Por qué crees que regresa y deja todo lo que había conseguido? ¿Qué opinas de esta actitud? ¿Harías tú lo mismo si te encontraras en esta situación?

¿Qué emociones y sentimientos vive Eliseo cuando escucha tocar a don Isauro Oscovilca? ¿A qué crees que se deben? ¿Crees que estas emociones y sentimientos se repiten en diferentes situaciones de su vida? Explica tu respuesta.

RIMA XLI

En la Rima XLI, ¿cómo nos damos cuenta de que se trata de un amor imposible?

La voz poética se compara a sí misma con una alta torre y una enhiesta roca. ¿Por qué escoge una torre y una roca? ¿Qué tienen en común?

Por otro lado, compara a la amada con un huracán y el océano. ¿Por qué escoge esos elementos? ¿Qué tienen en común?

Observa que los verbos utilizados para describir el encuentro de los dos personajes implican el hecho de que uno someta al otro: «estrellarte o abatirme», «romperte o arrancarme». Ahora recuerda que uno de los personajes es una torre o una roca y el otro un huracán o un océano. ¿Cómo esos verbos comunican la imposibilidad del amor entre ambos? Explica.

AL AMOR

«Al amor» nos cuenta lo contradictorio que puede ser el sentimiento amoroso. La voz poética le está hablando a alguien. ¿A quién crees que se dirige en este poema?

Observa que la voz poética comienza poniendo una condición. Por ejemplo: «Si eres un bien arrebatado al cielo...» y luego hace una serie de preguntas. Un bien arrebatado al cielo debe ser algo bellissimo y exquisito. ¿Cómo contrapone esa visión tan placentera de la amada con las preguntas que siguen?

¿Por qué usa el adjetivo «vivas» para describir a las llamas e «inerte» para describir al hielo? Explica.

¿Cómo crees que se siente la voz poética ante su amada?

¿Cómo intensifica las emociones de la voz poética el uso de preguntas que no tienen respuesta?

EL TROMPO

«El trompo» es un poema, pero no está escrito en verso, sino en prosa; es decir, de margen a margen de la hoja. Este poema no habla, en realidad, de un trompo. Entonces, ¿de quién habla?

Observa esta comparación: «Tú caerás como una hoja de eucalipto...». Explica con tus propias palabras el significado de esta comparación.

Teniendo en cuenta a quién va dirigido el poema, explica con tus propias palabras esta expresión: «Danzarás y danzarás besando el equilibrio.»

¿Por qué es importante el momento en el que ella se va a detener?


¿Piensa la voz poética que su relación va a durar mucho? Copia una cita que sustente tu respuesta.

HISTORIA

«Historia» es un poema de múltiples sentidos. Imagina el objeto del deseo de la voz poética y dibújalo.

Observa la voz poética. ¿A quién crees que va dirigido este poema? ¿Cómo te has dado cuenta de ello?

La voz poética emplea diversas imágenes. Explica con tus palabras cómo crees que estas imágenes transmiten el deseo y el amor por las historias.

 Imagina que estás enamorado o enamorada. Escribe un poema en prosa comparando a la persona que amas con una flor u otro elemento de la naturaleza de tu entorno. Piensa qué características tiene el elemento escogido y luego trata de expresarlas como rasgos de la persona amada.







MI CORBATA

1903

MANUEL BEINGOLEA

(peruano)

Me la regaló Marta, una provincianita a quien seduje con mi aplomo y mis modales de limeño. Estaba hecha de un retazo de seda rosa, oriundo quizá, de algún vestido en receso, y sobre ella la donante había bordado con puntadas gordas e ingenuas multitud de florecillas azules, que no pude reconocer si eran miosotis¹. Me la envió encerrada en una caja de jabón de Windsor, que olía muy bien.

Yo por aquel tiempo era un pobrete que me comía los codos y andaba de Ceca en Meca, galopando tras de un empleo en alguna oficina del Estado. Ser amanuense era entonces mi mayor ambición. Cincuenta soles de sueldo eran para mí, inestimable tesoro, que solo muy escasos mortales podían poseer. ¡Oh, cincuenta soles de sueldo! ¡Con esa suma asegurada hubiera yo doblado el cabo de la felicidad! ¿Qué cómo? Cuando se es amado, a pesar de ser pobre, una gran confianza en el porvenir nos alienta. Y la dulce serranita me amaba. Muchos pretendientes había despachado por mi causa. Felices horteras endomingados que le hacían la rueda, mientras le vendían media vara de surah o un corte de indiana. Así como así, eran mejores que yo los tales horteras desde el punto de vista matrimonial. Tenían regulares sueldos y lo que ellos llamaban las *rebuscas*, cosas que, probablemente, yo me moriría sin conocer. Pero Marta los mandaba a paseo sin escucharlos siquiera. Solo yo era el preferido. Quizá me encontraba distinto también a los jóvenes de su tierra, sentimentales y turbulentos. A mí no me disgustaba la muchacha. Tenía bonito pelo, ojos tiernos, y tocaba en el piano *Al pie del Misti* con bastante sentimiento. ¡Con ella y mis 50 soles hubiera sido feliz! Lo único que parecía apenarla era mi poca fe. Mi carencia de religión.

—¿Cree usted en Dios? —me preguntaba a menudo.

—Naturalmente —le respondía yo.

—No es bastante, es preciso cumplir con la iglesia, es preciso creer.

La verdad es que yo no creía sino en mi pobreza. Solo se cree en Dios a partir de 50 soles de sueldo.

¹ Miosotis: flor azul conocida como Nomeolvides. Simbólicamente se le conoce como la flor del amor desesperado o amor eterno.

Un día fui invitado sin saber cómo a una reunión. Figuraos mi alborozo cuando recibí la siguiente esquelita: «Grimanesa de Bocardo e hijas tienen el honor de invitar a usted a su casa, Aumente 341, a tomar una taza de té la noche del martes».

Y en el reverso: «Señor Idiáquez». ¡Canastos! ¡Una taza de té! ¡Yo que ni siquiera había comido seriamente aquel día!

Pareciome recibir una invitación celestial y me preguntaba si los filetes de oro de la esquelita no serían una insignia angélica. Bocardo... ¡Bocardo! Nombre sonoro. ¡Qué diablo! Nombre perteneciente sin duda a algún abogado de nota de esos que llevan siempre como cola esta frase: «Lumbrera del foro peruano». ¡Nombre que quizá hace y deshace de millones de empleos de 50 soles!

Me emperejilé lo mejor que pude, con un *chaquet* de diagonal ribeteado con trencilla, unos pantalones de esa tela a cuadritos que parece un trazado para jugar al «León y las ovejas»; un chaleco despampanante, escotado hasta el ombligo, dejando al descubierto la dudosa pechera de mi única camisa formal, donde figuraba un grueso botón de *doublé* y un sombrero hongo de copa no más alta que una cáscara de nuez, de esos que puso en moda en Lima el ya olvidado actor Perrín. Y en medio de todo esto, resplandeciente como un astro de primera magnitud, mi famosa corbata. Famosa sí. ¡Voto al chápiro!

La casa de Aumente número 341 era un majestuoso prodigio de simetría. Constaba de dos ventanas de *reja*, una a cada lado de la puerta; dos balcones, uno sobre cada ventana. Adentro, dos departamentos, uno a cada lado del zaguán. En el fondo una mampara de vidrieras con una ventana a cada lado. Todo allí parecía en equilibrio, repartido a ambos lados de alguna cosa, como hecho exprofeso para demostrar la ley de las compensaciones. Entré. Alguien tocaba un vals al piano cuyos fragmentos se escuchaban entre un sordo murmullo. Dejé mi sombrero en una salita y penetré en el salón. Multitud de parejas bailaban atropellándose. Grupos animados conversaban en los rincones, en el hueco de las ventanas; algunos jóvenes se paseaban solos, con las manos entre los bolsillos. Vi, asimismo, niñas a quienes nadie sacaba a bailar, bien por negligencia o por ignorancia del baile. Yo hubiera querido ponerme a órdenes de la dueña de casa, como se estila en semejantes ocasiones, pero —la verdad— sentí embarazo. No me atreví a preguntar dónde se la podía encontrar. Una linda morena, vestida de color malva, sentada en el extremo de un sofá, me cautivó desde el primer instante. Resolví bailar con ella. Cuando se lo propuse, pareció sorprendida y me miró de arriba a abajo. Sin embargo, me dijo con amabilidad exquisita: —Tengo ya compromiso, caballero.

Yo me senté a su lado, sin saber qué decirle al pronto. Me concreté a olerla. Y qué bien olía. ¡Voto al chápiro! ¡Qué pobre me pareció Marta con su jabón de Windsor! Esta, en cambio, embriagaba. De su seno elevado y

palpitante se escapaban oleadas que me desvanecían. Indudablemente la dicha debería oler a eso. Empezaba a dirigirla la palabra, cuando un joven se acercó, la dio el brazo y desapareció dejándome lelo. Entonces me juzgué en la obligación de sacar a una esbelta rubia que mordía nerviosamente el extremo de su abanico. Mirome de hito en hito y me dijo secamente: «Estoy cansada». Luego creí oportuno dirigirme a otra señorita, la cual me dijo, con marcado desdén, lo mismo. Volví a la carga con otra que también me despachó fulminándome con una mirada despreciativa. Recorrí las restantes, a las que acababan de bailar y a las que no habían bailado aún y todas me petrificaban con aquel terrible y descortés «estoy cansada». ¡Y lo mejor es que salían con el primero que se las presentaba! Empecé a amoscarme. Me pareció notar que algo chocarrero, existente en mí, hacía me acreedor al desprecio. Entonces, sin saber qué partido tomar, rogué a un joven que discurría por allí y que me infundió confianza (hay rostros así, que infunden confianza) que me explicara el caso. Mirome con impertinencia y me dijo: «Tiene usted una corbata *imposible*. ¡Lo mejor que puede usted hacer es largarse, joven!». ¡Corbata imposible! Y me fijé en la de él. En efecto, era una hermosa corbata color de vino, hecha de mano maestra, atravesada por un alfiler de oro.

Salí avergonzado, sin despedirme. ¿De quién me iba a despedir? Tal como había entrado. Nunca he comprendido por qué me invitaron a aquella casa. Quizá por equivocación.

Como es de suponerse, la sangre me hervía. Hubiera deseado aporrear, abofetear, pisotear a alguien. Maquinaba venganzas terribles contra la para mí desconocida señora Bocardó. Hubiera deseado decirle: «Venga usted para acá, grandísima tía, ¿con qué objeto me invita su cochina taza de té, que ni siquiera he bebido?». Y en cuanto a Marta, la muy serrana, ya podía esperarme sentada. ¡Qué ridícula me pareció su corbata! ¡Una corbata que no servía ni para ahorcarse! ¡Que fuera allá con sus horteras! Lo que es yo... ¡Que si quieres!

Desde aquel día se presentó a mi mente un mundo elegante y seductor, desconocido hasta entonces. Comprendí que en la vida había algo mejor que empleos de 50 soles. Me harté de las perrerías de mi existencia, de las monsergas de mi patrona, de las comidas del *restaurant* a 10 centavos el plato, esas infames comidas con sabor a chamusquina. ¡Ah, qué mundo tan perro! ¡Qué indecencia! Había que salir de él a todo trance, como se pudiera, sin reparar en medios.

Por lo pronto, era menester vestir elegante y usar corbatas atravesadas por un alfiler de oro. Haciendo acopio de todo el aplomo que me quedaba, me lancé donde el mejor sastre de Lima. Me hice confeccionar un traje de *chaquet* según la última moda. Di las señas de mi patrona, a quien anticipadamente anuncié un supuesto destino en la aduana con sueldo

fabuloso y esperé los acontecimientos. Mi patrona era viuda de un coronel cuyo retrato al óleo, obra del pintor Palas, se exhibía en el salón amueblado con buen gusto. ¡Cuán distinto del cuarto que me alquilaba en el interior, donde apenas cabía una cama de dobleces! La rogué, poniéndome grave, que recibiera la ropa que había mandado hacer por cuenta del Ministerio de Hacienda. Cuando oyó «Ministerio de Hacienda», ¡abrió cada ojo la señora!... ¡Voto al chápiro! ¡Jamás he mentado con más aplomo!

—¿Supongo que me pagará usted lo atrasado? —me dijo con júbilo.

—Con creces, mi querida señora, con creces —le respondí yo, echándome atrás.

El mejor sastre de Lima no hubo inconveniente en dejar el traje en el salón de una señora donde se exhibía un retrato tan prócer. Cuando la criada le dijo: «El joven ha salido», hizo la mar de reverencias.

«¡Oh! No había para qué molestarse, mandarí la cuenta, ¡bah!». Apenas le vi torcer la esquina, me colé a la casa de mi patrona. Ya estaba allí mi traje extendido sobre un sofá. ¡Oh, qué maravilla de traje! Figuraos un *chaquet* redondeado correctamente, con una gracia mundana singular, una hilera de botones forrados en tela, unas solapas bien alisadas, con poca hombrera; ¡un *chaquet* digno del ministro de Hacienda! Corrí a mi tugurio, lo dejé sobre mi camastro y volví donde mi patrona desolado...

—¿Qué necesita usted? —me dijo esta, con tono cariñoso.

—¡Ah, señora, usted sabe! Mi sueldo no lo recibiré hasta fin de mes... necesito ahora cien soles para ciertos gastos!...

—Con el mayor gusto, Idiáquez —respondiome—, solo le voy a pedir un favor: si usted puede colocar a mi hijo en su oficina... no es porque necesite nada, mientras yo viva... ¡usted sabe!... pero, ¡es tan bonito estar en la Aduana!

Le ofrecí destinar a toda su familia. Entonces me dijo: «¿Gusta usted doscientos?». Puse una cara de banquero que teme comprometerse y por fin la dije: —«¡Bueno, vengan!».

¡Si me hubierais visto volver una hora después, en un coche cargado de camisas, sombreros, pares de botas, bastones y cajas de estupendas y lujosísimas corbatas!... Pero prefiero mostrarme en Mercaderes, con mi *chaquet*, exhibiendo una corbata modelo, atravesada por un alfiler de oro, y con una espejeante chistera. Me calé los guantes color patito, me puse el pantalón bien planchado, cayendo sobre unos escaarpines que, a su vez, caían sobre dos botas de charol, flamantes. Ninguna mujer me pareció bastante bonita. Ninguna tienda bastante abastecida. Ninguna corbata bastante lujosa. La calle de Mercaderes fue para mí estrecho sitio donde no cabía mi persona. Hombres y mujeres me miraban fija y tenazmente, con envidia aquellos, con complacencia estas. De pronto, al salir de donde Guillón, encontré a la morena del baile, magníficamente ataviada, irresistible, encantadora. Estaba vestida de claro y llevaba en la mano multitud de

paquetitos. Me miró con una de aquellas miradas con que las mujeres suelen decir «me gustas». La seguí. Iba en compañía de una criada, de una persona de esas en quienes no se repara jamás. Ella volvió la cara sonriente. Parecía que quisiera decirme: «Atrévete». Yo me acerqué, y después de saludarla correctamente, la deslicé al oído todas aquellas frases que son del caso: «¿Tan temprano de paseo?». «¡Con razón la mañana está tan hermosa!». «¿Qué le parece a usted el calor?». Contestome con amabilidad inusitada, hízome recuerdos del baile donde «nos divertimos tanto» y me rogó que fuera a su casa, donde sus padres tendrían gran gusto recibíendome.

Me enamoré terriblemente de la señorita en cuestión. Acudí a su casa donde fui tratado con grandes agasajos. La despatarré con una docena de corbatas hábilmente combinadas. La pedí en matrimonio y a los cuatro meses me casaba con ella entrando en posesión de una fortuna respetable. ¡Al demontre las perrerías!

Hoy soy padre de una numerosa familia que da bailes a los que concurren las mejores corbatas de Lima. Poseo casas en la capital. Una hacienda en las afueras. Quintas en el campo. Minas en Casapalca. Voy jueves y domingos al Paseo Colón en un elegante carruaje y he hecho varios viajes a Europa. Mi mujer no contenta con hacerme rico, ha querido hacerme célebre: gracias a ella he sido diputado, senador y... lo demás. Todo sin más esfuerzo que un cambio de corbata.

Pero aquí, entre nos, os confesaré que no soy feliz. Mi mujer es cariñosa, es cierto. ¡Me anuda cada corbata! Pero me parece que piensa más en sus trajes que en su marido. Mis hijos también piensan más en sus caballos que en su padre. Yo me he vuelto ambicioso y pienso más en la «cosa pública» que en mi mujer y en mis hijos. Más feliz hubiera sido con mi arequipeñita. ¡Oh! ¡Esa que me quería arrancado y por mí mismo! Con ella y mis 50 soles hubiera vivido ignorado, sin ambiciones que me consumen, ni desengaños que me torturan. ¿Qué habrá sido de ella? A veces, cuando estoy muy triste saco del fondo de mi gaveta la corbata que me regaló y me enternezco recordando a Marta y aspirando ese olor ya desvanecido del jabón de Windsor. Decididamente la verdadera dicha debe oler a jabón de Windsor.

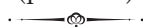


EL PRÓXIMO MES ME NIVELÓ

1973

JULIO RAMÓN RIBEYRO

(peruano)



Allí viene Cieza —dijo Gastón señalando el fondo de la alameda Pardo.

Alberto levantó la vista y distinguió en la penumbra de los ficus una mancha que avanzaba y que la cercanía dotó de largas extremidades, anteojos negros y un espinazo más bien encorvado.

—¡Al fin estás acá! —exclamó Cieza antes de llegar a la banca—. Te he estado llamando toda la tarde por teléfono.

—Quítate los anteojos —dijo Alberto sin levantarse. Cieza se los quitó y dejó al descubierto sus dos cejas hinchadas y los ojos envueltos en una aureola violeta.

—Te has dejado masacrar —dijo Alberto—. ¿Tengo tiempo de ir hasta mi casa? Estos zapatos no tienen punta.

—Creo que no —dijo Gastón—. Ya debe haber empezado el programa. Ahorita llega el cholo Gálvez.

La gallada que estaba en la puerta de radio Miraflores se acercó. Todos abrazaron a Alberto, dieron la mano a Cieza y en grupo penetraron en la emisora. Se acomodaron en el auditorio, mirando el estrado donde una rubia postiza cantaba aires mejicanos con una voz deplorable.

—¿Y cómo te ha ido en todo este tiempo? —le preguntó al oído el cojo Zacarías—. Hace un año que nadie te ve.

—Trabajando —dijo Alberto—. No me iba a pasar la vida parado en las esquinas.

El animador despachó amablemente a la rubia y el segundo aficionado en subir al escenario fue Miguel de Albarracín. Era casi un enano que hacía lo imposible por parecerse a Carlos Gardel. Apenas empezó su versión de *Tus ojos se cerraron*, se escuchó un bullicio en las filas altas del auditorio.

—Allí está —dijo Gastón.

Alberto volteó la cabeza y distinguió un rostro burlón, achinado, prieto, de gruesos labios y cabello encrespado.

Lo circundaban varias cabezas hirsutas, descorbatadas, sobre texturas dudosas y visiblemente desnutridas. Se acomodaron en la última fila, poniendo los pies en el respaldar de la fila delantera.

Alberto regresó la vista al escenario, donde el cantante pigmeo terminaba su tango doblado, gimiendo, con una mano en el corazón y otra en el hígado. Cieza, que estaba delante suyo, volteó a su vez la cara y al distinguir al cholo Gálvez que aplaudía la volvió con presteza hacia el estrado. Alberto alargó la mano y le quitó los anteojos.

—¡Cómo te han dejado la cara! Bueno, salgamos de una vez. Dejemos el teatro para otro día. Avísale a la gallada.

Poniéndose de pie, subió por las gradas del auditorio, buscando con la mirada el rostro achinado. Lo encontró perdido entre los otros rostros, embelesado en la milonga que atacaba Miguel de Albarracín. Quedó mirándolo fijamente, hasta que los ojos oblicuos lo distinguieron. No tuvo necesidad de hacerle ninguna seña ni de pronunciar ningún desafío. Apenas cruzó el umbral del auditorio, Gálvez y su grupo se pusieron de pie para seguirlo y detrás de ellos salió la gallada.

Ambas pandillas se dirigieron a la acera central de la avenida Pardo, poco transitada a esa hora y umbrosa bajo la noche y la arboleda. Gálvez y su gente se acomodaron en una banca, sentados en el respaldar, con los pies en el asiento, mientras Alberto parlamentaba con Cieza.

—Él ya sabe que vas a venir —dijo Cieza—. El sábado pasado, después de la pelea, Zacarías le dijo que había cita para hoy. Le dijo: «Espera no más el sábado, va a venir el pibe Alberto». Y el cholo le dijo: «He oído hablar de ese gallo. Me lo paso por los huevos».

Alberto se separó de su grupo y se dirigió solo hacia la banca, donde la pandilla de Gálvez al verlo venir entonó un coro de uy y de ay desafinado. Cuando estaba solo a unos pasos, Gálvez bajó de la banca y avanzó. Quedaron mirándose, midiéndose, reconociéndose, evaluándose, mientras las colleras, de acuerdo a una ley inmemorial de protección al compañero y de comodidad para presenciar el espectáculo, formaban dos semicírculos que se ajustaron hasta constituir un anillo perfecto.

—¿El cholo Gálvez? —dijo Alberto.

—El mismo, pibe. Aquí, en Surquillo y donde quieras.

Alberto empezó a desabotonarse el saco con parsimonia y, cuando estaba al punto de quitárselo, el cholo Gálvez saltó y le aplicó el primer cabezazo que, fallando la nariz, resbaló por un pómulo y le aplastó una oreja.

Alberto se vio sentado en el suelo, con los brazos trabados en las mangas de su saco, mientras Gálvez se mantenía de pie a su lado, entre los gritos de la gallada, que hacía comentarios y admoniciones, recordando que no valía pegar en el suelo.

Alberto se puso de pie tranquilamente, logró al fin despojarse de su saco y se lo aventó a Cieza. Su pantalón tenía la pretina muy alta, casi a la mitad del pecho, y estaba sujeto con tirantes. Aún se hizo esperar mientras se quitaba la corbata, los gemelos de la camisa y se levantaba las mangas.

El cholo Gálvez, bien plantado sobre sus piernas cortas y macizas, con los brazos caídos y los puños cerrados, lo esperaba. Alberto comprendió de inmediato que el estilo de su rival consistía en atraerlo a su terreno, dejarse incluso romper una ceja o aplastar un labio para poder abrazarlo, quebrarlo entre sus brazos y, como decían que hizo con Cieza, enterrarlo de cabeza en un sardinel. Empezó entonces a girar de lejos en torno al cholo, el que a su vez rotaba sobre sus talones.

Alberto tentó el momento de entrar, acometió varias veces con un pie en el aire, anunciando casi su golpe, para retroceder luego y virar rápidamente a izquierda y derecha, buscando un flanco descubierto. Gálvez se limitaba a rotar, con la guardia completamente caída, pero levantando a veces los antebrazos al mismo tiempo, acompañando su gesto de un falso quejido, femenino, obsceno.

La táctica se prolongó largo rato, pero no en el mismo sitio, pues el círculo que los rodeaba se iba desplazando hacia un extremo de la avenida Pardo, donde había una pila sin agua.

—¡Vamos, cholo, éntrale! —gritaron sus secuaces.

Gálvez balanceó los hombros, hizo algunas fintas con su ancha cintura y estirando de pronto un brazo trató de coger de una pierna a Alberto, que aprovechó el momento para levantar el otro pie y darle un puntazo en el cuello. En el instante en que Gálvez se cubría, Alberto saltó y sus dos pies martillaron la cara del cholo. Insistió una tercera vez, pero a la cuarta el cholo se agachó y Alberto pasó sobre su cabeza y cayó de cuclillas detrás de él. Cuando se enderezaba, ya Gálvez había volteado y su puño cerrado le sacudía la cabeza, mientras su pierna izquierda, elevándose, rasgaba el aire buscando su pelvis. Alberto bloqueó el golpe con la rodilla y se alejó para tomar distancia, pero ya el cholo estaba lanzado y lo atenazó de la cintura. Alberto retrocedió sobre sus talones, impidiendo que el cholo pudiera asentarse y levantarlo en vilo, rompió con la espalda el círculo de mirones, siempre con Gálvez prendido de su cintura, que se esforzaba por contenerlo, trastabillaba, hasta que al fin Alberto se detuvo en seco y levantando la rodilla golpeó al cholo en la mandíbula y cuando este aflojaba la presión de sus brazos le dio un puñetazo en la nuca y al abandonar su tenaza lo remató de una patada en el estómago.

Gálvez cayó de culo. Parecía un poco mareado. Alberto estuvo a punto de enviarle un puntapié en la cara, pero ya la collera del cholo elevaba la voz al unísono, recordando las reglas que no se podían infringir.

Alberto retrocedió, esperando que su rival se pusiera de pie. Le sangraba la oreja. Tuvo apenas tiempo de distinguir las gafas de Cieza y la muleta de Zacarías, pues ya Gálvez se había parado y arremetía con la cabeza gacha, entregándose casi a su castigo. Alberto no quiso perder la ocasión y lo emparó con una patada en la frente. Pero el cholo pareció no sentirlo y acometió otra vez agazapado. Alberto se dio cuenta de que esa pelea se convertía para él en un paseo y sacudió la cabeza del cholo con ambos pies, adornándose, encontrando una especie de placer estético en castigarlo con la punta, el empeine, la suela. Se contuvo un momento para ensayar una nueva serie, en un orden distinto, cuando vio que el cholo se aventaba al suelo y en un instante se dio cuenta de que se le había metido entre las piernas. Estaba ya en los hombros de su rival, que se irguió sobre sus dos piernas y antes de que pudiera prenderse de su pelo el cholo inclinó el cuerpo y Alberto se fue de cara contra el suelo. Gálvez volvió a cogerlo, esta vez de la pretina del pantalón, y nuevamente se vio en el aire, volando sobre su cabeza.

—¡De lejos, de lejos! —gritó Cieza.

Pero Alberto no tenía tiempo de alejarse. Apenas caía al suelo, el cholo lo volvía a levantar en vilo y volvía a estrellarlo con una facilidad que la repetición iba perfeccionando. Alberto solo atinaba a volverse elástico, gomoso, convertirse en un ovillo, en una esfera, cuidándose de no ofrecer en su caída ningún ángulo quebradizo.

Fue en ese momento cuando vio surgir un objeto en el aire, la pierna de algún compañero, tal vez Cieza que entraba en la pelea, pero era solo la muleta de Zacarías. De plano cayó sobre la clavícula de Gálvez. Este contuvo su nueva arremetida y buscó con la mirada al agresor, que era enviado al suelo, a pesar de su cojera, por algún amigo de Gálvez, al mismo tiempo que Cieza intervenía para auxiliar al inválido y se armaba una pelea satélite en torno a la principal. Alberto logró ponerse de pie aprovechando la distracción de Gálvez, que de un puntapié mandaba rodar la muleta y arremetía nuevamente. Alberto tomó distancia, amagando con el pie a su rival para que no se acercara, cuando ya la riña periférica había concluido por acuerdo de sus contrincantes y se rehacía el anillo en torno a la pelea principal.

La constelación siguió desplazándose, abandonó la avenida Pardo, giró hacia la derecha y empezó a remontar la avenida Espinar, rumbo al Óvalo. Pasó de la pista al jardín de la avenida Espinar, de allí a la acera central, cruzó el otro jardín, la otra pista, se estrelló contra los muros de la embajada de Brasil y rebotó hacia el centro fraccionándose contra los ficus y las bancas de madera, para volver a la pista y allí empezar a rotar contra el muro bajo de una casa.

Alberto sentía que sus fuerzas lo abandonaban. Tenía los codos magullados, las rodillas adoloridas y de su oreja manaba tanta sangre como de los cortes que tenía Gálvez en la frente y en los pómulos. Desde hacía rato no hacía sino girar y retroceder; alejando a su rival con un rápido puntapié o de un golpe a vuelamano, pero Gálvez iba siempre adelante, no cejaba, lo embestía con la cabeza baja y la guardia abierta. Alberto volvió a martillearlo en el pecho, en los riñones, esperando que al fin tendría que caer, que no era posible aguantar tanto golpe. Seguramente que así de duro, de pura bestia, había arrebatado al Negro Mundo y al sargento Mendoza, en Surquillo, el cetro de los matones.

Pero ya no estaban en la avenida Espinar. Todo el sistema, al cual se había agregado una pléyade de mirones, había doblado nuevamente, esta vez por la calle Dos de Mayo, donde había una acequia fangosa y filas de moreras bordeando las aceras. Allí la pelea se volvió confusa. Alberto erró varios golpes, otros fueron a estrellarse contra los árboles, se resbaló en el borde de la acequia y se vio de pronto acorralado, sin escape, contra la puerta de un callejón. Gálvez lo había cogido de los tirantes y lo atrajo hacia sí aplicándole un cabezazo en la nariz para abrazarlo luego con sus bíceps, doblarle la cabeza por debajo de la axila y empezar a estrangularlo, mientras con la rodilla le sacudía el mentón. Alberto se sintió desamparado, perdido, y como tenía la boca hundida contra el pecho de su rival y no podía respirar ni gritar, lo mordió debajo de la tetilla. Gálvez aflojó los brazos y Alberto, viéndose libre, aprovechó para alejarse lo más que pudo dentro del anillo rehecho, viendo que tenía roto un tirante y que los pantalones se le caían. Gálvez lo insultaba, persiguiéndolo. Alberto abrió una brecha entre los espectadores y corrió hacia la esquina de Dos de Mayo y Arica, pero sin prisa, amarrándose el tirante, inspirando copiosamente el aire cálido con su nariz rota. Cieza lo alcanzó y corriendo a su lado le dijo que aguantara un poco más, que el cholo estaba hecho mierda, a punto de tirar el arpa, mientras que las dos colleras confundidas le daban caza en la esquina y volvía a configurarse el circo.

Alberto reanudó la pelea. Pasado el límite de la fatiga, no se sentía peor ni mejor, sino simplemente distante, desdoblado y presenciaba su propio combate con atención pero sin fervor, como si lo protagonizara un delegado suyo al cual lo unían vagos intereses de familia. Los gritos y los insultos con que ahora Gálvez acompañaba sus amagos no lo arredraban ni lo encolerizaban. Simplemente los registraba y los interpretaba como recursos a los que echaba mano porque debía sentirse impotente, vencido.

El cholo insistía en entrar en su territorio y se exponía a sus patadas, buscando la ocasión de volver a abrazarlo. Alberto daba y retrocedía, y así el circo recorrió una cuadra de la calle Arica, vaciló en la esquina de la

calle Piura, fue embestido y hendido por un autobús rugiente, se engrosó con los parroquianos de una pulpería y siguió su rumbo hacia la huaca Juliana.

Alberto entró nuevamente en sí. Le pareció que hacía días que peleaba y al distinguir la rueda de mirones tuvo conciencia de que estaba cautivo, literalmente, en un círculo vicioso. Para romperlo era necesario apurar el combate, entrar al área de Gálvez, arriesgar. Estaban ya cerca de la huaca, en una calle sin pavimento, rodeada de casas nuevas, sin acera.

Como la iluminación era allí pobre, Alberto calculó mal una de sus entradas, se impulsó más de lo debido y se encontró cara a cara con el cholo, quien, renunciando esta vez a abrazarlo, lo contuvo de los hombros, lo alejó de un empujón y le envió un puntazo fulminante al ombligo. Alberto se llevó la mano al hígado, mientras sentía flaquear sus rodillas y chillar a su collera. De buena gana se hubiera dejado caer, pero observó que Gálvez, arrastrado por la violencia de su golpe, había perdido el equilibrio y se esforzaba por mantenerlo, vacilando en un pie. Dio entonces un brinco y metió la pierna allí, en el lugar que desde hacía rato perseguía, los testículos, y su zapato penetró como por un boquete bajo la pelvis. El cholo gritó esta vez, dobló el torso hacia delante, iba ya a caer de cara o tal vez estaba cayendo, tocando el suelo con una mano, pero Alberto quiso ignorar ese gesto y levantando la otra pierna le planchó la nariz con la suela del zapato.

Ya estaba Gálvez tendido, enrollado, revolcándose. Rodó por entre las piernas de sus secuaces, que saltaban para no pisarlo, y quedó al lado de un muro echado de cara. Probablemente aún era capaz de recuperarse, pero el anillo se agitó, se quebró, al escucharse unos pitazos al fondo de la calle Arica. Dos policías venían corriendo.

Gálvez fue levantado por su pandilla y llevado rápidamente hacia un garaje de reparaciones que tenía su portón entreabierto. Alberto, mareado, vio que Cieza se le acercaba con un pañuelo y se lo ponía como un tampón en la nariz, mientras Gastón le palmeaba la nuca y el resto de la collera se apretujaba a su alrededor, extendiendo los brazos para tocarlo.

—Al jardín —dijo Zacarías, señalando el muro bajo de una casa.

Sus amigos lo levantaron en vilo y lo depositaron al otro lado del cerco, donde una manguera humedecía el césped. Alberto tomó agua por su pitón, se mojó la cara, la cabeza y se puso a regar tranquilamente una mata de geranios.

La policía trató vanamente de encontrar en las pandillas trazas de peleadores, heridos, contusos, ordenó que se dispersaran y se retiró hacia la huaca.

Alberto seguía en el jardín mojándose la cabeza, lavándose los codos magullados, cuando Gastón le pasó la voz:

—Ya el cholo colgó el guante. Sus amigos se lo llevan.

Alberto vio un grupo apretujado, que se retiraba penitencial, casi funerario, entre lamentaciones, hacia la pulpería de la calle Arica. Salió entonces del jardín saltando el muro y Cieza lo recibió con los brazos abiertos, mientras el cojo Zacarías le alcanzaba su saco y su corbata. El resto de la patota hablaba de festejar el triunfo con unas cervezas.

—Sí —dijo Alberto—. Ha sido una pateadura en regla.

Con su saco debajo del brazo se encaminó hacia el bar Montecarlo, rodeado de sus amigos, sin prestar mayor atención a sus comentarios que, parciales, exagerados, contradictorios, iban echando las bases de la leyenda.

—Hagamos un pozo —dijo Cieza en el bar—. Todos dan, menos Alberto.

Las botellas estaban ya en la mesa deschapadas, los vasos llenos, espumantes. Alberto se bebió uno al seco, ahogando una sed inmemorial. Empezó entonces a hablar, pero no de la pelea, como todos esperaban, sino de Berta.

—Ahora caigo —dijo Gastón—. Ella es la que te ha separado de la patota. Estoy seguro de que has caído en la trampa, que te casas.

—El año entrante —dijo Alberto—. Estoy en todo ese lío de comprar muebles, pagar cuentas. Cuando hay que pagar letras, tienes que olvidarte de los amigos, trabajar y adiós a los tragos, las malas noches. Eso es lo que he hecho en todo este año que no me han visto.

—Deja eso de lado y háblanos de la pelea —dijo Zacarías—. Esta ha sido la más brutal de todas, mejor que cuando hiciste llorar a Calato Balbuena en la bajada de los baños.

—A Calato también le pegó el Negro Mundo —dijo Gastón.

—Pero al Negro le pegó el sargento Mendoza.

—Y a Mendoza, el cholo Gálvez.

Alberto depositó su vaso sobre la mesa. La cabeza le había comenzado a dar vueltas. Haciendo un esfuerzo se puso de pie. Gastón lo tiró del brazo, no podía irse así no más, estaban en la primera ronda.

—Estoy fuera de forma —dijo Alberto—. Un solo vaso me ha emborrachado. Discúlpenme.

Entre las protestas de sus amigos se dirigió hacia la puerta del bar. Cieza lo alcanzó.

—No nos vas a dejar así. Un año que no nos vemos, la patota...

—Cuídate más la próxima vez, Cieza; déjate de patotas y de niñerías. Ya no soy el mismo de antes. Si me van a buscar la próxima vez para estas cosas, palabra que no salgo.

—Te acompaño.

—No —dijo secamente Alberto, y tomó el camino de su casa, estirado, digno, haciendo sonar marcialmente sus zapatos sobre la calzada.

Apenas dobló la esquina, fuera ya de la vista de su collera, se cogió el vientre, apoyó la cabeza en un muro y empezó a vomitar. Arcadas

espasmódicas recorrían su cuerpo, mientras vaciaba el estómago sobre la vereda. Respirando con vehemencia, logró enderezarse y siguió su camino tambaleándose, por calles aberrantes y veredas falaces que se escamoteaban bajo sus pies.

Penetró a tientas en su casa oscura. Ya su mamá se había acostado. Atravesó la sala, tropezándose con los muebles nuevos comprados a plazos y sin ánimo de entrar al baño o de pasar a la cocina, logró ubicar su dormitorio y se dejó caer vestido en la cama. Estaba sudando frío, temblaba, algo dentro de sí estaba roto, irremisiblemente fuera de uso. Estirando la mano hacia la mesa de noche buscó la jarra de agua, pero solo halló la libretita donde hacía sus cuentas. Algo dijo su mamá desde la otra habitación, algo del horno, de la comida.

—Sí —murmuró Alberto sin soltar la libreta—. Sí, el próximo mes me niveló.

Llevándose la mano al hígado, abrió la boca sedienta, hundió la cabeza en la almohada y se escupió por entero, esta vez sí, definitivamente, escupió su persona, sus proezas, su pelea, la postrera, perdida.



EL RUMOR DEL OLEAJE

1956

YUKIO MISHIMA

(japonés)



Esta novela está ambientada en la isla de Utajima (Japón), lugar de una belleza natural impresionante. El texto narra los amores de dos adolescentes que deben vencer los prejuicios sociales y la diferencia económica entre sus dos familias. En este capítulo, el joven Shinji, un pescador pobre, confirma que su amada Hatsue también lo quiere, pues esta le envía clandestinamente una fotografía. Sin embargo, ella está prometida por su padre a otro joven rico, llamado Yasuo. Este y Shinji mantienen una silenciosa hostilidad, pero los dos comienzan a trabajar en un barco comercial y viven una serie de aventuras que marcan su tránsito a la adultez, pues se alejan de su isla natal y conviven con marineros experimentados. En una de las travesías marinas, se desata un tifón y la tripulación del barco debe realizar una serie de maniobras para salvar la embarcación: una de ellas implica que un marinero se lance al mar embravecido y ate una cuerda a una boya. Es una misión de alto riesgo y voluntariamente Shinji decide asumir esa tarea sin medir las consecuencias. A continuación, podrás leer el capítulo 14 de la novela.

Llegó la estación de las lluvias y el transcurso de los días solo aportaba a Shinji amargura. Incluso las cartas de Hatsue habían cesado. Era evidente que, después de que el padre de la muchacha hubiera frustrado su encuentro en el santuario de Yashiro, del que con toda probabilidad se había enterado al leer la carta, había prohibido estrictamente a su hija que siguiera escribiéndole.

Un día antes de que finalizara la estación de las lluvias, llegó a la isla el capitán del *Utajima-maru*, uno de los dos cargueros de cabotaje, y el de mayor calado, que poseía Terukichi Miyata y que ahora estaba anclado en Toba.

El capitán se dirigió primero a la casa de Terukichi y a continuación visitó la de Yasuo. Aquella misma noche se entrevistó con Jukichi, el patrón de Shinji, y por último fue a casa de Shinji.

El capitán tenía cuarenta y tantos años y tres hijos. De elevada estatura, se enorgullecía de su fortaleza, pero era un hombre de carácter amable. Era un miembro entusiasta de la secta budista Nichiren, y si una de sus estancias en la isla coincidía con el Festival de Todas las Almas, siempre oficiaba como una especie de monje lego y leía los sutras por el reposo de las almas de los difuntos. Tenía mujeres en diversos puertos, a las que su tripulación se refería como la tía de Yokohama, la tía de Moji y así con todas. Cada vez que el barco atracaba en uno de esos puertos, el capitán llevaba a los tripulantes jóvenes a la vivienda de su mujer, donde tomaban un trago. Todas las «tías» vestían de manera conservadora y siempre trataban a los jóvenes con mucha amabilidad.

Entre los marineros corría el rumor de que el capitán era medio calvo por culpa de su libertinaje, y que por eso mantenía su dignidad llevando siempre puesta la gorra de uniforme.

En cuanto el capitán llegó a la casa, empezó a hablar del asunto que le llevaba allí con la madre de Shinji. El muchacho también estaba presente.

Cuando los chicos del pueblo llegaban a los diecisiete o dieciocho años iniciaban su formación marinera como «pinches». Se les llamaba así porque una de sus tareas consistía en preparar el arroz para la tripulación. Shinji había alcanzado la edad apropiada, y el capitán quería saber si le gustaría enrolarse en el *Utajima-maru* como «pinche».

La madre callaba, y Shinji le dijo al capitán que le daría una respuesta después de que hubiera tenido ocasión de planteárselo a su patrón, Jukichi. El capitán replicó que, si su decisión dependía de que Jukichi lo aceptara, ya había hablado con él y estaba de acuerdo.

Sin embargo, había en la oferta algo extraño que desconcertaba al muchacho. El *Utajima-maru*, pertenecía a Terukichi, y desde luego no había motivo alguno para que este empleara a Shinji, por quien solo sentía desagrado, como marinero en uno de sus barcos.

—En esto te equivocas —le dijo el capitán—. El tío Teru se ha dado cuenta de que serás un buen marinero. En cuanto te mencioné, el tío Teru se mostró de acuerdo. Así que ánimo y prepárate para trabajar duro.

A fin de estar completamente seguro, Shinji acompañó al capitán a casa de Jukichi, quien también le instó a que aceptara el empleo. Le dijo que su ausencia crearía algunas dificultades en el *Taihei-maru*, pero que él no podía obstaculizar el futuro del muchacho. Así pues, Shinji aceptó.

Al día siguiente, Shinji oyó la sorprendente noticia de que también Yasuo iba a enrolarse como aprendiz en el *Utajima-maru*. Decían que a Yasuo no le gustaba nada la idea de empezar como «pinche» y que se había visto obligado a aceptarlo solo cuando el tío Teru afirmó que el aprendizaje era imprescindible antes de que aprobara su noviazgo con Hatsue.

Cuando Shinji lo supo, la inquietud y el dolor embargaron su ánimo, pero al mismo tiempo se sintió esperanzado.

En compañía de su madre, Shinji fue al santuario de Yashiro para rezar por una travesía sin peligros y hacerse con el amuleto.

Llegó el día de la partida. Acompañados por el capitán, Shinji y Yasuo subieron a bordo del transbordador *Kamikaze-maru* con rumbo a Toba. Varias personas acudieron a despedirse de Yasuo, entre ellas Hatsue, pero Terukichi no estaba presente. A Shinji solo había ido a despedirle su madre e Hiroshi.

Hatsue no dirigió su mirada a Shinji, pero cuando el barco estaba a punto de zarpar, le susurró algo a la madre de Shinji al tiempo que le entregaba un paquetito. La madre se lo entregó a su hijo.

Ni siquiera estando ya a bordo Shinji tuvo oportunidad de abrir el paquete, pues el capitán y Yasuo estaban a su lado. Observó la línea costera

de Utajima, que iba quedando atrás, y en ese estado de contemplación comprendió por primera vez sus sentimientos.

Era un joven nacido y criado en aquella isla, a la que amaba más que a nada en el mundo, y sin embargo, ahora ansiaba abandonarla. Su deseo de marcharse era lo que le había impulsado a aceptar la oferta de un puesto de trabajo en el *Utajima-maru* que le hiciera el capitán.

La isla se perdió de vista y el muchacho experimentó una sensación de paz. Como nunca le había sucedido en sus travesías pesqueras diarias, ahora no tenía que pensar en que por la noche regresaría a la isla.

«¡Soy libre!», exclamó para sus adentros. Por primera vez se daba cuenta de que podía existir aquella extraña clase de libertad.

El *Kamikaze-maru* navegó bajo la llovizna. Yasuo y el capitán extendieron las esteras de paja en el camarote y se acostaron. Yasuo no había dirigido la palabra a Shinji desde que subieron a bordo.

El muchacho acercó la cara a uno de los portillos, a través del cual se deslizaban las gotas de lluvia, y a la luz que se filtraba por el cristal examinó el contenido del paquete de Hatsue. Era otro amuleto del santuario de Yashiro, una foto de la joven y una carta. Esta decía:

«A partir de hoy iré al santuario de Yashiro para rezar por tu seguridad. Mi corazón te pertenece. Cuídate y regresa sano y salvo, por favor. Te adjunto mi foto, de modo que pueda viajar contigo. Me la hicieron en el cabo Daio. Por lo que respecta a la travesía... verás, mi padre no me ha dicho nada, pero creo que debe de haber algún motivo especial que le haya decidido a reuniros a ti y a Yasuo en el mismo barco. Y de alguna manera intuyo un rayo de esperanza para nosotros. Por favor, no pierdas la esperanza, te lo ruego. Sigue luchando, por favor.»

Esta carta llenó de estímulo al muchacho. Se sintió fortalecido, y embargó todo su cuerpo la grata sensación de que la vida era hermosa y merecía la pena vivirla.

Yasuo seguía durmiendo. A la luz del portillo, Shinji contempló la fotografía de Hatsue. La joven se apoyaba en uno de los enormes pinos del cabo Daio y la brisa marina le arremolinaba la falda del blanco vestido veraniego y le acariciaba la piel. La idea de que él también había hecho lo mismo que hacía el viento en la fotografía reforzó todavía más su ánimo.

Reacio a apartar la vista de la imagen, Shinji había apoyado la foto en el borde del portillo empañado por la lluvia, y llevaba mirándola largo rato cuando detrás de ella se dibujó lentamente el contorno de la isla de Toshi a babor. Una vez más se esfumó el sosiego que le había envuelto durante breves momentos, pero la extraña manera en que el amor puede torturar el corazón con el deseo ya no era ninguna novedad para él.

Cuando llegaron a Toba había dejado de llover. Por los claros entre las nubes se filtraban rayos de luz plateada. El *Utajima-maru*, con sus ciento ochenta y cinco toneladas de desplazamiento, destacaba entre los numerosos pesqueros anclados en el puerto de Toba. Los tres hombres saltaron a la cubierta, centelleante bajo el sol después de la lluvia. Las brillantes gotas de lluvia seguían deslizándose por los mástiles pintados de blanco, y los imponentes botalones estaban plegados sobre las escotillas.

La tripulación aún no había regresado del permiso en tierra. El capitán condujo a los dos muchachos a su alojamiento, una cabina de ocho *tatamis* junto a la del patrón y directamente encima de la cocina y el comedor. Aparte de las taquillas y un pequeño espacio central cubierto con delgadas esteras de paja, no había nada más que dos conjuntos de literas dobles a la derecha y, a la izquierda, un juego de literas y un camastro separado para el primer maquinista. En el techo, como si fuesen amuletos, estaban fijadas con chinchetas varias fotografías de actrices de cine.

A Shinji y Yasuo les correspondió el primer grupo de literas, a la derecha. El primer maquinista, el primer y segundo oficiales, el contramaestre, los marineros y los fogoneros dormían en aquel único y pequeño camarote, pero como alternaban las guardias, siempre había suficientes literas disponibles en cualquier momento.

Tras mostrarles el puente, el alojamiento del patrón, las bodegas y el comedor, el capitán los dejó en el camarote de la tripulación para que descansaran.

Al quedarse solos, los dos jóvenes se miraron. Yasuo se sentía animado y decidió hacer las paces.

—Bueno, aquí estamos por fin los dos solos, y hemos de ser compañeros. En la isla han pasado muchas cosas, pero olvidémoslas y, a partir de ahora, seamos buenos amigos.

Shinji no pronunció palabra. Se limitó a demostrar su aceptación con un sonido gutural y sonrió.

Hacia el anochecer la tripulación regresó al barco. La mayoría de los marineros eran de Utajima, y tanto Shinji como Yasuo los conocían de vista. Olían todavía a licor y bromearon con los recién llegados. Entonces les informaron de los hábitos cotidianos a bordo y les asignaron sus diversas tareas.

El barco zarparía a las nueve de la mañana. Shinji recibió el encargo de quitar del mástil la luz de fondeo a la mañana siguiente en cuanto amaneciera. La luz de fondeo era muy parecida a los postigos de una casa en tierra: apagarla significaba que el barco estaba despierto, de la misma manera que abrir los postigos que han permanecido cerrados por la noche significa que una casa está despierta.

Shinji apenas pegó ojo en toda la noche, y a la mañana siguiente se levantó antes de que saliera el sol y retiró la luz de fondeo mientras el ambiente iba volviéndose gris. La mañana se iniciaba con una lluvia brumosa y las farolas de Toba trazaban dos líneas rectas desde el puerto hasta la estación del ferrocarril.

En la estación sonó el silbato gangoso de un tren de carga.

El muchacho trepó por el mástil que sostenía las velas plegadas, utilizadas como propulsión auxiliar. La madera estaba mojada y fría, y el movimiento de balanceo de las pequeñas olas que rompían contra los costados del barco se transmitía directamente al mástil. Bajo los primeros rayos del sol matinal, y envuelta en la bruma, la luz de fondeo estaba difuminada y presentaba un aspecto lechoso. El muchacho tendió el brazo para desengancharla. Como si le disgustara que la bajarán, la luz de fondeo se balanceó de un lado a otro, la llama vaciló dentro del vidrio empapado y unas gotas de agua cayeron en el rostro alzado del joven.

Shinji se preguntó en qué puerto recalaría el barco la próxima vez que descolgara aquella luz.

El *Utajima-maru*, fletado por la Compañía de Transporte Yamagawa, iba a transportar madera a Okinawa y regresaría a Kobe al cabo de unas seis semanas. Tras cruzar el canal de Kii y recalar en Kobe, el barco navegó hacia el oeste por el Mar Interior y pasó la inspección de cuarentena en Moji. Entonces prosiguió rumbo hacia el sur siguiendo la costa oriental de Kyushu, y recibió el permiso para zarpar en el puerto de Nichinan, en la prefectura de Miyazaki, donde había una oficina de aduanas.

En el lado este de la península de Osumi, en el extremo meridional de la isla de Kyushu, se encuentra la bahía de Shibushi, con el puerto de Fukushima situado al final de la prefectura de Miyazaki, de modo que los trenes entran en la prefectura de Kagoshima antes de llegar a la siguiente estación. Fue en el punto de Fukushima donde el barco cargó cuatrocientos metros cúbicos de madera.

Tras zarpar de Fukushima, el *Utajima-maru* se convirtió a todos los efectos en un barco de alta mar. Tardaría dos o dos días y medio en llegar a Okinawa. Cuando no tenían que ocuparse de la carga, o durante los periodos de descanso, los tripulantes se repantigaban en las delgadas esteras de paja que cubrían el espacio de tres tatamis¹ en el centro de su alojamiento y escuchaban música en un fonógrafo portátil. Tenían pocos discos, y los que había estaban en tan mal estado que, al ser arañados por la aguja oxidada, convertían la música en chirridos. Todas las canciones sin excepción eran baladas sentimentales que hablaban de mujeres, la Cruz del Sur, el licor o los suspiros. El primer maquinista carecía de sentido musical y era incapaz de aprender siquiera una tonada a lo largo de una travesía, además de que siempre acaba olvidando lo poco que había aprendido antes de iniciar el siguiente viaje. Cada vez que el barco cabeceaba o se balanceaba de improviso la aguja se deslizaba por el disco y dejaba una raya más en su superficie.

A menudo permanecían levantados hasta altas horas de la noche, enzarzados en discusiones ridículas. Temas como el amor y el matrimonio, o si el cuerpo humano podía soportar que le inyectaran la misma cantidad

¹ Tatami: tapiz o colchoneta acolchada que se usa para recostarse sobre el suelo.

de sal que de dextrosa, bastaban para hacerles hablar durante horas. La persona que mantenía su opinión con más testarudez era la que solía imponer al final su criterio, pero los razonamientos de Yasuo, que había sido presidente de la Asociación Juvenil de la isla, eran tan lógicos que incluso se ganaba el respeto de los mayores. En cuanto a Shinji, siempre guardaba silencio, abrazándose las rodillas, sonriente, mientras escuchaba las opiniones de sus compañeros.

—No hay duda de que el chico es tonto —le dijo cierta vez al capitán el primer maquinista.

La vida a bordo del barco era muy activa. Desde que los recién llegados subieron a bordo, siempre había cubiertas que limpiar o les esperaba cualquiera de las numerosas tareas de las que eran responsables.

Poco a poco la tripulación se fue percatando sin asomo de duda de lo perezoso que era Yasuo, quien consideraba suficiente aparentar que cumplía con sus deberes aunque en realidad no hiciera nada. En cambio, Shinji le encubría e incluso realizaba parte del trabajo de Yasuo, por lo que la actitud de este no fue advertida de inmediato por sus superiores.

Pero una mañana, el contraamaestre, al encontrar a Yasuo haraganeando en el camarote tras haberse escaqueado de su tarea, consistente en limpiar la cubierta, con el pretexto de que iba a la proa, perdió los estribos y le reprendió de un modo terminante.

La réplica de Yasuo no pudo ser más irreflexiva.

—Bueno, en cualquier caso, cuando termine esta travesía me convertiré en el hijo del tío Teru. Entonces este barco me pertenecerá.

El contraamaestre estaba airado, pero tuvo la prudencia de retener la lengua, al considerar que las cosas muy bien podrían resultar tal como Yasuo decía. No volvió a regañar a Yasuo, pero por las palabras que había susurrado a un compañero los demás hombres pronto supieron lo que había dicho el subordinado joven, y ello fue en detrimento más que en beneficio de Yasuo.

Shinji estaba muy ocupado, y la única oportunidad que tenía de mirar la foto de Hatsue era un breve momento cada noche antes de acostarse o cuando estaba de guardia. Nunca permitía que los demás atisbasen siquiera de reojo la imagen. Un día, cuando Yasuo se jactaba de que Terukichi le había adoptado como marido de Hatsue, Shinji recurrió a un medio de venganza que en su caso era de los más taimado. Le preguntó a Yasuo si tenía una foto de Hatsue.

—Pues claro que la tengo —replicó Yasuo de inmediato.

Shinji estaba convencido de que eso era mentira, y su corazón se llenó de júbilo.

Poco después Yasuo se dirigió a él en un tono despreocupado.

—¿También tú tienes una? —le preguntó.

—¿Una qué?

—Una foto de Hatsue.

—No, no tengo ninguna.

Probablemente era la primera vez en su vida que Shinji mentía a sabiendas.

El *Utajima-maru* llegó a Naha. Tras el periodo de cuarentena entró en el puerto y se procedió a la descarga.

Tuvo que estar anclado dos o tres días, esperando el permiso para entrar en el puerto cerrado de Unten, donde cargaría chatarra antes de iniciar la travesía de regreso a Japón². Unten se encontraba en el extremo septentrional de Okinawa, donde las fuerzas norteamericanas efectuaron su primer desembarco durante la guerra.

Puesto que la tripulación no tenía permiso para desembarcar, se pasaban el tiempo contemplando desde la cubierta las islas desoladas y yermas. Cuando los norteamericanos desembarcaron, temerosos de que hubiera minas sin estallar, quemaron todos los árboles de las colinas.

Aunque había finalizado la guerra de Corea, en la que Okinawa tuvo importancia como base aérea de los norteamericanos, para los tripulantes de *Utajima-maru* el aspecto de la isla seguía siendo sumamente insólito. De la mañana a la noche se oía el estrépito de los cazas en vuelos de prácticas, e innumerables vehículos —turismos, caminos y diversos vehículos militares—, relucientes bajo el sol del verano tropical, se desplazaban constantemente de un lado a otro por la ancha carretera pavimentada que bordeaba el puerto. Al lado de la carretera brillaba el cemento nuevo de las casas prefabricadas para las familias del personal militar norteamericano, mientras que los tejados de hojalata, llenos de parches, de las maltrechas casas japonesas resaltaban como feas manchas en medio del paisaje.

La única persona que desembarcó, a fin de pedir al agente de la Compañía de Transportes Yamagawa que enviara un comerciante de efectos navales, fue el primer oficial.

Llegó el esperado permiso para entrar en Unten. El *Utajima-maru* atracó en el puerto y cargaron la chatarra en sus bodegas. Acababan de hacerlo cuando se les informó de que un tifón amenazaba con abatirse sobre Okinawa. Confiando en librarse del tifón marchándose lo antes posible, zarparon a primera hora de la mañana siguiente. Todo lo que había que hacer entonces era poner rumbo directo a Japón.

Aquella mañana caía una lluvia ligera. Las olas eran altas y los vientos soplaban del sudoeste. Las colinas desaparecieron rápidamente de la vista ocultas tras el oleaje, y el *Utajima-maru* navegó guiándose por la brújula durante seis horas, con visibilidad muy escasa. La aguja del barómetro no dejaba de bajar y la altura de las olas aumentaba todavía más. El descenso de la presión atmosférica era alarmante.

² En aquel entonces, los primeros años 50 del siglo XX, las islas de Okinawa pertenecían a Estados Unidos, que las habían ocupado al término de la Segunda Guerra Mundial. No fueron devueltas a Japón hasta 1972. (Nota del texto original).

El capitán decidió regresar a Unten. El viento convertía la lluvia en bruma, la visibilidad se redujo al cero absoluto y el regreso a puerto, prolongado durante seis horas, resultó extremadamente dificultoso.

Por fin avistaron las colinas de Unten. El contramaestre, muy familiarizado con aquellas aguas, estaba a la mira en la proa. Rodeaban el puerto una serie de arrecifes coralinos que se extendían a lo largo de unos tres kilómetros, y el canal que se abría entre ellos, que ni siquiera estaba señalizado con boyas³, presentaba una gran dificultad a la navegación.

—¡Alto!... ¡Adelante!... ¡Alto!... ¡Adelante!...

Comprobaban el avance una y otra vez y seguían adelante muy despacio. De este modo el barco cruzó el canal entre los arrecifes coralinos. Cuando lo dejaron atrás, eran las seis de la tarde.

Un bonitero se había refugiado entre los arrecifes. Los dos barcos se amarraron con varios cabos y entraron en el puerto de Unten navegando uno al lado del otro.

En el puerto las olas eran bajas, pero la intensidad del viento iba en aumento. Mientras el *Utajima-maru* y el bonitero seguía uno al lado del otro, los tripulantes utilizaron cuatro cabos, dos cuerdas y dos cables metálicos para unir las proas a una boya del tamaño de una habitación pequeña y se dispusieron a aguantar al ancla⁴ la tormenta.

El *Utajima-maru* carecía de equipo de radio y dependía exclusivamente de la brújula. Así pues, el operador de radio del bonitero les pasaba los informes que recibía acerca de la intensidad y el rumbo del tifón.

Cuando llegó la noche, cuatro hombres montaron guardia en la cubierta del bonitero, mientras que en el *Utajima-maru* eran tres los hombres destinados a vigilar. Su tarea consistía en observar las cuerdas y los cables, pues podían romperse en cualquier momento.

También les inquietaba la posibilidad de que la boya no aguantara, pero el peligro de que los cabos se rompieran era mucho mayor. Los hombres que hacían la guardia luchaban con el viento y las olas, arriesgando a menudo la vida para mantener los cabos mojados, temerosos de que pudieran deshilacharse si el viento los secaba demasiado.

A las nueve de la noche, un viento que soplaba a cien kilómetros por hora se abatió contra las dos embarcaciones.

Una hora antes de medianoche Shinji, Yasuo y un joven marinero se encargaron de la guardia. En cuanto salieron a cubierta, gateando, el viento los arrojó contra la pared, y la lluvia agitada por el viento les azotó las mejillas, punzante como si estuviera hecha de agujas.

Era imposible permanecer erguido en la cubierta, que se alzaba como un muro ante sus ojos. Todos los maderos del barco crujían y retumbaban. En el puerto las olas no eran lo bastante altas como para barrer las cubiertas, pero

³ Boya: Cuerpo flotante sujeto al fondo del mar, de un lago o de un río que se coloca como señal.

⁴ Aguantar al ancla: en náutica, se dice cuando la embarcación aguanta un temporal estando anclada o fondeada.

el agua que levantaban, transportada por el viento, se había convertido en una bruma ondulante que les impedía ver. Arrastrándose por la cubierta, los tres llegaron finalmente a la proa y se aferraron a las bitas⁵, a las que estaban atados las dos cuerdas y los dos cables que fijaban el barco a la boya.

Los marineros divisaban vagamente el contorno de la boya a veinticinco metros de distancia, una presencia revelada en la profunda oscuridad de la noche por la pintura blanca. Y cuando, acompañada por el chirrido de los cables, que parecían gritar, una enorme ráfaga de viento golpeaba el barco y lo alzaba a considerable altura, la boya se hundía muy por debajo de ellos en la negrura y parecía más pequeña.

Los tres intercambiaban miradas mientras se aferraban a las bitas, pero no hablaban. Y el agua salada que les golpeaba la cara incluso les impedía mantener los ojos abiertos. Era muy sorprendente, pero los silbidos del viento y el estrépito del mar conferían a la noche que los envolvía una extraña serenidad en medio del frenesí.

Su trabajo consistía en mirar fijamente los cabos que sujetaban al *Utajimamaru*. Cuerdas y cables, muy tensos, trazaban las únicas líneas rectas indómitas en una escena en la que todo lo demás traqueteaba y oscilaba con el furor de la tormenta. Esa manera de contemplar las líneas rígidamente trazadas les procuraba una sensación afín a la confianza, nacida de su misma concentración.

En ocasiones el viento parecía cesar de repente, pero tales momentos, en vez de tranquilizar a los tres jóvenes, les hacían temblar de terror. Al instante otra enorme ráfaga de viento se abatía de nuevo con un estrépito ensordecedor, haciendo matraquear los penoles de verga⁶.

Los tres prosiguieron su silenciosa vigilancia de los cabos. Oían a intervalos, incluso imponiéndose al del viento, el sonido estridente y el chasquido de las cuerdas y los cables.

—¡Mirad! —dijo Yasuo con un hilo de voz.

Uno de los cables enrollados a las bitas chirriaba de una manera alarmante y parecía resbalar un poco. Las bitas estaban directamente ante sus ojos, y los marineros percibieron una alteración muy ligera pero siniestra en la manera en que los cabos estaban enrollados en aquellos postes.

En aquel instante un trozo de cable retrocedió en la oscuridad, restallando como un látigo, y golpeó las bitas con un sonido que parecía un gruñido.

Los jóvenes lo habían esquivado al instante, evitando por segundos que el cable cortado, que tenía la fuerza suficiente para darles un tajo hasta el hueso, los alcanzara. Como un ser vivo que tardara mucho tiempo en morir, el cable se retorció en la oscuridad con un sonido agudo, hasta que quedó inmóvil, formando un semicírculo.

5 Bitas: en náutica son los trozos de fierro de forma cilíndrica apernados fuertemente a las cubiertas que sirven para tomarle vueltas a las cuerdas que atan las velas.

6 Verga: en náutica es el palo puesto horizontalmente en un mástil y que sirve para sostener la vela. Los penoles son los extremos de las vergas.

Cuando por fin comprendieron la situación, los tres jóvenes palidecieron. Uno de los cuatro cables que sujetaban el buque a la boya había cedido, y nadie podía garantizar que el cable y las dos estachas que quedaban no se rompieran también en cualquier momento.

—Hay que decírselo al capitán —dijo Yasuo, apartándose de las bitas.

El joven avanzó a paso de tortuga, buscando asideros, cayó al suelo varias veces y siguió adelante a tientas, hasta que llegó al puente e informó al capitán.

El fornido capitán no perdió la calma, o por lo menos aparentó no hacerlo.

—Bueno, entonces usaremos una cuerda salvavidas. El tifón ha llegado a su apogeo a la una, así que ahora no hay peligro alguno si empleamos una cuerda. Alguien puede nadar hasta la boya y atar la cuerda salvavidas.

Dejando al segundo oficial en el puente de mando, el capitán y el primer oficial siguieron a Yasuo. Como ratones que tirasen de un pastelillo de arroz, enrollaron y cargaron, arrastrándolos paso a paso, una cuerda salvavidas y un merlín nuevo, desde el puente hasta las bitas de la proa.

Shinji y el marinero los miraron con expresión inquisitiva.

El capitán se inclinó por encima de ellos y gritó a los tres jóvenes:

—¿Quién de vosotros va a llevar esta cuerda para atarla a la boya?

El rugido del viento cubrió el silencio de los muchachos.

—¿Es que ninguno de vosotros tiene redaños? —gritó de nuevo el capitán.

A Yasuo le temblaban los labios. Hundió el cuello en los hombros.

Entonces Shinji gritó algo en un tono alegre, y al hacerlo la blancura de sus dientes brilló en la negrura y reveló su sonrisa.

—Yo lo haré —dijo con claridad.

—¡Muy bien! ¡Adelante!

Shinji se levantó. Le avergonzaba haber permanecido acucillado en la cubierta hasta entonces, casi como encogido de miedo. De las negras profundidades de la noche surgió el viento y le golpeó de lleno, mas para Shinji, acostumbrado al mal tiempo en un pequeño barco de pesca, la oscilante cubierta sobre la que sus pies estaban bien afianzados no se diferenciaba de un trozo de tierra, aunque, desde luego, un poco desquiciado.

El muchacho prestó atención a los ruidos de la tormenta. El tifón se encontraba directamente encima de la hermosa cabeza del muchacho. Para Shinji era tan razonable que le invitaran a participar de aquel banquete de locura como que le hubieran invitado a una siesta tranquila y natural por la tarde.

El sudor le corría tan copiosamente bajo el impermeable que tenía empapados la espalda y el pecho. Se quitó el impermeable y lo arrojó a un lado. Su figura descalza vestida con camiseta blanca se hizo visible en la negrura de la tormenta.

Siguiendo las instrucciones del capitán, los hombres ataron a las bitas un extremo de la cuerda salvavidas y el otro al merlín⁷. La operación, obstaculizada por el viento, avanzaba lentamente.

Cuando por fin las cuerdas estuvieron atadas, el capitán tendió a Shinji el extremo libre del merlín y le gritó al oído:

⁷ Merlín: en náutica es el cabo delgado de cáñamo alquitranado, que se emplea a bordo para cosiduras.

—¡Átate esto a la cintura y nada con todas tus fuerzas! ¡Cuando llegues a la boya, tiras del cabo y lo amarras bien!

Shinji se rodeó la cintura con el merlín, por encima del cinturón, dándole dos vueltas. Entonces, de pie en la proa, contempló el mar. Bajo la espuma, bajo las cabrillas que se desintegraban al romper contra la proa, estaban las olas totalmente negras, invisibles, que se retorcían y enroscaban. Seguían repitiendo sus movimientos amorfos, ocultando sus caprichos incoherentes y peligrosos. Apenas una de ellas parecía a punto de erguirse y hacerse visible a los marineros cuando se desplomaba y volvía a ser un abismo remolineante e insondable.

En aquel momento Shinji pensó en la fotografía de Hatsue que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta colgada en la cabina de la tripulación. Pero el viento se llevó los fragmentos de ese pensamiento ocioso, y el muchacho se zambulló desde la proa del barco.

La boya se encontraba a unos veinticinco metros de distancia. A pesar de su gran fortaleza física y de su confianza en que no iba abandonarle, y también a pesar de su capacidad para nadar alrededor de su isla natal cinco veces seguidas, seguía pareciendo imposible que todo ello bastara para cruzar la inmensidad de aquellos veinticinco metros.

Una fuerza terrible atenazaba los brazos del muchacho; algo parecido a una cachiporra invisible los apaleaba mientras intentaban abrirse paso a través de las olas. Sin poder evitarlo, las olas le zarandeaban, y cuando intentaba oponerles su fuerza y luchar a brazo partido con ellas, sus movimientos eran tan inútiles como si tratara de correr por una superficie cubierta de grasa.

Tenía la seguridad de que por fin la boya estaba al alcance de su brazo, pero cuando emergía del seno de la siguiente ola la buscaba con la mirada y constataba que seguía a la misma distancia que antes.

El muchacho nadaba con todas sus fuerzas. Y centímetro a centímetro, paso a paso, la enorme masa del enemigo retrocedió, despejándole el camino. Era como si un taladro atravesara lo más duro de una roca maciza.

La primera vez que su mano tocó la boya, perdió el asidero y el oleaje le apartó de él. Pero entonces tuvo la fortuna de que otra ola le empujara hacia delante y, cuando parecía que su pecho iba a chocar con el borde de hierro, lo alzó y con un solo movimiento lo depositó sobre la boya.

Shinji aspiró hondo, y el viento que penetraba por su boca y sus fosas nasales casi pareció asfixiarle. En aquel instante le pareció que jamás podría respirar de nuevo, y durante un rato incluso se olvidó de la tarea que debía realizar.

La boya giraba y oscilaba, entregando generosamente su cuerpo al negro mar. Las olas inundaban sin cesar la mitad de su superficie, derramándose de una manera tumultuosa.

Tendido de bruces para que el viento no le derribara, Shinji empezó a desatarse la cuerda enrollada a la cintura. El nudo estaba mojado y era difícil aflojarlo. Cuando por fin consiguió desatarlo, empezó a tirar del merlín.

Entonces, por primera vez, miró hacia el barco y distinguió las formas de los cuatro hombres agrupados junto a las bitas de la proa. Los marineros que estaban de guardia en la proa del bonitero también miraban fijamente en su dirección. Aunque solo estaba a veinticinco metros de distancia, todo parecía sumamente alejado. Las negras sombras de los dos barcos amarrados se alzaban juntas, una al lado de la otra, a una altura considerable, y volvía a sumergirse en las olas.

El delgado merlín ofrecía poca resistencia al viento y era relativamente fácil tirar de él, pero pronto se añadió un notable peso a su extremo. Ahora el muchacho tiraba de la cuerda salvavidas, con un grosor que superaba los diez centímetros, y poco le faltó para que su movimiento lo arrojara al mar.

La resistencia del viento contra la cuerda era muy fuerte, pero por lo menos el muchacho la tenía asida por un extremo. Era tan gruesa que incluso una de sus grandes manos no conseguía rodearla por completo.

Shinji no sabía cómo aplicar su fuerza. Quería afirmar bien los pies para tirar de la cuerda, pero el viento no le permitía mantener esa postura. Y cuando se olvidó de eso y aplicó toda su fuerza a la cuerda, estuvo en un tris de ser arrastrado al mar. Su cuerpo empapado desprendía un calor febril, la cara le ardía y las sienes le latían con violencia.

Finalmente consiguió enrollar la cuerda una vez más a la boya, y entonces la maniobra resultó más fácil. La cuerda le proporcionó un punto de apoyo para su fuerza, y por fin pudo sostenerse con la gruesa cuerda.

Dio otra vuelta a la boya con la cuerda y procedió a atarla metódicamente. Agitó los brazos para anunciar que había concluido con éxito la tarea.

Vio con claridad que los cuatro hombres del barco le respondían agitando también los brazos. El muchacho se olvidó de lo cansado que estaba. Su tendencia al buen humor se reafirmó y recuperó la energía que casi le había abandonado. De cara a la tormenta, aspiró hondo y entonces se zambulló para regresar al barco.

Bajaron una red desde la cubierta y alzaron a Shinji a bordo. Una vez el muchacho estuvo de nuevo en la cubierta, el capitán le dio unas palmadas en la espalda con su enorme mano. Aunque Shinji estaba a punto de desmayarse de fatiga, su energía masculina aún le sostenía.

El capitán y Yasuo le ayudaron a trasladarse a su alojamiento, y los hombres que no estaban de guardia le secaron. En cuanto estuvo tendido en su litera, Shinji se quedó dormido. Los sonidos de la tormenta no podrían haber turbado un sueño tan profundo.

A la mañana siguiente, cuando Shinji abrió los ojos el sol se derramaba en su almohada. A través del redondo portillo contempló el cielo azul y nítido como el cristal tras el paso del tifón, el panorama de colinas desnudas bajo un sol tropical, el brillo de un mar plácido y en calma.

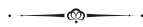


IDILIO MUERTO

1918

CÉSAR VALLEJO

(peruano)



Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela; de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando: «Qué frío hay... Jesús!».
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.



LA TREGUA

1960

ROSARIO CASTELLANOS

(mexicana)



Rominka Pérez Taquibequet, del paraje de Mukenjá, iba con su cántaro retumbante de agua recién cogida. Mujer como las otras de su tribu, piedra sin edad; silenciosa, rígida para mantener en equilibrio el peso de la carga. A cada oscilación de su cuerpo —que ascendía la empinada vereda del arroyo al jacal— el golpeteo de la sangre martilleaba sus sienes, la punta de sus dedos. Fatiga. Y un vaho de enfermedad, de delirio, ensombreciendo sus ojos. Eran las dos de la tarde.

En un recodo, sin ruidos que anunciaran su presencia apareció un hombre. Sus botas estaban salpicadas de barro, su camisa sucia, hecha jirones; su barba crecida de semanas.

Rominka se detuvo ante él; paralizada de sorpresa. Por la blancura (¿o era una extrema palidez?) de su rostro, bien se conocía que el extraño era un *caxlán*¹. ¿Pero por cuáles caminos llegó? ¿Qué buscaba en sitio tan remoto? Ahora, con sus manos largas y finas, en las que se había ensañado la intemperie, hacía ademanes que Rominka no lograba interpretar. Y a las tímidas, pero insistentes preguntas de ella, el intruso respondía no con palabras, sino con un doloroso estertor.

El viento de las alturas huía graznando lúgubrementemente. Un sol desteñido, frío, asaeteaba aquella colina estéril. Ni una nube. Abajo, el gorgoriteo pueril del agua. Y allí los dos, inmóviles, con esa gravedad angustiosa de los malos sueños.

Rominka estaba educada para saberlo. El que camina sobre una tierra prestada, ajena; el que respira está robando el aire. Porque las cosas (todas las cosas; las que vemos y también aquellas de que nos servimos) no nos pertenecen. Tienen otro dueño. Y el dueño castiga cuando alguno se apropia de un lugar, de un árbol, hasta de un hombre.

El dueño —nadie sabría cómo invocarlo si los brujos no hubiesen

1 Caxlán: en México, algunas poblaciones indígenas llaman así a los hombres blancos que son vistos como una oportunidad pero con desconfianza.

compartido sus revelaciones—, el *pukuj*, es un espíritu. Invisible, va y viene, escuchando los deseos en el corazón del hombre. Y cuando quiere hacer daño vuelve el corazón de unos contra otros, tuerce las amistades, enciende la guerra. O seca las entrañas de las paridoras, de las que crían. O dice hambre y no hay bocado que no se vuelva ceniza en la boca del hambriento.

Antes, cuentan los ancianos memoriosos, unos hombres malcontentos con la sujeción a que el *pukuj* los sometía idearon el modo de arrebatarse su fuerza. En una red juntaron los tributos: pozol, semillas, huevos. Los depositaron a la entrada de la cueva donde el *pukuj* duerme. Y cerca de los bastimentos quedó un garrafón de *posh*, de aguardiente.

Cuando el *pukuj* cayó dormido, con los miembros flojos por la borrachera, los hombres se abalanzaron sobre él y lo ataron de pies y manos con gruesas sogas. Los alaridos del prisionero hacían temblar la raíz de los montes. Amenazas, promesas, nada le consiguió la libertad. Hasta que uno de los guardianes (por temor, por respeto ¿quién sabe?) cortó las ligaduras. Desde entonces el *pukuj* anda suelto y, ya en figura de animal, ya en vestido de ladino, se aparece. Ay de quien lo encuentra. Queda marcado ante la faz de la tribu y para siempre. En las manos temblorosas, incapaces de asir los objetos; en las mejillas exangües; en el extravío perpetuamente sobresaltado de los ojos conocen los demás su tremenda aventura. Se unen en torno suyo para defenderlo, sus familiares, sus amigos. Es inútil. A la vista de todos el señalado vuelve la espalda a la cordura, a la vida. Despojos del *pukuj* son los cadáveres de niños y jóvenes. Son los locos.

Pero Rominka no quería morir, no quería enloquecer. Los hijos, aún balbucientes, la reclamaban. El marido la quería. Y su propia carne, no importaba si marchita, si enferma, pero viva, se estremecía de terror ante la amenaza.

De nada sirve, Rominka lo sabía demasiado bien, de nada sirve huir. El *pukuj* está aquí y allá y ninguna sombra nos oculta de su persecución. ¿Pero si nos acogiésemos a su clemencia?

La mujer cayó de rodillas. Después de colocar el cántaro en el suelo, suplicaba: —¡Dueño del monte, apiádate de mí!

No se atrevía a escrutar la expresión del aparecido. Pero suponiéndola hostil insistía febrilmente en sus ruegos. Y poco a poco, sin que ella misma acertara a comprender por qué, de los ruegos fue resbalando a las confesiones. Lo que no había dicho a nadie, ni a sí misma, brotaba ahora como el chorro de pus de un tumor exprimido. Odios que devastaban su alma, consentimientos cobardes, lujurias secretas, hurtos tenazmente negados. Y entonces Rominka supo el motivo por el que ella, entre todos, había sido elegida para aplacar con su humillación el hambre de verdad de los dioses. El idioma salía de sus labios, como debe salir de todo labio humano, enrojecido de vergüenza. Y Rominka, al arrancarse la costra de

sus pecados, lloraba. Porque duele quedar desnudo. Pero al precio de este dolor estaba comprando la voluntad del aparecido, del dueño de los montes del *pukuj*, para que volviera a habitar en las cuevas, para que no viniera a perturbar la vida de la gente.

Sin embargo, alguna cosa faltó. Porque el *pukuj*, no conforme con lo que se le había dado, empujó brutalmente a Rominka. Ella, con un chillido de angustia y escudándose en el cántaro, corrió hacia el caserío suscitando un revoloteo de gallinas, una algarabía de perros, la alarma de los niños.

A corta distancia la seguía el hombre, jadeante, casi a punto de sucumbir por el esfuerzo. Agitaba en el aire sus manos, decía algo. Un grito más. Y Rominka se desplomó a las puertas de su casa. El agua escurría del cántaro volcado. Y antes de que la lamieran los perros y antes de que la embebiera la tierra, el hombre se dejó caer de bruces sobre el charco. Porque tenía sed.

Las mujeres se habían retirado al fondo del jacal, apretando contra su pecho a las criaturas. Un chiquillo corrió a la milpa² para llamar a los varones.

No todos estaban allí. El surco sobre el que se inclinaban era pobre. Agotado de dar todo lo que su pobre entraña tenía ahora entregaba solo mazorcas despreciables, granos sin sustancia. Por eso muchos indios empezaron a buscar por otro lado su sustento. Contraviniendo las costumbres propias y las leyes de los ladinos, los varones del paraje de Mukenjá destilaban clandestinamente alcohol.

Pasó tiempo antes de que las autoridades lo advirtieran. Nadie les daba cuenta de los accidentes que sufrían los destiladores al estallar el alambique dentro del jacal. Un silencio cómplice amortiguaba las catástrofes. Y los heridos se perdían, aullando de dolor, en el monte.

Pero los comerciantes, los custitaleros³ establecidos en la cabecera del municipio de Chamula, notaron pronto que algo anormal sucedía. Sus existencias de aguardiente no se agotaban con la misma rapidez que antes y se daba ya el caso de que los garrafones se almacenasen durante meses y meses en las bodegas. ¿Es que los indios se habían vuelto repentinamente abstemios? La idea era absurda. ¿Cómo iban a celebrar sus fiestas religiosas, sus ceremonias civiles, los acontecimientos de su vida familiar? El alcohol es imprescindible en los ritos. Y los ritos continuaban siendo observados con exacta minuciosidad. Las mujeres aún continuaban destetando a sus hijos dándoles a chupar un trapo empapado de *posh*.

Con su doble celo de autoridad que no tolera burlas y de expendedor de aguardiente que no admite perjuicios, el secretario municipal de Chamula, Rodolfo López, ordenó que se iniciaran las pesquisas. Las encabezaba él mismo. Imponer multas, como la ley prescribía, le pareció una medida ineficaz. Se estaba tratando con indios, no con gente de razón, y el escarmiento debía ser riguroso. Para que aprendan, dijo.

² Milpa: ambiente o sistema agrícola en el que se cultiva maíz.

³ Custitalero: comerciante que vende diversas mercaderías al por menor.

Recorrieron infructuosamente gran parte de la zona. A cada resbalón de su mula en aquellos pedregales, el secretario municipal iba acumulando más cólera dentro de sí. Y a cada aguacero que le calaba los huesos. Y a cada lodazal en el que se enfangaba.

Cuando al fin dio con los culpables, en Mukenjá, Rodolfo López temblaba de tal manera que no podía articular claramente la condena. Los subordinados creyeron haber entendido mal. Pero el secretario hablaba no pensando en sus responsabilidades ni en el juicio de sus superiores; estaban demasiado lejos, no iban a fijarse en asuntos de tan poca importancia. La certeza de su impunidad había cebado a su venganza. Y ahora la venganza lo devoraba a él también. Su carne, su sangre, su ánimo, no eran suficientes ya para soportar el ansia de destrucción, de castigo. A señas repetía sus instrucciones a los subordinados. Tal vez lo que mandó no fue incendiar los jacales. Pero cuando la paja comenzó a arder y las paredes crujieron y quienes estaban adentro quisieron huir, Rodolfo López los obligó a regresar a culatazos. Y respiró, con el ansia del que ha estado a punto de asfixiarse, el humo de la carne achicharrada.

El suceso tuvo lugar a la vista de todos. Todos oyeron los alaridos, el crepitar de la materia al ceder a un elemento más ávido, más poderoso. El secretario municipal se retiró de aquel paraje seguro de que el ejemplo trabajaría las conciencias. Y de que cada vez que la necesidad les presentara una tentación de clandestinaje, la rechazarían con horror.

El secretario municipal se equivocó. Apenas unos meses después la demanda de alcohol en su tienda había vuelto a disminuir. Con un gesto de resignación envió agentes fiscales a practicar las averiguaciones.

Los enviados no se entretuvieron en tanteos. Fueron directamente a Mukenjá. Encontraron pequeñas fábricas y las decomisaron. Esta vez no hubo muertes. Les bastó robar. Aquí y en otros parajes. Porque la crueldad parecía multiplicar a los culpables, cuyo ánimo envilecido por la desgracia se entregaba al castigo con una especie de fascinación.

Cuando el niño terminó de hablar (estaba sin aliento por la carrera y por la importancia de la noticia que iba a transmitir), los varones de Mukenjá se miraron entre sí desconcertados. A cerros tan inaccesibles como este, solo podía llegar un ser dotado de los poderes sobrenaturales del *pukuj* o de la saña, de la precisión para caer sobre su presa de un fiscal.

Cualquiera de las dos posibilidades era ineluctable y tratar de evadirla o de aplazarla con un intento de fuga era un esfuerzo malgastado. Los varones de Mukenjá afrontaron la situación sin pensar siquiera en sus instrumentos de labranza como en armas defensivas. Inermes, fueron de regreso al caserío.

El *caxlán* estaba allí, de bruces aún, con la cara mojada. No dormía. Pero un ronquido de agonizante estrangulaba su respiración. Quiso ponerse de pie al advertir la proximidad de los indios, pero no pudo incorporarse más que a medias; ni pudo mantenerse en esta postura. Su mejilla chocó sordamente contra el lodo.

El espectáculo de la debilidad ajena puso fuera de sí a los indios. Venían preparados para sufrir la violencia y el alivio de no encontrar una amenaza fue pronto sustituido por la cólera, una cólera irracional, que quería encontrar en los actos su cauce y su justificación.

Barajustados, los varones se movían de un sitio a otro inquiriendo detalles sobre la llegada del desconocido. Rominka relató su encuentro con él. Era un relato incoherente en que la repetición de la palabra *pukuj* y las lágrimas y la suma angustia, de la narradora, dieron a aquel frenesí, todavía amorfo, un molde en el cual vaciarse.

Pukuj. Por la mala influencia de este que yacía aquí, a sus pies, las cosechas no eran nunca suficientes, los brujos comían a los rebaños, las enfermedades no los perdonaban. En vano los indios habían intentado congraciarse con su potencia oscura por medio de ofrendas y sacrificios. El *pukuj* continuaba escogiendo sus víctimas. Y ahora, empujado por quién sabe qué necesidad, por quién sabe qué codicia, había abandonado su madriguera y, disfrazado de ladino, andaba las serranías, atajaba a los caminantes.

Uno de los ancianos se aproximó a él. Preguntaba al caído cuál era la causa de su sufrimiento y qué vino a exigirles. El caído no contestó.

Los varones requirieron lo que hallaron más a mano para el ataque: garrotes, piedras, machetes. Una mujer, con un incensario humeante, dio varias vueltas alrededor del caído, trazando un círculo mágico que ya no podría trasponer.

Entonces la furia se desencadenó. Garrote que golpea, piedra que machaca el cráneo, machete que cercena los miembros. Las mujeres gritaban, detrás de la pared de los jacales, enardeciendo a los varones para que consumaran su obra criminal.

Cuando todo hubo concluido los perros se acercaron a lamer la sangre derramada. Más tarde bajaron los zopilotes⁴.

El frenesí se prolongó artificialmente en la embriaguez. Alta la noche, aún resonaba por los cerros un griterío lúgubre.

Al día siguiente todos retornaron a sus faenas de costumbre. Un poco de resequedad en la boca, de languidez en los músculos, de torpeza en la lengua, fue el único recuerdo de los acontecimientos del día anterior. Y la sensación de haberse liberado de un maleficio, de haberse descargado de un peso insoportable.

Pero la tregua no fue duradera. Nuevos espíritus malignos infestaron el aire. Y las cosechas de Mukenjá fueron ese año tan escasas como antes. Los brujos, comedores de bestias, comedores de hombres, exigían su alimento. Las enfermedades también los diezmaban. Era preciso volver a matar.



4 Zopilote: buitres negro americano.

UN HOMBRE CON PODER

Tradición oral del Valle del Colca



¿Quién es el *isquinayuq*, *karpayuq runa*? Al señor Santiago se le dice en castellano relámpago, rayo. Pero en quechua los runas de antes le dicen señor Santiago. Si el rayo que truena en la hora doce, coge a un runa yendo a cualquier cerro, entonces ese runa se vuelve en *esquinayuq*, *carpayuq*, *poderniyuq*. Si este runa es visto por otro al momento de ser cogido, ya no se levanta; cuando no es visto por nadie, este se levanta con poder. ¿Cómo este runa tiene poder? Es un maestro que alcanza la *iranta*, cura a los runas, lee las hojas de coca. Este es el *Sanduyuq*, hombre de conocimientos (*Yachayniyuq runa*).

El señor Santiago le deja a este runa su *Sandu*, su sabiduría, y este runa se reviste de poder, estos runas ahora ya son pocos. Este runa con poder te cura; cuando la tierra te coge, a cualquiera, cuando tu casa te coge, o cuando te hace asustar cualquier cerro. ¿Este *esquinayuq* para que te cure qué quiere? Te pide remedios. Hace hablar en la hora doce del día, puede ser también de noche, a cualquier hora hace hablar a los cerros. Por decir al cerro Qiwisa de Lari o a cualquier cerro llamándole le hace hablar; sopla con cuidado ¡phuuu!, ¡phuuu-awki phuuu phuuu awki!, y ya sale. ¡Bummm! Llega dentro de la oscuridad, empieza a hablar, les hace pelear, ahí los cerros discuten.

Esto es lo que hace el *esquinayuq*, *carpayuq runa*. Es runa seleccionado por el señor Santiago. Dice no quiere a un misti. Cómo será.



RELATO DE UN BORRACHO Y UN *EPE'YUI*

Tradición oral wayuu o guajiro de Venezuela-Colombia
narrada por Miguel Ángel Juyasú

Según dicen, había una vez un hombre rico. Había estado bebiendo en una casa ajena, algo distante de la suya como hacia allá. Se dirigió a su casa en medio de la borrachera e iba a caballo. Pues bien, le anocheció al hombre por el camino y cabeceaba encima de su cabalgadura. Se bajó después y se echó a dormir en la orilla del camino.

En aquella oportunidad la luna estaba resplandeciente y el hombre rico se hallaba tendido en el suelo. Llevaba él manta¹, cotiza, collar y llevaba ceñida a la cintura su arma y también sostenía la rienda de su cabalgadura. Pues bien, luego después, le llegó de repente un *epe'yui*², que lo encontró roncando. El *epe'yui* le miró a la cara, también lo palpó; no se movía, estaba profundamente dormido. Se acercó luego el *epe'yui* al caballo; se puso a examinar lo que había en la silla. Encontró entonces la bebida del hombre. La sacó, la destapó, y bebió, y la guardó de nuevo.

Pues bien, el *epe'yui* se volvió a ver al hombre. Le quitó la manta, le desamarró el cinturón, le quitó la cotiza, el collar, el sombrero y también le cogió el arma. Pues bien, de repente el borracho se despertó porque le estaban quitando la ropa. «¿Qué será ahora esto que me toca? ¿Y qué será ahora esto que me quita la manta?», pensaba para sus adentros. No se movía; abría un poco muy levemente su ojo.

El hombre veía el *epe'yui* parado cerca de él, «¿qué me hará?», pensaba. Pues bien, después, el *epe'yui* se puso el vestido del hombre, y se ceñó de una vez su arma. Después de eso sacó el aguardiente y bebió de él. Pues bien, acomodó el caballo para él y se montó encima. Y lo echó a andar encaminándolo en dirección a occidente.

Pues bien, como no era nada lento el caballo, al fin de hombre rico, apenas le amagaba el *epe'yui* galopaba velozmente hacia el occidente. «*Tüt, tüt, tüt*», sonaban los pasos del caballo.

Ahora bien, cuando se encontraba algo distante detuvo el caballo con la rienda. Pues bien, lo echó a galopar nuevamente hacia el borracho. Cuando venía

1 Manta: en las mujeres es la batola; en los hombres es un paño largo y ancho que se ceñen en varias vueltas los guajiros ricos entre la cintura y las rodillas.

2 *Epe'yui*: es una especie de pantera o tigre que en el relato toma un aire antropomórfico. Esta pantera aparece siempre como envidiosa de los hombres afortunados y de las mujeres bellas. (Ambas notas corresponden al texto original).

de allá para acá, fueron oídos sus pasos por el dueño de la cabalgadura, abrió un poquito los ojos hacia él. Apenas llegó el *epe'yui* a donde el hombre se bajó, le miró a la cara. El hombre no se movía, permanecía quieto.

Pues bien, después bebe el *epe'yui* y se monta de nuevo en el caballo y lo pone a correr. Como el caballo no era nada lento, se había alejado pronto en un instante. Pues bien, se sentó el hombre entonces en la ausencia del *epe'yui*; al ver la espalda del *epe'yui* que se alejaba, lo seguía con la vista por detrás al resplandor de la luna. Y lo vio perderse de vista.

Pues bien, de pronto el *epe'yui* detuvo el caballo un poco más allá. Y se volvió de nuevo rápidamente hacia donde el hombre. Hizo galopar al caballo a más velocidad, frenó de golpe en donde el borracho. Pues bien, se baja, inmediatamente le mira la cara al hombre; lo encuentra tendido y no se movía.

Pues bien, después de eso, bebió el *epe'yui* y se montó de nuevo encima del caballo. Seguía puesto el vestido del hombre sobre el cuerpo del *epe'yui* y su arma ceñida a la cintura del *epe'yui*. Pues bien, seguramente el *epe'yui* empezaba ya a marearse por efecto de la bebida, el caballo andaba velocísimo y el *epe'yui* le sacaba más velocidad. «¿Qué será bueno para mí?», decía el hombre. Y se sentó inmediatamente que partió el *epe'yui* cuando este se dirigía hacia allá. Y como el caballo no era nada lento, se alejó rápidamente perdiéndose de vista.

«¡Caramba, conviene que me escape ahora mismo en su ausencia, aunque me encuentre desnudo!», dijo entonces el hombre. Y se echó a correr por entre las malezas. Llegó a casa de unos conocidos suyos donde relató todo lo que había pasado. «Es bueno que vayamos a buscar al *epe'yui*», decían las personas. E inmediatamente salieron a juntar gente para cazarlo.

Pues bien, más tarde regresó el *epe'yui* a donde el borracho y no encontró nada. Lo buscaba, lo buscaba, miraba por todas partes. Pues bien, cuando ya tenía en eso un bueno rato, se quitó el vestido y se descinó también el arma. Se fue después hacia por allá, llevaba el caballo del cabestro. Pues bien, un poco más adelante arrojó el vestido y el arma. Mató al caballo en medio de una maleza espesa. Lo abrió, le sacó el corazón, los pulmones y el hígado. Hizo pedacitos la carne del caballo, lo colocó después en la punta de los palos y ramas. Seguramente el *epe'yui* estaba furioso por no haber encontrado al hombre.

Pues bien, el *epe'yui* se fue borracho a causa del aguardiente, ya que no era bebedor como para tener resistencia. Aunque el *epe'yui* se dirigía hacia muy lejos, pero aquel día tenía mucho sueño, y además le amaneció pronto; por lo cual se quedó por allí cerca a dormir.

Pues bien, por otra parte, seguramente por allá se iba acercando mucha gente armada. Se habían dispersado para rastrear las huellas del *epe'yui*. Ya habían encontrado de paso el vestido del borracho y su arma, y también su silla. Pues bien, desfilaron las personas que buscaban un *epe'yui*. Y lo encontraron en medio de una maleza muy espesa, donde entonces lo mataron.



MI CORBATA

El cuento «Mi corbata» tiene como protagonista a un joven con pocos recursos económicos. ¿Qué necesitaba él para ser feliz al inicio del cuento?

El protagonista recibe una invitación para participar en una fiesta con personas adineradas. ¿Por qué ninguna dama acepta bailar con él en la fiesta?

Cuando percibe el perfume de la joven morena en la fiesta, el protagonista siente que Marta es muy pobre. ¿Por qué?

¿Cómo logra salir el protagonista de su pobreza?

Al final del cuento, el protagonista afirma lo siguiente: «Decididamente la verdadera dicha debe oler a jabón de Windsor». ¿A qué crees que se refiere? Explica.

¿Cómo describirías la personalidad del protagonista? Justifica tu respuesta con ejemplos del cuento.

EL PRÓXIMO MES ME NIVelo

¿Por qué razón el pibe Alberto pelea con el cholo Gálvez?

Al final de la pelea, Alberto y sus amigos van a celebrar la victoria. Sin embargo, Alberto les dice: «Cuidate más la próxima vez, Cieza; déjate de patotas y de niñerías. Ya no soy el mismo de antes. Si me van a buscar la próxima vez para estas cosas, palabra que no salgo». ¿Qué significa que ya no es el mismo?

El cuento termina con estas oraciones:

«Estirando la mano hacia la mesa de noche buscó la jarra de agua, pero solo halló la libretita donde hacía sus cuentas. Algo dijo su mamá desde la otra habitación, algo del horno, de la comida.

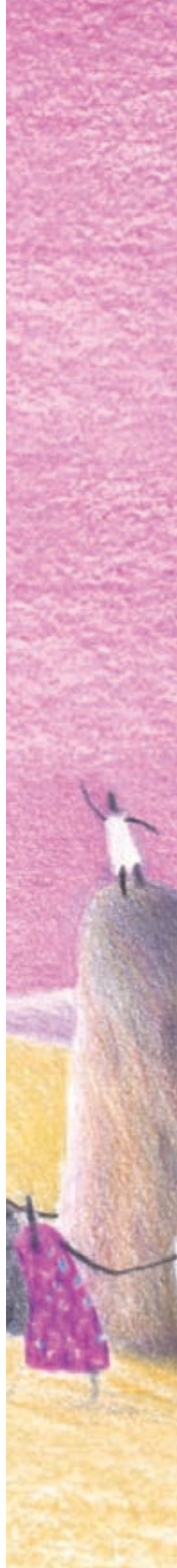
–Sí –murmuró Alberto sin soltar la libreta–. Sí, el próximo mes me nivelo.

Llevándose la mano al hígado, abrió la boca sedienta, hundió la cabeza en la almohada y se escupió por entero, esta vez sí, definitivamente, escupió su persona, sus proezas, su pelea, la postrera, perdida.»

A partir de las oraciones anteriores, ¿por qué el cuento se llama «El próximo mes me nivelo»? Explica.

EL RUMOR DEL OLEAJE

En el fragmento de la novela *El rumor del oleaje* observamos que Shinji está enamorado de Hatsue. Él está apenado porque no recibe cartas de Hatsue, sin saber que el padre de ella le ha prohibido escribirle. ¿Qué propuesta recibe Shinji al cumplir 17 años?



¿Qué pasa en el pueblo de Shinji cuando se cumple 17 años?

Además de Shinji, Hatsue tiene otro pretendiente, llamado Yasuo. El padre de Hatsue le ha dicho a Yasuo que debe trabajar como «pinche» si quiere que apruebe su propuesta de noviazgo con Hatsue. ¿Por qué crees que Yasuo no quiere trabajar como «pinche»?

¿De quién crees que está enamorada Hatsue: de Yasuo o de Shinji? Explica tus razones.

Yasuo parecía ser muy inteligente, pues hablaba de muchos temas con mucho razonamiento. ¿Qué hacía Shinji en esos casos?

¿Qué impresión daba Shinji al capitán en esas ocasiones?

¿Por qué podría decirse que Yasuo muestra soberbia cuando responde al contramaestre que lo ha reprendido por no hacer su trabajo?

¿Qué acción valiente realiza Shinji?

Finalmente, la novela termina cuando Hatsue se compromete con uno de sus dos pretendientes. ¿Con quién crees que lo hace? Explica tus razones de acuerdo con lo que has leído en el capítulo que te hemos presentado.

IDILIO MUERTO

En el poema «Idilio muerto», la voz poética evoca a su amada. ¿Dónde está su amada y dónde está la voz poética? ¿Cómo nos damos cuenta de dónde está cada uno?

Observa que las dos primeras estrofas tienen la misma estructura: comienza la voz lírica preguntándose qué sería de su amada Rita. Luego con el adverbio «ahora», en el tercer verso, se ubica la voz misma en su presente. Transcribimos las estrofas para facilitarte el trabajo. Explica los contrastes del lugar, los quehaceres y el ánimo de Rita con los de la voz poética.

«Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.»

¿Por qué este poema expresa la tristeza de la voz poética por el hecho de no estar en el campo? Explica.



El poema termina con el llanto de un pájaro salvaje. ¿De quién es realmente ese llanto?

¿Por qué el poema se titula «Idilio muerto»?

LA TREGUA

«La tregua» es un fascinante relato que envuelve una historia de abuso social en una atmósfera mítica. Teniendo esto en cuenta, ¿a quién crees que representa *pukuj*? Explica.

¿Por qué teme Rominka al hombre que se le aparece en el monte?

¿Por qué el secretario municipal de Chamula incendia las chozas de Mukenjá con sus habitantes adentro? Explica.

¿Crees que es justificada la violencia de los pobladores de Mujenká contra el *pukuj* al final del relato? Da tus razones.

¿Qué poderes otorga el señor Santiago?

Describe cómo cura el *esquinayuq*.

¿Qué es un *Yachayniyuq runa*?

 **RELATO DE UN BORRACHO Y UN *EPE'YUI***

En «Relato de un borracho y un *epe'yui*», sucede que un borracho se echa a dormir en el campo por haber tomado en exceso y viene un *epe'yui*. ¿Qué hace esta criatura con el hombre?

¿Por qué crees que, cada vez que regresaba el *epe'yui*, el hombre no se movía y simulaba estar inconsciente?

¿Qué crees que hubiera pasado si el hombre, en vez de huir, hubiera continuado haciéndose el dormido?



¿Qué fue lo que hizo fácil que cazaran y dieran muerte al *epe'yui*?

✿ Imagina que eres el protagonista de «Mi corbata» o que eres Hatsue de la novela *El rumor del oleaje*.

- Si has escogido el primero, escríbele una carta a la joven arequipeña que te hizo la corbata y te la regaló en una caja que olía a jabón de Windsor. Debes contarle cómo te sientes al final del cuento, cuando ya tienes esposa e hijos, y la recuerdas y extrañas.

- Si has escogido a Hatsue, escribe una carta para Shinji donde muestres tu emoción por la acción valiente que realizó y tu deseo de que pronto regrese a verte.







EL PUENTE

1936

FRANZ KAFKA

(checo)



Yo era rígido y frío, yo era un puente, tendido sobre un precipicio, en la parte de acá estaban atornilladas las puntas de los pies, en la de más allá, las manos; me aferraba a un barro que se desmoronaba. Los faldones de la chaqueta flameaban a ambos lados. En la profundidad bramaba el helado arroyo truchero. Ningún turista se perdía por estas latitudes intransitables, el puente aún no había sido marcado en ningún mapa. Así permanecía yo y esperaba; me veía obligado a esperar; un puente ya construido no puede dejar de ser puente sin despeñarse. Una vez, por la noche, ya fuera la primera o la milésima, no lo sé, mis pensamientos se tornan confusos, no paran de vagar en círculo, una noche de verano, pues, cuando el arroyo murmuraba oscuro, oí la pisada de un hombre. Hacia mí, hacia mí. Extiéndete, puente, ponte en condición; vigas sin barandilla, sostened al que os ha confiado, equilibrad imperceptiblemente la inseguridad de su paso, pero si vacila, muéstrate, puente, y llévale hasta tierra como un dios de la montaña. Llegó, me tanteó con la punta de hierro de su bastón, luego levantó con su ayuda los faldones de mi chaqueta y los puso sobre mí, se abrió paso a través de mi pelo enzarzado con la punta del bastón, probablemente mirando a su alrededor, y lo dejó descansar un rato. Pero entonces, precisamente cuando soñaba que le llevaba sobre montañas y valles, saltó con ambos pies en la mitad de mi cuerpo. Ignorante de todo, me estremecí al sentir un dolor salvaje. ¿Quién era? ¿Un niño? ¿Un gimnasta? ¿Un temerario? ¿Un suicida? ¿Un tentador? ¿Un destructor? Y me di la vuelta para verle. ¡El puente se da la vuelta! Aún no lo había hecho, cuando ya me había despeñado; me despeñé y ya estaba desgarrado y atravesado por los afilados salientes que, desde los furiosos remolinos, me habían contemplado siempre con mirada pacífica.



EL PRÍNCIPE ALACRÁN

1904

CLEMENTE PALMA

(peruano)



Mi hermano Feliciano no había regresado a dormir y resolví acostarme sin esperarle más tiempo. En esa época aún vivíamos juntos. Seguramente el muy borracho se había quedado dormido bajo algún banco de la taberna a la que acostumbraba ir. Ya me tenían desesperado sus vicios y pensaba arrojarle de casa al siguiente día, pues se hacía imposible la vida común, llevando él, como llevaba, una vida tan desastrada y escandalosa.

Creo haber dicho en alguna ocasión que Feliciano y yo éramos gemelos. ¡Malhaya la hora en que fuimos engendrados! ¡Desventurada ocurrencia de la Fatalidad de traernos al mundo con pocas horas de intervalo, y, lo que es peor, con rostros y cuerpos tan semejantes! Los sabios que se dedican a estudios de psicofisiología no consideran entre las causales que pueden romper la identidad del yo la semejanza absoluta de dos cuerpos. Antes de seguir la relación de un extraño episodio de nuestra vida, voy a explicar brevemente uno de los muchos fenómenos psicológicos que se realizaban en mí, con lo cual creo prestar un positivo servicio a la ciencia.

Un actor contraído al estudio de un carácter que necesita interpretar, puede preocuparse tanto de su asimilación que llegue a sentir realmente en su alma el yo del personaje que estudia. Entre mi hermano y yo se realiza frecuentemente, y sin propósito intencionado, este fenómeno, debido sin duda no solo a la identidad de nuestras personas físicas sino también a la confusión de nuestros espíritus en las tenebrosidades de nuestra vida fetal común. Desde pequeños éramos tan semejantes de cuerpo y de rostro que *a nosotros mismos nos era absolutamente imposible distinguirnos*. Cuando estábamos igualmente vestidos y en una situación incolora de espíritu, la semejanza de los cuerpos y la entonación idéntica de la voz nos causaban el efecto de que *ambos éramos incorpóreos*. ¿Por qué? Porque ambos teníamos conciencia de la distinción de nuestra persona interna, pero no así *de la de nuestros cuerpos*. A la muerte de nuestro padre (nuestra madre murió

al darnos a luz) heredamos una cuantiosa fortuna consistente en dinero depositado en bancos, acciones de varias empresas florecientes, una fábrica de telas de seda acreditada y varios inmuebles urbanos. Continuamos viviendo en la casa paterna y sucedía que cuando Feliciano y yo teníamos que salir a nuestros personales asuntos me invadía de pronto la mortificante duda sobre mi personalidad: ignoraba *cuál de los dos cuerpos, el que se iba o el que se quedaba, era el mío*. «¿Qué rasgo distintivo y personal me puede garantizar que yo soy Macario y no Feliciano?», me preguntaba yo lleno de angustia, y solo porque comprendía que se reirían de mí no detenía al primer transeúnte para decirle: «Me he perdido dentro de mí mismo; ayudadme a encontrarme». La duda y las angustias crecían contemplando un gran retrato fotográfico que nos habíamos hecho juntos: «¿Soy yo el de la derecha o el de la izquierda?». El mismo rostro tienen ambos, la misma actitud, la misma expresión. «Y si yo no podía distinguir las imágenes, ¿había acaso algún dato nuevo tratándose de las personas mismas?». «Feliciano se emborracha y yo no —me decía procurando serenarme—; luego no soy Feliciano sino Macario». «¿Y por qué ha de ser Feliciano y no Macario quien bebe? Y aunque así fuera, ¿quién te asegura que el que ha salido es el uno y no el otro?». «Hombre... vamos, porque *tengo conciencia de no beber*». «Perfectamente, amigo; pero ¿de quién es esa conciencia?». «Mía». «Sí, ya lo sé, ¿pero tú quién eres?». «Macario». «¿Y por qué no Feliciano?». Y así seguía dialogando conmigo mismo y regresando siempre a la misma duda, y era tal la excitación nerviosa que experimentaba que al fin me *sentía borracho*. Y entonces, ¡cosa extraña!, en vez de ser mayores mis confusiones y tormentos me tranquilizaba, me convencía, me resignaba a ser Feliciano y, rendido por la fatiga, quedábame dormido. Es ocioso referir las confusiones, cómicas muchas veces, en que incurrieran nuestros amigos... Un día, por común acuerdo, pues convenía a nuestros intereses, fuimos donde un notario público y en presencia de varios testigos nos hicimos *tatuar*, mi hermano y yo, una F y una M, respectivamente, en el brazo, cerca de la mano. En seguida publicamos en los diarios de la localidad un anuncio para que los que por cualquier asunto quisieran verificar nuestra identidad nos exigieran les mostráramos la marca que llevábamos en el brazo derecho. Pero esto en nada resolvía el problema psicológico, la duda íntima, porque ¿quién podía asegurarme que el tatuaje no había sido hecho equivocadamente y que la M grabada en mi brazo no correspondía a Feliciano?... Lo más que podía deducirse es que para los negocios y el contacto con el mundo teníamos *personalidad convencional*, de adopción.

Reanudemos nuestro relato. Decía que Feliciano probablemente se había embriagado y dormía encima o debajo de algún banco de su taberna favorita. Y decía también que ya me tenía desesperado su desastrada vida.

Constantemente tenía que interesarme por él y pagar gruesas multas y fianzas, que luego, a principios de trimestre, me reembolsaba de la buena parte de renta que le correspondía.

En muchas cosas diferíamos de gustos y opiniones y continuamente estábamos disputando, terminando por lo general nuestras reyertas en mutuas burlas y hasta en mutuos insultos. Imposible discutir serenamente con Feliciano: era intratable. Cuando yo le llamaba: ¡borracho!, él me decía en el mismo tono irritado: ¡morfinómano! Y los dos teníamos razón en esto, pues, lo confieso, si mi hermano se embriagaba por la boca, yo me embriagaba por la piel. De todos modos, con mi vicio o manía yo no provocaba escándalos y, aun cuando amaba entrañablemente a mi hermano, me era imposible seguir viviendo con él. Resolví que nos separáramos.

Con estos pensamientos me quedé dormido esa noche, no sin haberme dado antes una inyección con mi fina jeringuilla de Pravaz. Comenzaba a quedarme dormido cuando sentí en mi despacho un ligero ruido. No hice caso al principio. En el suelo y junto al escritorio tenía yo varias docenas de libros para el encuadernador. Estaban en revuelta confusión los autores más opuestos en inspiración y en épocas: el *Orestes*, de Sófocles y una edición antigua de la *Vida de la beata Cristina de Stolhemm*; una edición de 1674 de la *Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo*, que faltaba en mi colección de *Quijotes*, el *Wilhem Meister*, de Goethe, y *L'Animale*, de Rachilde; las *Disquisitione Magicarum*, de Martín del Río y *Zo'Har*, de Mendes; la *Parerga*, de Schopenhauer y un ejemplar de la *Justina*, del divino marqués: *To Solitude*, de Zimmermann, y muchos libros más que no recuerdo. La persistencia del ruido comenzó a irritar mis nervios: parecía como si un pequeño gnomo se entretuviera en saltar entre los libros, rascar las cubiertas y trasportar las letras de una obra a otra.

Me imaginaba yo, arrastrado por mi excitada fantasía, que el caballero manchego se había empeñado en desaforada batalla con algún súcubo del libro de Del Río; o que la protagonista de *L'Animale* había seducido al vengador Orestes o al desventurado La Roquebrusanne de *Zo'Har*. Canséme al fin de idear extravagancias: deseaba dormir, y los continuos saltos, roces, chirridos, desgarraduras y choques me despertaban en cuanto comenzaba a hundirme en las deliciosas regiones del sueño. Me puse unas chinelas, encendí luz y fui a averiguar qué era lo que producía esos ruidos. Levanté un libro: era la *Parerga*, y salió de debajo un enorme alacrán negro erizado de pelos y armado de una formidable púa en la extremidad de la cola. No sé por qué me pareció que el horrible bicho levantó hacia mí sus patas delanteras en actitud de implorar clemencia: tuve un segundo de conmiseración y pensé dejarle con vida. Pero pensé también que si tal hacía, esa fea alimaña continuaría royendo mis libros y haciendo el ruido

infernado que no me dejaba dormir. Era un hermoso ejemplar negro, que tenía grabado en el caparazón del tórax algo así como una corona ducal del color del carey. No hubo perdón, resolví matarle y le solté. Apenas el bicho se vio en libertad intentó huir, pero yo di un rápido salto y caí con precisión gimnástica encima de él, aplastándole ruidosamente. Quedó en la alfombra un conjunto informe de diminutas vísceras, pedazos de caparazón, tenazas, patas y pelos: todo flotando sobre líquidos turbios y sanguinolentos.

Volví a acostarme tranquilamente en mi lecho. A poco sentí un ligero ruido como de algo que se arrastrara. «¡Si habré dejado vivo a ese bicho!», pensé. Pero no, era imposible: no había quedado un solo fragmento de la bestiecilla en condiciones de moverse. Cesó el rumor y me quedé dormido, olvidándome de apagar la luz.

De pronto desperté; miré en torno mío y quedé frío de terror: por todas partes estaba rodeado de alacranes que agitaban pausadamente las tenazas de sus extremidades anteriores haciendo un ruido de mandíbulas que masticaran. Infinidad de ojillos fosforescentes y bizcos me miraban con fijeza codiciosa. Veía brillar los accidentados tórax a la luz tenue de mi lamparilla verde: de las articulaciones y de los pelos salía un sudor rubio, viscoso como la miel. Y las erguidas colas se inclinaban hacia adelante ostentando sus púas agudas y ponzoñosas. Por todos lados subían a mi lecho. Unos trepaban por las cortinas y, a fin de no perderme de vista, se arqueaban horrorosamente; otros colgábanse con la púa de los cordones y borlas, columpiábanse en ellos y pasaban a una pulgada de mis espantados ojos sus tenazas erizadas de dientes. Espiaban mis movimientos y de sus ojillos bizcos fluía una fulguración oleosa y fosfórica como la de los ojos de los búhos. Y los sentía caminar, enredándoseles los pelos hirsutos de las patas en el brocado de la sobrecama. El suelo de mi habitación estaba cubierto de escorpiones: los más pequeños tendrían la longitud de mi brazo. Los más vigilantes estaban a los bordes de mi cama, se cogían fuertemente con las patas delanteras y estiraban la cola a los que estaban en el suelo para que estos subieran, y, al hacerlo, producían un ruido seco como de cueros o cáscaras frotadas. Uno de los escorpiones quiso subir al dosel de mi lecho, desde la cabecera; le veía en la actitud replegada del salto: esperaba que uno de sus congéneres que se columpiaba en una de las borlas pasara cerca de él.

—¡Dios mío! —pensé—, ¡si yerra en su salto, va a caerme encima!

Y esperé helado de espanto. El animal saltó y se cogió al caparazón del otro, pero le hincó en la carne por las junturas: el herido se revolvió irritado y, casi en el aire, lucharon varios segundos a dentelladas y colazos, cayéndome en el pecho una gota de sangre fría y hedionda. ¡Qué horror! Yo tenía la piel cubierta de esos granitos que engendra el espanto, y debía tener los cabellos más derechos que alfileres. Mientras mayor número subían, eran más amenazadores y con mayor saña me dirigían sus venenosas púas

y formidables tenazas; como el número crecía, los escorpiones se apiñaban contra mí, caminaban los unos contra los otros, luchaban y rozaban sus cuerpos fríos, peludos y melosos con mis brazos y mejillas. Sentía el vaho fétido de sus fauces deformes, de las que salía un gruñido. Lo más curioso era que yo entendía como si fueran *palabras coherentes* los gruñidos de esas alimañas, y repercutían en mi intelecto sus ideas feroces de venganza. Lo que entraba en mi oído como un sonido puramente animal se recomponía en mi intelecto y formaba frases y periodos perfectamente claros, expresiones concretas, imprecaciones y amenazas de un sentido distintamente humano. Comprendí que venían a vengar la muerte sin compasión que yo había dado a su rey; comprendí que solo esperaban una orden para devorarme: unos me hundirían las púas en los ojos; otros cogerían mi lengua entre las tenazas y me la arrancarían; otros penetrarían por mi ensangrentada boca a las entrañas y me sacarían el corazón y los intestinos. No podría huir, porque había escorpiones en las paredes, en el techo, en el suelo, en todas partes, y en cuanto pretendiera escapar o tocar el timbre de la servidumbre, caerían de lo alto sobre mí. El corazón se lo comería la reina y con mis huesos harían un túmulo a mi víctima. Yo había sido un ingrato al llevar el luto a esa generosa raza; a ella debía el no tener hormigas ni arañas en mis habitaciones... ¡Oh! No quedaría un solo escorpión que no mojara las patas en mi sangre impía: todo sería obra de un momento y solo esperaban que viniera la reina y diera la señal. Cada minuto que trascurría aumentaba la saña y la impaciencia de esos inicuos bicharracos; los crujidos de dientes eran cada vez más horrorosos; los que estaban sobre los almohadones me tiraban de los cabellos y golpeaban mi frente con sus colas; otros me cogían las orejas y los dedos de los pies entre las tenazas y apretaban, apretaban... Al menor movimiento que yo hacía dirigían sus armas contra mí y se preparaban a saltar. No me quedaba otro recurso que el resignarme a morir de un modo tan cruel. De pronto oí un crujido más fuerte.

—¡Dios mío! ¡Es la señal! —murmuré en una convulsión de terror—. ¡Adiós, Feliciano, hermano mío! ¡Oh Dios misericordioso, perdóname todo lo que he blasfemado contra ti! ¡Cuánto me arrepiento de haberte ofendido con una vida tan llena de pecados y depravaciones! ¡Dios magnánimo, Jesús sacramentado: recibe mi alma en tu seno piadoso! Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre y hágase tu voluntad...

Quise cerrar los ojos, pero el terror había petrificado mis párpados. Sentí que los furiosos animales tiraban de la sobrecama. Sería para comerme más fácilmente. Un alacrán negro, hiperbólicamente grande, se irguió encima de los demás; estaba cubierto de telarañas enredadas entre la cabeza chata y horrible, las velludas patas y la espiga de su ponzoñosa cola. Tenía grabada una corona en el coselete torácico. Un sacudimiento de horror contrajo todo mi cuerpo. Aquel bicho tenía las dimensiones de un muchacho. Avanzó lentamente hacia mí en el espacio que le abrieron respetuosamente

los demás escorpiones. Cuando su espantable cabeza estuvo a la altura de la mía, mientras con las tenazas me sujetaba los brazos, me dijo:

—¿A dónde se ha ido tu orgullo de hombre, tu valor, tu vanidad de ser inteligente? ¡Ah débil, ruin, cobarde y miserable criatura! Hace poco dejaste un reino sin rey: pensabas que el equilibrio del universo no se rompería con el despachurramiento de un bicho despreciable al que, te imaginaste, su especie no vengaría, y viniste tranquilamente a tu lecho a dormir, sin el más pequeño peso en la conciencia. Te has engañado doblemente porque el ser despreciable eres tú; tú, el ser cuya desaparición será indiferente al universo; tú, el hijo predilecto de la creación; tú, la imagen y semejanza de Dios; no contabas con que la especie de tu víctima se vengaría de tu impiedad... No tuviste clemencia con un pobre rey que te imploraba la vida, justo es que no la tengamos contigo.

—¡Perdón, reina, perdón!... —murmuré gimiendo y castañeteando los dientes. No sé por qué mi espíritu se aferró a la esperanza y percibió en el acento, en el fondo de esas palabras crueles, menos crueldad de la que significaban. Y no me engañé. La reina de los escorpiones me respondió lentamente:

—¡Te perdonaré si reparas tu delito!

Hubo una formidable agitación de furia en torno mío. La promesa irritó a los escorpiones y las colas y las tenazas erguidas se dirigieron amenazadoras hacia mi cuerpo.

—Tendré clemencia contigo —insistió con firmeza la reina—. ¿Sabes lo que buscaba el rey entre tus libros? Buscaba la ciencia del buen gobierno, es decir, quería adquirir la astucia, la maldad, la inteligencia de tu especie cuando le asesinaste villanamente antes de que lograra realizar su deseo. Pues bien, yo quiero lograr por el amor lo que mi esposo anhelaba y que tu amor puede darme. Sí, te perdono y te amo. Tu vida me pertenece y quiero utilizarla para engendrar un hijo que tenga mi y tu inteligencia. Eres mío por derecho de venganza y por botín de amor.

Y su boca viscosa y deformada se adhirió amorosamente a la mía; y sus tenazas enlazaron mi cuerpo. ¡Oh qué horrible el contacto de esa bestia fría, melosa, áspera, fétida!...

A la mañana siguiente llegó Feliciano, borracho aún, y me despertó. Con lengua entrapada comenzó a darme disculpas por su tardanza y su embriaguez. No le respondí; estaba conmovido con la repugnante y terrible aventura de la noche... Quizá todo había sido una espantosa pesadilla. Para cerciorarme me levanté del lecho y fui a ver en la habitación contigua el sitio en donde maté al alacrán rey. ¡El suelo estaba manchado, pero habían desaparecido los restos del real cadáver! Se los habían llevado sus súbditos.

Feliciano, al verme regresar inmutado, creyó que era por la cólera con él, y se levantó para abrazarme. Pero, de pronto, le vi dando zancadas y traspies:

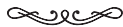
—¡Ya está uno... ya está uno... ya está el otro!... ¿Si habrá más?

—¿Pero qué te sucede, borracho de los demonios? ¿Es que estás loco?

—No, hombre... Vi un gran alacrán que saltó de tu cama y otro chiquitín y los he despachurado.

—¡Asesino! —le grité con los cabellos erizados—, ¡has matado a la reina y... y... y a mi hijo! ¡Desventurado! ¡Esta noche te devorarán!...

Claro es que Feliciano no me entendió. Se encogió de hombros murmurando que yo estaba más borracho que él. Esa misma tarde cambié de casa y me separé de mi hermano, quien ha seguido tan borrachón y escandaloso como antes. Feliciano es incorregible.



EL GRILLO

siglo XVII

PU SONGLING

(chino)



Durante el reinado de Xuan De, la lucha de grillos fue muy popular en la corte y un impuesto de grillos se exigía cada año. En la provincia de Shaanxi eran escasos estos insectos; sin embargo, el magistrado de Huayin —con el objeto de caerle bien al gobernador— presentó cierta vez un grillo de notable capacidad pugilística. En la medida en que a este distrito se le exigió presentar grillos, los magistrados ordenaron a sus alguaciles conseguirlos. Todo el mundo comenzó a criarlos y a pedir precios exorbitantes por ellos, mientras los astutos alguaciles aprovechaban tal situación para ganar dinero.

En este pueblo vivía un intelectual llamado Cheng Ming, que había fracasado muchas veces en el examen distrital. Este torpe pedante fue encargado de cobrar el impuesto de grillos y no pudo evadir este servicio. Pronto se exigió un nuevo impuesto de grillos y nadie pudo pagar, de modo que Cheng tuvo que hacerlo de su propio peculio.

«¡Qué situación!», exclamó su mujer. «Sería bueno que tú mismo busques grillos. Una posibilidad entre diez mil de que encuentres uno de valor.»

Con una vara de bambú y una jaula de alambre buscó desde el amanecer hasta la noche entre las ruinas, removiendo rocas y hurgando huecos, pero todo en vano. El magistrado le fijó un tiempo limitado con amenaza de castigos corporales si no cumplía.

En este preciso momento llegó al pueblo un adivino jorobado que leía la suerte consultando a los espíritus. La mujer de Cheng fue a pedirle consejo. Ante la puerta, una multitud de curiosos. Dentro, una cortina, una mesa y un incensario. Quienes consultaban su suerte quemaban incienso y se arrodillaban tres veces. El adivino, concentrado en sus pensamientos, movía los labios sin que nadie pudiera entender sus palabras. Por último, un pedazo de papel con la respuesta solicitada. Respuesta siempre correcta.

La mujer de Cheng puso una moneda sobre la mesa, quemó incienso y se arrodilló tres veces. La cortina se agitó un momento y un papel cayó

sobre el piso. En vez de escritura, tenía el dibujo de un edificio semejante a un templo con una colina detrás, cubierta de rocas y espinos, un grillo encogido y un sapo a punto de saltar. Intrigada, la mujer llevó de inmediato el papel a su marido.

—Se supone que me indica el sitio en el que puedo encontrar un grillo —exclamó Cheng.

Examinando con cuidado el dibujo, reconoció el Gran Monasterio de Buda, al este del pueblo. Con el papel y un bastón se dirigió al lugar señalado. Descubrió que en la parte trasera del templo las piedras eran muy semejantes a las del dibujo. Aguzó el oído y avanzó con dificultad entre las zarzas. Era como buscar una aguja o un gramo de mostaza. Un paso más y un sapo saltó ante él, le hizo un guiño extraño y se ocultó entre las hierbas. Cheng lo buscó ágil y, de pronto, encontró un grillo escondido entre las raíces. Trató de agarrarlo pero el grillo se metió en la rendija de una roca. Cheng vertió agua y el insecto tuvo que salir. Lo tomó con decisión y cuidado. Cuello negro, cuerpo largo y larga cola, alas doradas, parecía un espécimen valioso. Feliz del hallazgo, lo llevó a casa en una jaula para deleite de su familia que lo contempló largo tiempo como al más precioso jade. Puesto en un frasco, lo alimentaron con carne de cangrejo y el núcleo amarillo de las castañas, lo cuidaron con cariño hasta que el magistrado lo reclamara.

Cheng tenía un hijo de nueve años. Ausente su padre, el niño abrió el frasco a escondidas por curiosidad. El grillo salió de un brinco y continuó saltando con tal rapidez que el niño no pudo cogerlo. Por último lo atrapó, pero al lograrlo no calculó su fuerza y lo aplastó. Un instante después el grillo murió. Aterrorizado, el muchacho buscó llorando a su madre.

—¡Muchacho perverso! —gritó ella.

El hijo sollozaba desesperado. Cheng regresó y, al enterarse de lo sucedido, empalideció. Furioso, buscó al niño sin encontrarlo, hasta que finalmente descubrió su cuerpo en el fondo del pozo. Su rabia se convirtió en desolación. Gritó desesperado y estuvo a punto de matarse. Marido y mujer se sentaron en silencio angustiados contemplando el cuerpo inanimado del muchacho. Al caer el sol, se dispusieron a prepararlo para el entierro pero descubrieron que aún respiraba. Esperanzados, dejaron el cuerpo sobre la cama y cerca de medianoche el niño volvió en sí. Cheng y su mujer suspiraron aliviados, pero el hijo permaneció paralizado y los párpados cerrados.

La vista del frasco vacío recordó a Cheng su desgracia, pero decidió no reprender al niño. No cerraron los ojos en toda la noche y a eso del amanecer, cuando casi los vencía el sueño, un grillo saltó desde el umbral de la entrada. Él pensó que dormía, pero no. Era en verdad un grillo. Dio un salto, pero el grillo escapó veloz. Puso sus palmas encima y en el momento de separarlas, el grillo escapó de nuevo y desapareció en un rincón. Cuando trató de encontrarlo, descubrió otro grillo sobre el muro. Pequeño, negro rojizo, no se comparaba con el anterior. No valía la pena capturarlo y Cheng

miró alrededor por el primero. De pronto el pequeño saltó desde el muro a su manga y él observó que parecía un lunar con manchitas en las alas, cabeza cuadrada y largas patas. Debe ser bueno, se dijo. Así que lo capturó.

Antes de entregarlo, decidió probar sus habilidades. Justo en esos días, un joven del pueblo tenía un grillo llamado Cangrejo Azul, vencedor de todas sus peleas y por el que pedía una suma exorbitante. Riose el muchacho al ver el grillo de Cheng, orgulloso de la apariencia del suyo. Retó a Cheng y este —alguna vez tendrá que luchar, pensó— aceptó. Ambos insectos fueron puestos en un recipiente y el pequeño se encogió como una ramita. El joven rio entusiasmado, aunque su grillo no se movía tampoco. Mientras su risa disminuía, nuestro grillo entró en furia. Chilló contra su oponente, atacándolo con violencia. En un instante lo echó para atrás con su fuerte cola y agarró a su enemigo por el cuello. El aterrorizado joven logró separar a los oponentes, mientras el pequeño chirriaba orgulloso como si proclamara a todos su victoria. Cheng estaba aún exultando de alegría, cuando un gallo saltó sobre el grillo y trató de matarlo a picotazos. Cheng lanzó un grito de horror, mas por suerte el gallo no acertó y el grillo se ocultó entre las patas del ave. Incapaz de intervenir, Cheng empalideció y luego vio que el gallo batía las alas y estiraba el cuello; su grillo sujetaba la cresta del gallo con sus dientes. Exultante y admirado, guardó al grillo en su jaula.

Más tarde Cheng ofreció el grillo al magistrado, quien lo reprendió por entregarle uno tan pequeño. Rehusando creer lo que Cheng contaba de sus hazañas, lo enfrentó a otros grillos y los venció a todos. Entonces, el magistrado premió a Cheng y presentó este grillo al gobernador, quien lo guardó en una jaula de oro y muy gozoso lo envió al emperador con un detallado informe de sus proezas.

En su palacio, el emperador puso a prueba al grillo con Frente Verde, Mariposa, Yolita, Manta Rezadora y otros campeones y a todos venció. Mucho más lo apreció cuando descubrió que podía bailar al compás de la música. De muy buen humor, premió al gobernador con finos corceles y adornos de seda. Y el gobernador, sin olvidar la procedencia del grillo, recomendó al magistrado por sus méritos. El magistrado, a su vez, liberó a Cheng de sus obligaciones y ordenó al examinador local que le tomara un nuevo examen.

Un año después, el hijo de Cheng recuperó por completo sus sentidos.

—Soñé que era un grillo, veloz, buen luchador, campeón en la corte imperial y que hasta sabía bailar. Ahora sé que estoy despierto —dijo.

El gobernador, por su parte, premió a Cheng tan generosamente que al cabo de varios años este se hizo millonario y dueño de hermosas tierras, casas imponentes y miles de cabezas de ganado vacuno y lanar. Cuando salía de su casa, su esplendoroso cortejo daba envidia a los mismos nobles.

El autor de estos cuentos fantásticos comenta:

Es muy posible que un emperador decida algo por distracción y luego lo olvide. Pero quien recibe una orden hace, por lo general, una regla de esa orden imperial. Añádase a esto la ambición y la crueldad de los funcionarios y se comprenderá por qué el pueblo está obligado a vender a sus hijos y mujeres. Esto demuestra que cada gesto del emperador concierne a la vida de todo el pueblo. Ningún descuido le está permitido. Cheng, empobrecido primero por la corrupción de los mandarines, debía más tarde enriquecerse gracias a un simple grillo, tanto que se pavoneaba sobre hermosos corceles y vestido de magnífica ropa. ¡Nunca pensó que se haría tan rico cuando era jefe de barrio y recibía bastonazos! El cielo quiso recompensar a un hombre honesto y, a la postre, tanto el gobernador como el subprefecto se beneficiaron. Es tan cierto lo que decían nuestros antepasados: cuando alguien se convierte en inmortal y vuela al cielo, ¡sus gallinas y perros logran también la inmortalidad!



EL ERMITAÑO DEL RELOJ

1982¹

TERESA DE LA PARRA

(venezolana)



Este era una vez un capuchino² que encerrado en un reloj de mesa esculpido en madera tenía como oficio tocar las horas. Doce veces en el día y doce veces en la noche, un ingenioso mecanismo abría de par en par la puerta de la capillita ojival que representaba el reloj, y podía así mirarse desde fuera cómo nuestro ermitaño tiraba de las cuerdas tantas veces cuantas el timbre, invisible dentro de su campanario, dejaba oír su tin-tin de alerta. La puerta volvía enseguida a cerrarse con un impulso brusco y seco como si quisiese escamotear al personaje; tenía el capuchino magnífica salud a pesar de su edad y de su vida retirada. Un hábito de lana siempre nuevo y bien cepillado descendía sin una mancha hasta sus pies desnudos dentro de sus sandalias. Su larga barba blanca, al contrastar con sus mejillas frescas y rosadas, inspiraba respeto. Tenía, en pocas palabras, todo cuanto se requiere para ser feliz. Engañado, lejos de suponer que el reloj obedecía a un mecanismo, estaba segurísimo de que era él quien tocaba las campanadas, cosa que lo llenaba de un sentimiento muy vivo de su poder e importancia.

Por nada en el mundo se le hubiera ocurrido ir a mezclarse con la multitud. Bastaba con el servicio inmenso que les hacía a todos al anunciarles las horas. Para lo demás, que se las arreglaran solos. Cuando atraído por el prestigio del ermitaño alguien venía a consultarle un caso difícil, enfermedad o lo que fuese, él no se dignaba siquiera abrir la puerta. Daba la contestación por el ojo de la llave, cosa esta que no dejaba de prestar a sus oráculos cierto sello imponente de ocultismo y misterio.

Durante muchos, muchísimos años, fray Barnabé (este era su nombre) halló en su oficio de campanero tan gran atractivo que ello le bastó a satisfacer su vida; reflexionen ustedes un momento: el pueblo entero del comedor tenía fijos los ojos en la capillita y algunos de los ciudadanos de aquel pueblo no habían conocido nunca más distracción que la de ver aparecer al fraile

1 Publicado póstumamente.

2 Capuchino: es una orden de monjes franciscanos, caracterizados por llevar una vida contemplativa y dedicada al estudio. Llevan un hábito marrón con capucha que ajustan con una cuerda en la cintura.

con su cuerda. Entre estos se contaba una compotera³ que había tenido la vida más gris y desgraciada del mundo. Rota en dos pedazos desde sus comienzos, gracias al aturdimiento de una criada, la habían empatado con ganchitos de hierro. Desde entonces, las frutas con que la cargaban antes de colocarla en la mesa, solían dirigirle las más humillantes burlas. La consideraban indigna de contener sus preciosas personas.

Pues bien, aquella compotera, que conservaba en el flanco una herida avivada continuamente por la sal del amor propio, hallaba gran consuelo en ver funcionar al capuchino del reloj.

—Miren, les decía a las frutas burlonas—, miren aquel hombre del hábito pardo. Dentro de algunos instantes va a avisar que ha llegado la hora en que se las van a comer a todas —y la compotera se regocijaba en su corazón, saboreando por adelantado su venganza. Pero las frutas sin creer ni una palabra le contestaban:

—Tú no eres más que una tullida envidiosa. No es posible que un canto tan cristalino, tan suave, pueda anunciarnos un suceso fatal.

Y también las frutas consideraban al capuchino con complacencia y también unos periódicos viejos que bajo una consola pasaban la vida repitiéndose unos a otros sucesos ocurridos desde hacía veinte años, y la tabaquera, y las pinzas del azúcar, y los cuadros que estaban colgando en la pared y los frascos de licor, todos, todos tenían la vista fija en el reloj y cuanta vez se abría de par en par la puerta de roble volvían a sentir aquella misma alegría ingenua y profunda.

Cuando se acercaban las once y cincuenta minutos de la mañana llegaban entonces los niños, se sentaban en rueda frente a la chimenea y esperaban pacientemente a que tocaran las doce, momento solemne entre todos porque el capuchino en vez de esconderse con rapidez de ladrón una vez terminada su tarea como hacía por ejemplo a la una o a las dos (entonces se podía hasta dudar de haberlo visto) no, se quedaba al contrario un rato, largo, largo, bien presentado, o sea, el tiempo necesario para dar doce campanadas. ¡Ah!, ¡y es que no se daba prisa entonces el hermano Barnabé! ¡Demasiado sabía que lo estaban admirando! Como quien no quiere la cosa, haciéndose el muy atento a su trabajo, tiraba del cordel, mientras que de reojo espiaba el efecto que producía su presencia. Los niños se alborotaban gritando:

—Míralo cómo ha engordado.

—No, está siempre lo mismo.

—No señor, que está más joven.

—Que no es el mismo de antes, que es su hijo. Etc., etc.

El cubierto ya puesto se reía en la mesa con todos los dientes de sus tenedores, el sol iluminaba alegremente el oro de los marcos y los colores brillantes de las telas que estos encerraban; los retratos de familia guiñaban un ojo como diciendo: «¡Qué!, ¿aún está ahí el capuchino? Nosotros también fuimos niños hace ya muchos años y bastante que nos divertía».

³ Compotera: vasija en que se sirve compota o dulce de almíbar.

Era un momento de triunfo.

Llegaban al punto las personas mayores, todo el mundo se sentaba en la mesa y fray Barnabé, su tarea terminada, volvía a entrar en la capilla con esa satisfacción profunda que da el deber cumplido.

Pero ay, llegó el día en que tal sentimiento ya no le bastó. Acabó por cansarse de tocar siempre la hora, y se cansó sobre todo de no poder nunca salir. Tirar del cordel de la campana es hasta cierto punto una especie de función pública que todo el mundo admira. ¿Pero cuánto tiempo dura? Apenas un minuto por sesenta y el resto del tiempo, ¿qué se hace? Pues, pasearse en rueda por la celda estrecha, rezar el rosario, meditar, dormir, mirar por debajo de la puerta o por entre los calados del campanario un rayo vaguísimo de sol o de luna. Son estas ocupaciones muy poco apasionantes y fray Barnabé se aburrió.

Lo asaltó un día la idea de escaparse. Pero rechazó con horror semejante tentación relejendo el reglamento inscrito en el interior de la capilla. Era muy terminante. Decía:

«Prohibición absoluta a fray Barnabé de salir, bajo ningún pretexto, de la capilla del reloj. Debe estar siempre listo para tocar las horas tanto del día como de la noche.»

Nada podía tergiversarse. El ermitaño se sometió. ¡Pero qué dura resultaba la sumisión! Y ocurrió que una noche, como abriera su puerta para tocar las tres de la madrugada, cuál no fue su estupefacción al hallarse frente a frente de un elefante que de pie, tranquilo, lo miraba con sus ojitos maliciosos, y claro, fray Barnabé lo reconoció enseguida: era el elefante de ébano que vivía en la repisa más alta del aparador, allá, en el extremo opuesto del comedor. Pero como jamás lo había visto fuera de la susodicha repisa había deducido que el animal formaba parte de ella, es decir, que lo habían esculpido en la propia madera del aparador. La sorpresa de verlo aquí, frente a él, lo dejó clavado en el suelo y se olvidó de cerrar las puertas, cuando acabó de tocar la hora.

—Bien, bien —dijo el elefante—, veo que mi visita le produce a usted cierto efecto; ¿me tiene miedo?

—No, no es que tenga miedo —balbuceó el ermitaño—, pero confieso que... ¡Una visita! ¿Viene usted para hacerme una visita?

—¡Pues es claro! Vengo a verlo. Ha hecho usted tanto bien aquí a todo el mundo que es muy justo el que alguien se le ofrezca para hacerle a su vez algún servicio. Sé, además, lo desgraciado que vive. Vengo a consolarlo.

—¿Cómo sabe que?... ¿Cómo puede suponerlo?... Si nunca se lo he dicho a nadie... ¿Será usted el diablo?

—Tranquilícese —respondió sonriendo el animal de ébano—, no tengo nada en común con ese gran personaje. No soy más que un elefante... pero eso sí, de primer orden. Soy el elefante de la reina de Saba. Cuando vivía esta gran soberana de África, era yo quien la llevaba en sus viajes. He

visto a Salomón: tenía vestidos mucho más ricos que los suyos, pero no tenía esa hermosa barba. En cuanto a saber que es usted desgraciado no es sino cuestión de adivinarlo. Debe uno aburrirse de muerte con semejante existencia.

—No tengo el derecho de salir de aquí —afirmó el capuchino con firmeza.

—Sí, pero no deja de aburrirse por eso.

Esta respuesta y la mirada inquisidora con que la acompañó el elefante azoraron mucho al ermitaño. No contestó nada, no se atrevía a contestar nada. ¡Era tal su verdad! Se fastidiaba a morir. ¡Pero así era! Tenía un deber evidente, una consigna formal indiscutible: permanecer siempre en la capilla para tocar las horas. El elefante lo consideró largo rato en silencio como quien no pierde el más mínimo pensamiento de su interlocutor. Al fin volvió a tomar la palabra:

—Pero —preguntó con aire inocente—, ¿por qué razón no tiene usted el derecho de salir de aquí?

—Lo prometí a mi reverendo Padre, mi maestro espiritual, cuando me envió a guardar este reloj-capilla.

—¡Ah!... ¿y hace mucho tiempo de eso?

—Cincuenta años más o menos —contestó fray Barnabé, después de un rápido cálculo mental.

—Y después de cincuenta años, ¿no ha vuelto nunca más a tener noticias de ese reverendo Padre?

—No, nunca.

—¿Y qué edad tenía él en aquella época?

—Andaría supongo en los ochenta.

—De modo que hoy tendría ciento treinta si no me equivoco. Entonces, mi querido amigo —y aquí el elefante soltó una risa sardónica muy dolorosa al oído—, entonces quiere decir que lo ha olvidado totalmente. A menos que no haya querido burlarse de usted. De todos modos ya está más que libre de su compromiso.

—Pero —objetó el monje— la disciplina...

—¡Qué disciplina!

—En fin... el reglamento. —Y mostró el cartel del reglamento que colgaba dentro de la celda. El elefante lo leyó con atención, y:

—¿Quiere que le dé mi opinión sincera?

—La primera parte de este documento no tiene por objeto sino el de asustarlo. La leyenda esencial es: «Tocar las horas de día y de noche», este es su estricto deber. Basta por lo tanto que se encuentre usted en su puesto en los momentos necesarios. Todos los demás le pertenecen.

—Pero, ¿qué haría en los momentos libres?

—Lo que harás —dijo el animal de ébano cambiando de pronto el tono y hablando en voz clara, autoritaria, avasalladora— te montarás en mi lomo y te llevaré al otro lado del mundo por países maravillosos que no conoces—.

Sabes que hay en el armario secreto, al que no abren casi nunca, tesoros sin precio, de los que no puedes hacerte la menor idea: tabaqueras en las cuales Napoleón estornudó, medallas con los bustos de los césares romanos, pescados de jade que conocen todo lo que ocurre en el fondo del océano, un viejo pote de jengibre vacío pero tan perfumado todavía que casi se embriaga uno al pasar por su lado (y se tienen entonces sueños sorprendentes).

Pero lo más bello de todo es la sopera, la famosa sopera de porcelana de China, la última pieza restante de un servicio estupendo, rarísimo. Está decorada con flores y en el fondo, ¿adivina lo que hay? La reina de Saba en persona, de pie, bajo un parasol flamígero y llevando en el puño su loro profeta.

Es linda, ¡si supieras!, es adorable, ¡cosa de caer de rodillas! y te espera. Soy su elefante fiel que la sigue desde hace tres mil años. Hoy me dijo: «Ve a buscarme al ermitaño del reloj, estoy segura de que debe de estar loco por verme».

—La reina de Saba. ¡La reina de Saba! —murmuraba en su fuero interno fray Barnabé trémulo de emoción—. No puedo disculparme. Es preciso que vaya —y en voz alta:

—Sí quiero ir. Pero ¡la hora, la hora! Piense un poco, elefante, ya son las cuatro menos cuarto.

—Nadie se fijará si toca de una vez las cuatro. Así le quedaría libre una hora y cuarto entre este y el próximo toque. Es tiempo más que suficiente para ir a presentar sus respetos a la reina de Saba.

Entonces, olvidándolo todo, rompiendo con un pasado de cincuenta años de exactitud y de fidelidad, fray Barnabé tocó febrilmente las cuatro y saltó en el lomo del elefante, quien se lo llevó por el espacio. En algunos segundos se hallaron ante la puerta del armario. Tocó el elefante tres golpes con sus colmillos y la puerta se abrió por obra de encantamiento. Se escurrió entonces con amabilidad maravillosa por entre el dédalo de tabaqueras, medallas, abanicos, pescados de jade y estatuillas y no tardó en desembocar frente a la célebre sopera. Volvió a tocar los tres golpes mágicos, la tapa se levantó y nuestro monje pudo entonces ver a la reina de Saba en persona, que de pie en un paisaje de flores ante un trono de oro y pedrerías sonreía con expresión encantadora llevando en su puño el loro profeta.

—Por fin lo veo, mi bello ermitaño —dijo ella—. ¡Ah!, cuánto me alegra su visita. Confieso que la deseaba con locura, cuanta vez oía tocar la campana me decía: ¡qué sonido tan dulce y cristalino! Es una música celestial. Quisiera conocer al campanero, debe ser un hombre de gran habilidad. Acérquese, mi bello ermitaño.

Fray Barnabé obedeció. Estaba radiante en pleno mundo desconocido, milagroso... No sabía qué pensar. ¡Una reina estaba hablándole familiarmente, una reina había deseado verlo!

Y ella seguía:

—Tome, tome esta rosa como recuerdo mío. Si supiera cuánto me aburro aquí. He tratado de distraerme con esta gente que me rodea. Todos

me han hecho la corte, quien más, quien menos, pero por fin me cansé. A la tabaquera no le falta gracia; narraba de un modo pasable relatos de guerra o intrigas picarescas, pero no puedo aguantar su mal olor. El pote de jengibre tiene garbo y cierto encanto, pero me es imposible estar a su lado sin que me asalte un sueño irresistible. Los pescados conocen profundas ciencias, pero no hablan nunca. Solo el César de oro de la medalla me ha divertido en realidad algunas veces, pero su orgullo acabó por parecerme insoportable. ¿No pretendía llevarme en cautiverio bajo el pretexto de que era yo una reina bárbara? Resolví plantarlo con toda su corona de laurel y su gran nariz de pretencioso, y así fue como quedé sola, sola pensando en usted el campanero lejano que me tocaba en las noches tan linda música. Entonces dije a mi elefante: «Anda y tráemelo. Nos distraeremos mutuamente. Le contaré yo mis aventuras, él me contará las suyas». ¿Quiere usted, lindo ermitaño, que le cuente mi vida?

—¡Oh, sí! —suspiró extasiado fray Barnabé— ¡Debe ser tan hermosa!

Y la reina de Saba comenzó a recordar las aventuras magníficas que había corrido desde la noche aquella en que se había despedido de Salomón hasta el día más cercano en que escoltada por sus esclavos, su parasol, su trono y sus pájaros se había instalado dentro de la sopera. Había material para llenar varios libros y aún no lo refería todo; iba balanceándose al azar de los recuerdos. Había recorrido África, Asia y las islas de los dos océanos. Un príncipe de la China, caballero en un delfín de jade, había venido a pedir su mano, pero ella lo había rechazado porque proyectaba entonces un viaje al Perú, acompañada de un joven galante, pintado en un abanico, el cual en el instante de embarcarse hacia Citeres, como la viera pasar, cambió de rumbo.

En Arabia había vivido en una corte de magos. Estos, para distraerla, hacían volar ante sus ojos pájaros encantados, desencadenaban tempestades terribles en medio de las cuales se alzaban sobre las alas de sus vestiduras, hacían cantar estatuas que yacían enterradas bajo la arena, extraviaban caravanas enteras, encendían espejismos con jardines, palacios y fuentes de agua viva. Pero, entre todas, la aventura más extraordinaria era aquella, la ocurrida con el César de oro. Es cierto que repetía: «Me ofendió por ser orgulloso». Pero se veía su satisfacción, pues el César aquel era un personaje de mucha consideración.

A veces en medio del relato el pobre monje se atrevía a hacer una tímida interrupción:

—Creo que ya es tiempo de ir a tocar la hora. Permítame que salga.

Pero al punto la reina de Saba, cariñosa, pasaba la mano por la hermosa barba del ermitaño y contestaba riendo: ¡qué malo eres, mi bello Barnabé, estar pensando en la campana cuando una reina de África te hace sus confidencias!, y además: es todavía de noche. Nadie va a darse cuenta de la falta.

Y volvía a tomar el hilo de su historia asombrosa.

Cuando la hubo terminado, se dirigió a su huésped y dijo con la más encantadora de sus expresiones:

—Y ahora, mi bello Barnabé, a usted le toca, me parece que nada de mi vida le he ocultado. Es ahora su turno.

Y habiendo hecho sentar a su lado, en su propio trono, al pobre monje deslumbrado, la reina echó hacia atrás la cabeza como quien se dispone a saborear algo exquisito.

Y aquí está el pobre fray Barnabé que se pone a narrar los episodios de su vida. Contó cómo el padre Anselmo, su superior, lo había llevado un día al reloj-capilla; cómo le encomendó la guardia; cuáles fueron sus emociones de campanero principiante, describió su celda, recitó de cabo a rabo el reglamento que allí encontró escrito; dijo que el único banco en donde podía sentarse era un banco cojo; lo muy duro que resultaba no poder dormir arriba de tres cuartos de hora por la zozobra de no estar despierto para tirar de la cuerda en el momento dado. Es cierto que mientras enunciaba cosas tan miserables, allá en su fuero interno tenía la impresión de que no podían ellas interesar a nadie, pero ya se había lanzado y no podía detenerse. Adivinaba de sobra que lo que de él se esperaba no era el relato de su verdadera vida que carecía en el fondo de sentido, sino otro, el de una existencia hermosa cuyas peripecias variadas y patéticas hubiera improvisado con arte. Pero, ¡ay!, carecía por completo de imaginación y, quieras que no, había que limitarse a los hechos exactos, es decir, a casi nada.

En un momento dado del relato levantó los ojos que hasta entonces por modestia los había tenido bajos clavados en el suelo, y se dio cuenta de que los esclavos, el loro, todos, todos, hasta la reina, dormían profundamente. Solo velaba el elefante:

—¡Bravo! —le gritó este—. Podemos ahora decir que es usted un narrador de primer orden. El mismo pote de jenjibre es nada a su lado.

—¡Oh Dios mío! —imploró fray Barnabé— ¿se habrá enojado la reina?

—Lo ignoro. Pero lo que sí sé es que debemos regresar. Ya es de día. Tengo justo el tiempo de cargarlo en el lomo y reintegrarlo a la capilla.

Y era cierto. Rápido como un relámpago atravesó nuestro elefante de ébano el comedor y se detuvo ante la capilla. El reloj de la catedral de la ciudad apuntaba justo las ocho. Anhelante, el capuchino corrió a tocar las ocho campanadas y cayó rendido de sueño sin poder más... Nadie por fortuna se había dado cuenta de su ausencia.

Pasó el día entero en una ansiedad febril. Cumplía maquinalmente su deber de campanero: pero con el pensamiento no abandonaba un instante la soperá encantada en donde vivía la reina de Saba y se decía: ¿qué me importa aburrirme durante el día, si en las noches el elefante de ébano vendrá a buscarme y me llevará hasta ella? ¡Ah!, ¡qué bella vida me espera!

Y desde el caer de la tarde comenzó a esperar impaciente a que llegara el elefante. ¡Pero nada! Las doce, la una, las dos de la madrugada pasaron

sin que el real mensajero diera señales de vida. No pudiendo más y diciéndose que solo se trataría de un olvido, fray Barnabé se puso en camino. Fue un largo y duro viaje. Tuvo que bajar de la chimenea agarrándose de la tela que la cubría y como dicha tela no llegaba ni con mucho al suelo, fue a tener que saltar desde una altura igual a cinco o seis veces su estatura. Y cruzó a pie la gran pieza tropezándose en la oscuridad con la pata de una mesa, resbalándose por encima de una cucaracha y teniendo luego que luchar con un ratón salvaje que lo mordió cruelmente en una pierna; tardó en pocas palabras unas dos horas para llegar al armario. Imitó allí el procedimiento del elefante con tan gran exactitud que se le abrieron sin dificultad ninguna, primero la puerta, luego la tapa de la sopera. Trémulo de emoción y de alegría se encontró frente a la reina. Esta se sorprendió muchísimo:

—¿Qué ocurre? —preguntó— ¿qué quiere usted, señor capuchino?

—¿Pero ya no me recuerda? —dijo fray Barnabé cortadísimo—. Soy el ermitaño del reloj... el que vino ayer...

—¡Ah! ¿Conque es usted el mismo monje de ayer? Pues si quiere que le sea sincera, le daré este consejo: no vuelva más por aquí. Sus historias, francamente, no son interesantes.

Y como el pobre Barnabé no atreviéndose a medir las dimensiones de su infortunio permaneciese inmóvil...

—¿Quiere usted acabarse de ir? —silbó el loro profeta precipitándose encima y cubriéndolo de picotazos—. Acaban de decirle que está aquí de más. Vamos, márchese y rápido.

Con la muerte en el alma, fray Barnabé volvió a tomar el camino de la chimenea. Andando, andando se decía:

—¡Por haber faltado a mi deber! Debía de antemano haber comprendido que todo esto no era sino una tentación del diablo para hacerme perder los méritos de toda una vida de soledad y de penitencia. ¡Cómo era posible que un desgraciado monje, en sayal, pudiera luchar contra el recuerdo de un emperador romano en el corazón de una reina! Pero... ¡qué linda, qué linda era!

Ahora es preciso que olvide. Es preciso que de hoy en adelante no piense más que en mi deber: mi deber es el de tocar la hora. Lo cumpliré sin desfallecimiento, alegremente hasta que la muerte me sorprenda en la extrema vejez.

¡Quiera Dios que nadie se haya dado cuenta de mi fuga! ¡Con tal de que llegue a tiempo! ¡Son las siete y media! Si no llego en punto de las ocho ¡estoy perdido! Es el momento en que se despierta la casa y todos comienzan a vivir.

Y el pobre se apresuraba, las piernas ya rendidas. Cuando tuvo que subir agarrándose a las molduras de la chimenea, toda la sangre de su cuerpo parecía zumbarle en los oídos. Llegó arriba medio muerto. ¡Inútil esfuerzo!, no llegó a tiempo... Las ocho estaban tocando.

Digo bien: ¡las ocho estaban tocando! ¡Tocando *solas*, sin él! La puerta del reloj se había abierto de par en par, la cuerda subía y bajaba, lo mismo

que si hubieran estado sus manos tirando de ellas; y las ocho campanadas cristalinas sonaban...

Hundido en el estupor el pobre capuchino comprendió. Comprendió que el campanario funcionaba sin él, es decir, que él no había contribuido nunca en nada al juego del mecanismo. Comprendió que su trabajo y su sacrificio diario no eran sino de risa, casi, casi un escarnio público. Todo se derrumbaba a la vez: la felicidad que había esperado recibir de la reina de Saba y ese deber futuro que había resuelto cumplir en adelante obediente en su celda. Ese deber no tenía ya objeto. La desesperación negra, inmensa, absoluta penetró en su alma. Comprendió entonces que la vida sobrellevada en tales condiciones era imposible.

Entonces rompió en menudos pedazos la rosa que le regalara la reina de Saba, desgarró el reglamento que colgaba en la pared de la celda, y agarrando el extremo de la cuerda que asomaba como de costumbre bajo el techo, aquella misma que tantas, tantas veces habían sus manos tirado tan alegremente, pasósela ahora alrededor del cuello y dando un salto en el vacío, se ahorcó.



PISHTACO, NACCAC

Testimonio de Jesús Urbano Rojas

En estos caminos había algunos sitios que eran peligrosos porque estaban los *pishtacos*. Uno de esos sitios era *Chaupi Chaca* que va hacia la selva antes de Uchuraccay. Otro era *Ayahuaruncuna* de más abajo, de Huanta a Huamanga; *Suyrururucc* como quien va a *Ñecce*, y otro sitio más conocido como la Bajada de las *Huatatas*. Allí esperaban y también en *Puma Jahuanja* que era el verdadero sitio de los *pishtacos* porque allí había nacido y habían agarrado al *pishtaco* Birucha. Y la gente tenía miedo de estos sitios y los viajantes tenían que ir juntos pero nunca faltaba alguno que tenía su necesidad y andaba solo; allí estaba el peligro.

El *pishtaco* tiene sus brujerías que suelta y aunque fueran varios caminantes juntos para defenderse, siempre alguno cogía el *pishtaco*; al pobre le daba ganas de orinar o se quedaba dormido, un poquito descansaba y el *pishtaco* lo cogía y el resto no se daba cuenta.

Yo he visto al *pishtaco* una vez porque mi papá tenía ganado arriba en *Cholo* y me había arriesgado a andar solo y me fui donde estaba la bajada de *Chaupichaca* que es un sitio de dar miedo porque entonces estaba lleno de árboles grandes, *chachas*, *chilca*, había piedras y también un *machay* (cueva negra) que no se veía porque había árboles que tapaban su boca; pero ahora todos la ven, porque ahora todo han botado, por la leña han llevado los árboles para el horno. El camino tenía de un lado el río y por el otro lado monte y en medio, estrecho, pasaba el caminante. Había salido temprano de mi casa ese día y a las diez de la mañana estaba allí en *Chaupichaca* y el *jebe huaraca* estaba distraído tirando a los pajaritos cuando sentí que empezaron a gritar los *chihuacos* porque este pájaro avisa; entonces voltee la cara y encima de una piedra estaba el *pishtaco*: el pantalón era medio marrón, el poncho y el sombrero eran negros y tenía media tapada la cara y se le veían los ojos grandes y en la mano llevaba un machete medio curvo que con el reflejo del sol brillaba como si fuera una estrella. Me miraba con

cólera y me siguió con la mirada, yo me corrí por la cuesta, entré al *huaico* y el agua me arrastraba pero no sentí y subí nomás y cuando ya miré atrás no había nada. Cuando llegué arriba, la señora del pastor me dijo que me había aventurado mucho: «¿Por qué has venido solo? El *pishtaco* no te ha matado porque no tienes grasa y eres muchacho aún». Y ese *pishtaco* cualquiera no puede ser porque es por herencia, pero nadie sino su familia sabe que es *pishtaco*.

Tenía yo un tío alto él, fachoso, que daba miedo su cara y ese andaba solo y no tenía miedo de pasar por *Chaupichaca*. Yo creo que era *pishtaco* porque tenía las manos como para asustar y un día que entré a su casa estaba en el batán preparando remedio para sus animales y tenía a su lado un santo de *Niño Rumi* que no era el San Isidro, pero que llevaba un cuchillo en la mano como si fuera santo de *pishtaco*. Era como don Rojas su dueño con el cuello un poco alargado. Le decía: «Mi *ppapacha*, mi *huaucce*» y lo acariciaba pasándole la mano por la espalda y le preguntaba: «¿no, papá?». Y a este señor Rojas le tenían miedo porque sus ojos eran fuertes y movía mucho los ojos, le daban vuelta adentro y tasaba a la gente; ya está finado. No sé quién tendrá ese santo. Este santo tenía un pañuelo negro rodeando el cuello.

Estos *pishtacos* salían terminando agosto y la grasa que cogían eran para las campanas, para sus cuchillos, para sus machetes, porque esta grasa del hombre templaba muy bien el metal.

A mí me contó el señor Fortunato Muñinco una cosa que le había pasado con un *nacacc*, porque estos *naccac* no solo toman el *unto* de la gente humana, sino que también, además, comen la carne cruda o cocida, calientita o fría. Y don Fortunato vivía más arriba de nosotros cerca del puente *Alljomachay* o Cueva del Perro. Don Fortunato trabajaba para un hacendado que era muy malo, que hacía llorar a la gente y era un acabado tinterillo; pero don Fortunato no sabía que este era un *nacacc*. Un día el hacendado le dijo para ir juntos a buscar carne. «Vamos a traer carne —le dijo—, porque quiero atender a las autoridades y vamos a prepararles chicharrones». Y ya en la tarde a las seis lo hizo montar detrás suyo en caballo grande sobre las ancas y llegaron hasta el puente de *Alljomachay* y allí el hacendado paró el caballo y le dio su alfalfa para que fuera comiendo el animal. Don Fortunato acompañó al hacendado hasta el cerro para aguaitar y vieron venir dos viajeros. El *nacacc* puso algo en el camino, al filo del *huaico*, que don Fortunato no sabía qué era. Eso era para separar a los viajeros y que uno de ellos solamente entrara al puente y el otro como zonzo se regresara.

Entre tanto, el hacendado iba curando su machete con una grasa que tenía dentro de una botella blanca y que ya después don Fortunato supo que era placenta de mujeres *yana* de piel prieta y esta placenta le daba poder al machete porque es mejor que grasa humana corriente y lo hace reventar al aire y suena.

También hay estrellas para los *nacacc* porque este hacendado miraba arriba a las estrellas y decía: «Estamos bien, vamos a tener caza». Y así fue, porque el viajante entró nomás al puente y de pronto no sabía don Fortunato cómo de rápido hizo el hacendado para cortarle la cabeza y también le partió las rodillas y los brazos.

Dice don Fortunato que las cabezas cortadas por el *nacacc* de tan rápido que hace muerden las piedras y luego, luego el hacendado empezó a beber la sangre fresca que salía de la cabeza y allí nomás le cortó la lengua y rápido le sacó toda la carne y toda la pulpa caliente no más y lo metió a la alforja y este fue el chicharrón que le dio a las autoridades: al subprefecto que era un gordazo goloso, al señor cura, al señor juez y todos eran una malditos porque ayudaban al *nacacc* para quitarles sus tierras a la gente pobre. Dice don Fortunato que la fiesta que hizo el *nacacc* fue grandaza y que los invitados pedían repetición y se llevaron en *pancca* sobras de humano. Los chicharrones del pobre viajante los sirvió el *nacacc* con su papita amarilla, con su mote y la zarza de cebolla la preparó con la sangre nomás del viajante. El hacendado se había conseguido también buen pisco de caña y vino de sus viñas de Huanchacc. El señor Fortunato también probó porque si no el hacendado le amenazó y dice que era rico, pero que la carne del humano no deja dormir y uno tiene que acostumbrarse y solo después de haber comido tres o cuatro veces ya el cuerpo se acostumbra y el humano no molesta cuando se la come y uno duerme bien. A estos *nacacc* todo el mundo les tiene miedo y hasta las señoras, las mujeres por temor les aceptan nomás sus enamoramientos. Cuando un *nacacc* corteja, la mujer se va nomás con él porque si no, el *nacacc* la mata a su marido y se lo come. El *pishtaco* ya no es gente humana, no tiene *ayllo* ni hermano; a todos nos ve como *nakana*, carne para comer, ganado en pie.



EL PUENTE

En este cuento, un puente nos cuenta el paso de un viajero sobre él. ¿Qué había debajo del puente?

¿Por qué nadie usaba el puente y se veía precisado a esperar?

¿Qué debía hacer el puente para servir al viajero que lo atravesara?

¿Por qué se voltea el puente para ver quién lo atraviesa?

¿Quién exclama: «¡El puente se da la vuelta!»?

¿Qué ocurre al final?

EL PRÍNCIPE ALACRÁN

«El príncipe alacrán» es un relato narrado por Macario, quien tiene un hermano gemelo llamado Feliciano. Sin embargo, Macario no está seguro de ser él y no Feliciano. ¿Por qué tiene esta confusión? Explica.

Los hermanos de esta historia son constantemente confundidos y deciden tatuarse la letra inicial de su nombre en un lugar visible. ¿Por qué esta medida no termina de resolver el problema de la identidad del narrador? Explica.

¿Has visto alacranes alguna vez? Escribe un breve texto en el que describas la diferencia entre los alacranes que conoces y los que se describen en este relato. Si no los has visto nunca, busca imágenes en Internet o en algún libro.

El relato nos deja con la duda de si lo narrado ha sido vivido o soñado por el protagonista. Basándote en el final del cuento, ¿qué crees tú? ¿Es una pesadilla o no? Plantea dos razones utilizando citas del texto para tu respuesta.

¿Por qué crees que es mejor que el relato sea narrado por Macario y no por un narrador que no sea personaje de la historia? Explica.

EL GRILLO

En el relato «El grillo», se cuenta la historia de un padre de familia, Cheng, que trata de salir adelante cumpliendo sus deberes honradamente. ¿Te parecen razonables las obligaciones que tiene Cheng? Explica tu respuesta.



¿Cuál es el resultado de la travesura del hijo de Cheng?

Al final, un grillo salta a la manga de Cheng y decide atraparlo aunque no parece muy buen peleador. ¿Qué lo convence de que es un grillo excepcional?

El hijo de Cheng despierta de su estado luego de un año y dice que soñó que era un grillo. ¿Qué crees que pasó con el hijo de Cheng en el periodo que estuvo inconsciente?

¿Cómo termina la vida de Cheng?

EL ERMITAÑO DEL RELOJ

Fray Barnabé, el elefante y la reina de Saba son algunos de los personajes del cuento. ¿Cuál de ellos te inspira más simpatía? Explica tus razones.


Este cuento nos hace pensar en el sentido de nuestra existencia. ¿Tiene sentido la vida del ermitaño de la historia? Da tus razones.

PISHTACO, NACACC

En «Pishtaco, nacacc», se relata la historia de un hacendado que es *pishtaco*. ¿Qué elementos podrías señalar que son reales en esta historia? Explica dos.

El *nacacc* no solo obtiene grasa de sus víctimas. ¿Con qué otro fin las mata?

Señala un elemento fantástico de la forma en que el hacendado *nacacc* elimina a su víctima.

 Recordarás que, en el cuento «El puente», el narrador era un puente y que recibía un visitante a quien finalmente hacía caer. Imagina ahora que eres una balsa, usada para cruzar un río, y relata con ello una historia.





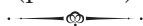


LOS CACHORROS

1967

MARIO VARGAS LLOSA

(peruano)



A continuación, tienes el primer capítulo del relato Los cachorros.

Todavía llevaban pantalón corto ese año, aún no fumábamos, entre todos los deportes preferían el fútbol y estábamos aprendiendo a correr olas, a zambullirnos desde el segundo trampolín del Terrazas, y eran traviosos, lampiños, curiosos, muy ágiles, voraces. Ese año, cuando Cuéllar entró al colegio Champagnat.

Hermano Leoncio, ¿cierto que viene uno nuevo?, ¿para el «Tercero A», Hermano? Sí, el Hermano Leoncio apartaba de un manotón el moño que le cubría la cara, ahora a callar.

Apareció una mañana, a la hora de la formación, de la mano de su papá, y el Hermano Lucio lo puso a la cabeza de la fila porque era más chiquito todavía que Rojas, y en la clase el Hermano Leoncio lo sentó atrás, con nosotros, en esa carpeta vacía, jovencito. ¿Cómo se llamaba? Cuéllar, ¿y tú? Choto, ¿y tú? Chingolo, ¿y tú? Mañuco, ¿y tú? Lalo. ¿Miraflorino? Sí, desde el mes pasado, antes vivía en San Antonio y ahora en Mariscal Castilla, cerca del cine Colina.

Era chanconcito (pero no sobón): la primera semana salió quinto y la siguiente tercero y después siempre primero hasta el accidente, ahí comenzó a flojear y a sacarse malas notas. Los catorce Incas, Cuéllar, decía el Hermano Leoncio, y él se los recitaba sin respirar, los Mandamientos, las tres estrofas del Himno Marista, la poesía *Mi bandera* de López Albújar: sin respirar. Qué trome, Cuéllar, le decía Lalo y el Hermano muy buena memoria, jovencito, y a nosotros ¡aprendan, bellacos! Él se lustraba las uñas en la solapa del saco y miraba a toda la clase por encima del hombro, sobrándose (de a mentiras, en el fondo no era sobrado, solo un poco loquibambio y jugueteón. Y, además, buen compañero. Nos soplabá en los exámenes y en los recreos nos convidaba chupetes, ricacho, tofis, suertudo, le decía Choto, te dan más propina que a nosotros cuatro, y él por las buenas notas que se sacaba, y nosotros menos mal que eres buena gente, chanconcito, eso lo salvaba).

Las clases de la Primaria terminaban a las cuatro, a las cuatro y diez el Hermano Lucio hacía romper filas y a las cuatro y cuarto ellos estaban en la cancha de fútbol. Tiraban los maletines al pasto, los sacos, las corbatas, rápido Chingolo rápido, ponte en el arco antes que lo pesquen otros, y en su jaula Judas se volvía loco, guau, paraba el rabo, guau guau, les mostraba los colmillos, guau guau guau, tiraba saltos mortales, guau guau guau guau, sacudía los alambres. Pucha diablo si se escapa un día, decía Chingolo, y Mañuco si se escapa hay que quedarse quietos, los daneses solo mordían cuando olían que les tienes miedo, ¿quién te lo dijo?, mi viejo, y Choto yo me treparía al arco, así no lo alcanzaría, y Cuéllar sacaba su puñalito y chas chas lo soñaba, deslonzaba y enterrabaaaaaauuuu, mirando al cielo, uuuuuuaaauuuu, las dos manos en la boca, auauauauauuuuu: ¿qué tal gritaba Tarzán? Jugaban apenas hasta las cinco pues a esa hora salía la Media y a nosotros los grandes nos corrían de la cancha a las buenas o a las malas. Las lenguas afuera, sacudiéndonos y sudando recogían libros, sacos y corbatas y salíamos a la calle. Bajaban por la Diagonal haciendo pases de básquet con los maletines, chápate esta papacito, cruzábamos el Parque a la altura de *Las Delicias*, ¡la chapé!, ¿viste, mamacita?, y en la bodeguita de la esquina de «D'Onofrio» comprábamos barquillos ¿de vainilla?, ¿mixtos?, echa un poco más, cholo, no estafes, un poquito de limón, tacaño, una yapita de fresa. Y después seguían bajando por la Diagonal, el «Violín Gitano», sin hablar, la calle Porta, absortos en los helados, un semáforo, shhp chupando shhhp y saltando hasta el edificio San Nicolás y ahí Cuéllar se despedía, hombre, no te vayas todavía, vamos al Terrazas, le pedirían la pelota al Chino, ¿no quería jugar por la selección de la clase?, hermano, para eso había que entrenarse un poco, ven vamos anda, solo hasta las seis, un partido de fulbito en el Terrazas, Cuéllar. No podía, su papá no lo dejaba, tenía que hacer las tareas. Lo acompañaban hasta su casa, ¿cómo iba a entrar al equipo de la clase si no se entrenaba?, y por fin acabábamos yéndonos al Terrazas solos. Buena gente pero muy chancón, decía Choto, por los estudios descuida el deporte, y Lalo no era culpa suya, su viejo debía ser un fregado, y Chingolo claro, él se moría por venir con ellos y Mañuco iba a estar bien difícil que entrara al equipo, no tenía físico, ni patada, ni resistencia, se cansaba ahí mismo, ni nada. Pero cabecea bien, decía Choto, y además era hinchas nuestro, había que meterlo como sea decía Lalo, y Chingolo para que esté con nosotros y Mañuco sí, lo meteríamos, ¡aunque iba a estar más difícil!

Pero Cuéllar, que era terco y se moría por jugar en el equipo, se entrenó tanto en el verano que al año siguiente se ganó el puesto de interior izquierdo en la selección de la clase: *mens sana in corpore sano*, decía el Hermano Agustín, ¿ya veíamos?, se puede ser buen deportista y aplicado en los estudios, que siguiéramos su ejemplo. ¿Cómo has hecho?,

le decía Lalo, ¿de dónde esa cintura, esos pases, esa codicia de pelota, esos tiros al ángulo? Y él: lo había entrenado su primo el Chispas y su padre lo llevaba al estadio todos los domingos y ahí, viendo a los craks, les aprendía los trucos, ¿captábamos? Se había pasado los tres meses sin ir a las matinés ni a las playas, solo viendo y jugando fútbol mañana y tarde, toquen esas pantorrillas, ¿no se habían puesto duras? Sí, ha mejorado mucho, le decía Choto al Hermano Lucio, de veras, y Lalo es un delantero ágil y trabajador, y Chingolo qué bien organizaba el ataque y, sobre todo, no perdía la moral, y Mañuco ¿vio cómo baja hasta el arco a buscar pelota cuando el enemigo va dominando, Hermano Lucio?, hay que meterlo al equipo. Cuéllar se reía feliz, se soplaba las uñas y se las lustraba en la camiseta de «Cuarto A», mangas blancas y pechera azul: ya está, le decíamos, ya te metimos pero no te sobres.

En julio, para el Campeonato Interaños, el Hermano Agustín autorizó al equipo de «Cuarto A» a entrenarse dos veces por semana, los lunes y los viernes, a la hora de Dibujo y Música. Después del segundo recreo, cuando el patio quedaba vacío, mojadito por la garúa, lustrado como un chimpún nuevecito, los once seleccionados bajaban a la cancha, nos cambiábamos el uniforme y, con zapatos de fútbol y buzos negros, salían de los camarines en fila india, a paso gimnástico, encabezados por Lalo, el capitán. En todas las ventanas de las aulas aparecían caras envidiosas que espiaban sus carreras, había un vientecito frío que arrugaba las aguas de la piscina (¿tú te bañarías?, después del match, ahora no, brrr qué frío), sus saques, y movía las copas de los eucaliptos y ficus del Parque que asomaban sobre el muro amarillo del Colegio, sus penales y la mañana se iba volando: entrenamos regio, decía Cuéllar, bestial, ganaremos. Una hora después el Hermano Lucio tocaba el silbato y, mientras se desaguaban las aulas y los años formaban en el patio, los seleccionados nos vestíamos para ir a sus casas a almorzar. Pero Cuéllar se demoraba porque (te copias todas las de los craks, decía Chingolo, ¿quién te crees?, ¿Toto Terry?) se metía siempre a la ducha después de los entrenamientos. A veces ellos se duchaban también, guau, pero ese día, guau guau, cuando Judas se apareció en la puerta de los camarines, guau guau guau, solo Lalo y Cuéllar se estaban bañando: guau guau guau guau. Choto, Chingolo y Mañuco saltaron por las ventanas, Lalo chilló se escapó mira hermano y alcanzó a cerrar la puertecita de la ducha en el hocico mismo del danés. Ahí, encogido, losetas blancas, azulejos y chorritos de agua, temblando, oyó los ladridos de Judas, el llanto de Cuéllar, sus gritos, y oyó aullidos, saltos, choques, resbalones y después solo ladridos, y un montón de tiempo después, les juro (pero cuánto, decía Chingolo, ¿dos minutos?, más hermano, y Choto ¿cinco?, más mucho más), el vozarrón del Hermano Lucio, las lisuras de Leoncio (¿en español, Lalo?, sí, también en francés, ¿le entendías?, no, pero se imaginaba que eran

lisuras, idiota, por la furia de su voz), los carambas, Dios mío, fueras, sapes, largo largo, la desesperación de los Hermanos, su terrible susto. Abrió la puerta y ya se lo llevaban cargado, lo vio apenas entre las sotanas negras, ¿desmayado?, sí, ¿calato, Lalo?, sí y sangrando, hermano, palabra, qué horrible: el baño entero era purita sangre. Qué más, qué pasó después mientras yo me vestía, decía Lalo, y Chingolo el Hermano Agustín y el Hermano Lucio metieron a Cuéllar en la camioneta de la Dirección, los vimos desde la escalera, y Choto arrancaron a ochenta (Mañuco cien) por hora, tocando bocina y bocina como los bomberos, como una ambulancia. Mientras tanto el Hermano Leoncio perseguía a Judas que iba y venía por el patio dando brincos, volantines, lo agarraba y lo metía a su jaula y por entre los alambres (quería matarlo, decía Choto, si lo hubieras visto, asustaba) lo azotaba sin misericordia, colorado, el moño bailándole sobre la cara.

Esa semana, la misa del domingo, el rosario del viernes y las oraciones del principio y del fin de las clases fueron por el restablecimiento de Cuéllar, pero los Hermanos se enfurecían si los alumnos hablaban entre ellos del accidente, nos chapaban y un cocacho, silencio, toma, castigado hasta las seis. Sin embargo, ese fue el único tema de conversación en los recreos y en las aulas, y el lunes siguiente cuando, a la salida del Colegio, fueron a visitarlo a la Clínica Americana, vimos que no tenía nada en la cara ni en las manos. Estaba en un cuartito lindo, hola Cuéllar, paredes blancas y cortinas cremas, ¿ya te sanaste, cumpita?, junto a un jardín con florecitas, pasto y un árbol. Ellos lo estábamos vengando, Cuéllar, en cada recreo pedrada y pedrada contra la jaula de Judas y él bien hecho, prontito no le quedaría un hueso sano al desgraciado, se reía, cuando saliera iríamos al Colegio de noche y entraríamos por los techos, viva el jovencito pam pam, el Águila Enmascarada chas chas, y le haríamos ver estrellas, de buen humor pero flaquito y pálido, a ese perro, como él a mí. Sentadas a la cabecera de Cuéllar había dos señoras que nos dieron chocolates y se salieron al jardín, corazón, quédate conversando con tus amiguitos, se fumarían un cigarrillo y volverían, la del vestido blanco es mi mamá, la otra una tía. Cuenta, Cuéllar, hermanito, qué pasó, ¿le había dolido mucho?, muchísimo, ¿dónde lo había mordido?, ahí pues, y se muñequéó, ¿en la pichulita?, sí, coloradito, y se rio y nos reímos y las señoras desde la ventana adiós, adiós corazón, y a nosotros solo un momentito más porque Cuéllar todavía no estaba curado y él chist, era un secreto, su viejo no quería, tampoco su vieja, que nadie supiera, mi cholo, mejor no digas nada, para qué, había sido en la pierna nomás, corazón, ¿ya? La operación duró dos horas, les dijo, volvería al Colegio dentro de diez días, fíjate cuántas vacaciones qué más quieres le había dicho el doctor. Nos fuimos y en la clase todos querían saber, ¿le cosieron la barriga, cierto?, ¿con aguja e hilo, cierto? Y Chingolo cómo se empavó cuando nos contó, ¿sería pecado hablar de eso?, Lalo no, qué iba a ser, a

él su mamá le decía cada noche antes de acostarse ¿ya te enjuagaste la boca, ya hiciste pipí?, y Mañuco pobre Cuéllar, qué dolor tendría, si un pelotazo ahí sueña a cualquiera cómo sería un mordisco y sobre todo piensa en los colmillos que se gasta Judas, cojan piedras, vamos a la cancha, a la una, a las dos, a las tres, guau guau guau guau, ¿le gustaba?, desgraciado, que tomara y aprendiera. Pobre Cuéllar, decía Choto, ya no podría lucirse en el Campeonato que empieza mañana, y Mañuco tanto entrenarse de balde y lo peor es que, decía Lalo, esto nos ha debilitado el equipo, hay que rajarse si no queremos quedar a la cola, muchachos, juren que se rajarán.



ANNA KARENINA

1877

LEÓN TOLSTÓI

(ruso)



Anna Karenina está casada con Alekséi Aleksándrovich Karenin y ambos tienen un hijo llamado Seriozha. Ella vive en Moscú con su amante el conde Vronski, pero teme que su marido no le conceda el divorcio.

Después de visitar a una amiga noble y tener allí un encuentro desagradable con la esposa de un expretendiente, Anna Karenina prosigue su agitado día angustiada, porque ha peleado con el conde Vronski y cree haber descubierto que él no la ama plenamente. Su carácter irritable y veleidoso se agudiza en estas reflexiones interiores sobre su difícil situación: madre, casada y conviviente con su amante. Ella empieza a percibir el repudio social en pequeños gestos y conductas de su entorno.

Anna Karenina ha salido a buscar a su amante, pues quiere confrontarlo, ya que sospecha que puede engañarla. Además, ella quiere castigarlo por el desamor que siente. Esa angustia interior existencial se incrementa con una reflexión profundamente pesimista sobre la condición humana que los paisajes sociales y gentes que halla en su desordenada marcha solo parecen confirmar. Finalmente, en una estación ferroviaria, ella toma una decisión drástica. A continuación, te ofrecemos las secciones 29-31 de la novela.

29

Otra vez en la calesa, Anna se sintió más desgraciada que nunca. Su entrevista con Kiti despertaba dolorosamente en ella el sentimiento de su fracaso sentimental.

—¿La señora vuelve a casa? —preguntó Piotr.

—Sí —repuso ella, sin fijarse demasiado en lo que decía.

Y pensó:

«Me han estado mirando como a un ser extraño, espantoso incomprendible... ¿De qué estará hablando esa gente? preguntose al ver charlar animadamente a unos transeúntes. ¿Es que se puede comunicar a otro lo que uno siente? ¡Y yo que quería confesarme a Dolli! He tenido razón callándome. En el fondo le habría alegrado mi desgracia, aunque no lo hubiera exteriorizado. Le parecería muy justo verme expiar unos placeres que ella me ha envidiado. Y Kiti se hubiera puesto más contenta aún. Me parece leer en su corazón que me odia, porque me he mostrado con su marido más amable de lo que ella hubiera deseado. Tiene celos de mí, me

detesta, me desprecia. A sus ojos soy una perdida. ¡Ah, si yo hubiera sido lo que piensa! ¡Con qué facilidad habría trastornado la cabeza a su marido! La idea me asaltó, eso es cierto... ¡He ahí un hombre encantado de su persona!», se dijo, a la vista de un señor grueso de tez sonrosada, cuyo coche se cruzó con el suyo y que, tomándola por otra, descubrió al saludarla una calva tan reluciente como su sombrero de copa.

«Cree que me conoce, pero ya nadie me conoce. Ni yo misma. Yo solo conozco mis *appetits*¹, como dicen los franceses. Esos chicos que veo desean ese helado sucio. Eso lo saben ellos a ciencia cierta, pensaba ella viendo a los chicos detener al vendedor de helados, que depositaba en el suelo una heladora y se enjugaba la frente con el pico de un paño. Pero ellos y nosotros estamos ávidos de golosinas, y a falta de bombones se contentan con esos abominables helados, como Kiti, que no habiendo podido casarse con Vronski, me detesta. Todos nos detestamos los unos a los otros. Yo la aborrezco, ella me aborrece. Así va el mundo. “Tiutkin, *coiffeur*. *Je me fais coiffer par Tiutkin...*” —leyó en un rótulo que le hizo sonreír. Ya se lo diré cuando venga. Pero en ese mismo instante se dio cuenta de que no tenía a quién contarle algo gracioso. Además, no había nada gracioso. Todo era repugnante. Tocan a vísperas. Pues aquel tendero, ¡con qué aire tan circunspecto hace la señal de la cruz! ¿Tendrá miedo de que algo se le caiga? ¿Para qué esas iglesias, esas campanadas, esas mentiras? Para disimular que nos odiamos los unos a los otros, como esos cocheros que se insultan. Iashvín tiene razón al decir: “Ese quiere mi camisa y yo la suya”».

Absorbida por estas reflexiones, olvidó un momento su dolor y quedó sorprendida al pararse la calea. La presencia del portero le hizo acordarse de su carta y de su telegrama.

—¿Ha habido alguna respuesta? —preguntó.

—Voy a informarme —dijo el portero, y volvió al momento con un telegrama.

Anna lo abrió y leyó:

No puedo volver antes de las diez. *Vronski*.

—¿Y el mensajero?

—No ha vuelto todavía.

En el alma de Anna se encendió una vaga ansiedad de venganza. Subió la escalera corriendo.

«Puesto que él es así, ya sé lo que me queda por hacer. Iré yo misma a buscarle antes de partir para siempre. Le diré todas las verdades. ¡Jamás he odiado a nadie tanto como a ese hombre!».

Al ver el sombrero de Vronski en la antesala se estremeció de asco. No reflexionó que el telegrama era una respuesta al suyo, y no al mensaje que Vronski no podía haber recibido aún. Se lo imaginaba charlando

¹ *Appetits*: apetitos. (En el texto original, esta palabra se encuentra en francés).

² *Tiutkin, coiffeur. Je me fais coiffer par Tiutkin...*: Tiutkin, peluquero. Tiutkin me hace el peinado... (En el texto original, esta sección se encuentra en francés).

alegremente con su madre y la princesa Sorókina, ¡ignorando desde lejos los padecimientos que le infligía!

«Sí, es necesario partir enseguida», se dijo, sin saber bien todavía adónde debía dirigirse. Tenía prisa en huir de los horribles pensamientos que la asaltaban en aquella casa, donde todos los objetos lo mismo que las personas, se le hacía odioso, y cuyas paredes se desplomaban encima de ella con su peso abrumador.

«Voy a ir a la estación, y si no le encuentro seguiré hasta el campo y allí le sorprenderé», decidió.

Consultó en el periódico el horario de trenes. Había uno a las ocho y dos minutos.

«Llegaré a tiempo».

Hizo enganchar dos caballos frescos a la calesa y en un maletín de viaje preparó los objetos indispensables para una ausencia de varios días. Resuelta a no volver, maquinaba en su mente mil proyectos confusos. Uno de ellos consistía, después de la escena que provocaría en la estación, o en la casa de la condesa, en continuar su ruta por el ferrocarril de Nizhni Nóvgorod para detenerse en la primera ciudad del trayecto.

La comida estaba servida, pero el solo olor de los alimentos le causaba repugnancia. Ordenó que sacaran la calesa y salió. La casa proyectaba ya su sombra a través de toda la calle, pero aún calentaba el sol. La noche se anunciaba bella y clara. Ánnushka, que le llevaba la maleta, Piotr que la introdujo en el coche; el cochero, que parecía malhumorado, todos la molestaban, la irritaban.

—No tengo necesidad de ti, Piotr.

—¿Y quién le sacará el billete, señora?

—Bueno, si quieres venir, ven, poco importa —respondió ella contrariada.

Piotr saltó al pescante, se acomodó en el asiento y dio orden al cochero de conducir a la señora a la estación de Nizhni Nóvgorod.

30

«¡Otra vez soy yo misma! ¡De nuevo se van aclarando mis ideas!, se dijo Anna cuando montó en el coche, que rodaba por un empedrado de guijas menudas y de nuevo se renovaban una tras otra las impresiones. ¿En qué estaba pensando últimamente? ¿En el *coiffeur* Tiutkin? No... ¡Ah, ya caigo! Era en las reflexiones de Iashvín sobre la lucha por la vida y sobre el odio, único sentimiento que une a los hombres. ¿Adónde vais tan de prisa? No podréis huir de vosotros mismos, y el perro que lleváis tampoco os podrá ayudar», pensó, interpelando mentalmente a un alegre grupo que ocupaba un coche de cuatro caballos y que, evidentemente, iba a pasar el día en el campo.

Siguiendo la mirada de Piort, que se había vuelto sobre el asiento, vio un obrero borracho conducido por un agente de la autoridad.

«Este ha sabido hacerlo mejor que nosotros. También el conde Vronski y yo hemos buscado el placer, pero el placer no es la felicidad a que aspirábamos».

Por primera vez, Anna había enfocado sus relaciones con Vronski desde un punto de vista crudo y real, que le hacía entrever el fondo de todas las cosas.

«¿Qué ha buscado en mí? La satisfacción de la vanidad más que la del amor».

Y las palabras del conde, la expresión de perro sumiso que adquiría su rostro en los primeros tiempos de sus relaciones, acudían a su memoria para confirmar aquel pensamiento. Y todo parecía confirmarlo.

«Sí. Todo indicaba en él un orgullo de triunfo. Cierto que me amaba, pero ante todo estaba orgulloso de haberme conquistado. Ahora todo ha pasado. No hay nada de qué vanagloriarse, pero sí de qué avergonzarse. Y ahora que ha obtenido de mí todo lo que podía, no me necesita. Le soy un estorbo y procura no mostrarse desatento conmigo. Ayer se le escapó la confesión de que quiere el divorcio y casarse conmigo para quemar las naves. Me quiere, pero, ¿cómo? *The zest is gone*³... Este quiere asombrar a todos y está muy pagado de sí mismo —pensó mirando a un orondo empleado de comercio que montaba un caballo de carreras—. No, yo no le gusto como antes. En el fondo de su corazón, se alegrará mucho al verse libre de mi presencia».

Aquello no era una suposición gratuita, sino una verdad cuya viva luz —que le descubriría los secretos de la vida y de las relaciones humanas— le ponía al descubierto la cruda realidad.

«Mientras mi amor se hace cada día más egoísta y apasionado, el suyo se va apagando poco a poco. Por esta razón no nos entendemos. Y no existe ningún remedio para esta situación. Él lo es todo para mí, quiero que se entregue a mí totalmente, pero no hace más que rehuirme. Hasta el momento de nuestra unión íbamos uno hacia el otro. Ahora caminamos en sentido inverso. Él me acusa de ser ridículamente celosa. Yo me he hecho también este reproche, pero sin ninguna razón. La verdad es que mi amor ya no se siente satisfecho. Pero...».

Aquel descubrimiento la turbó de tal manera que cambió de lugar en la calesa, moviendo involuntariamente los labios como si fuera a hablar.

«Si pudiera ser otra cosa que una amante apasionada de sus caricias; pero yo no quiero ni puedo ser otra. Con este deseo despierto en él repugnancia, y él me causa ira, y no puede ser de otra manera. Él no me engaña, estoy segura. Él no piensa hoy en la princesa Sorókina más

³ *The zest is gone*: el entusiasmo ha desaparecido. (En el texto original, esta sección se encuentra en inglés).

que antes en Kiti. Todo esto lo sé, pero no me satisface. Si él ha dejado de amarme, si no se muestra bueno y cariñoso más que por obligación, esto será un infierno. Prefiero que me odie. Y es a eso a lo que hemos llegado. Hace mucho tiempo que no me ama, y allí donde acaba el amor empieza el odio. No conozco en absoluto estas calles. Calles empinadas, que no se les ve el fin, y casas, siempre casas, habitadas por personas que se odian recíprocamente... Vamos a ver: ¿qué podría sucederme que pudiera darme la felicidad? Supongamos que Alexiéi Alexándrovich consiente en el divorcio, que me devuelve a Seriozha, que me caso con Vronski...».

Al evocar a Karenin, Anna le vio surgir ante ella con su mirada apagada, sus manos blancas cruzadas de venas azules, sus dedos que crujían, su tono de voz tan particular, y el recuerdo de sus relaciones, en las que en otro tiempo existió ternura y comprensión, la hizo estremecerse de horror.

«Admitamos que me case: ¿es que por eso me va a mirar Kiti con menos condescendencia? ¿No se preguntará Seriozha por qué tengo dos maridos? ¿Podrán establecerse entre Vronski y yo relaciones que no me pongan a prueba de torturas? No —se respondió ella, sin vacilar—. La escisión entre nosotros es demasiado profunda. Yo soy la causante de su desgracia, él lo es de la mía, no cambiaremos jamás. Se ha intentado todo: el mecanismo se ha estropeado... ¿Y esa mendiga, que se imagina inspirar compasión porque lleva una criatura? ¿No nos han traído a este mundo para aborrecernos y atormentarnos los unos a los otros? ¿Y esos colegiales que se divierten? ¡Mi pequeño Seriozha! También a él he creído amarle, mi afecto por él me enternece a mí misma. Y, sin embargo, me he acostumbrado a vivir sin él, he cambiado el amor que le tenía por otra pasión, y mientras esta se ha visto satisfecha, no se me ha ocurrido quejarme del cambio...».

Lo que llamaba «otra pasión» se le apareció bajo los más horribles colores, pero ella gozaba con el amargo placer de repasar sus propios sentimientos y compararlos con los del prójimo.

«Todos nos encontramos en el mismo caso, aunque con problemas diferentes: yo, Piotr, el cochero Fiódorov y ese vendedor que pasa y toda la gente que habita las fértiles orillas del Volga, las cuales nos invitan a visitar esos carteles», se dijo en el momento en que el coche paraba ante la fachada de la estación de Nizhni Nóvgorod. Un enjambre de maleteros se precipitó a su encuentro.

—Es a Obirálovka para donde debo sacar el billete, ¿verdad, señora?

Le costó trabajo comprender esta pregunta. Sus pensamientos estaban demasiado lejos y había olvidado lo que había venido a hacer a aquel lugar.

—Sí —contestó al fin, alargándole el portamonedas.

Y bajó del coche con el maletín rojo en la mano.

Mientras se abría paso entre la multitud para ganar la sala de

espera, le volvieron a la memoria los detalles de su situación, así como las alternativas que esta le presentaba. De nuevo fluctuaba entre la esperanza y el desánimo, de nuevo se abrieron sus llagas y le empezó a latir el corazón. Sentada en un inmenso canapé mientras aguardaba la llegada del tren, lanzaba miradas de aversión a los que iban y venían, pues todos le parecían odiosos. Tan pronto se imaginaba el momento de llegar a Obirálovka, la nota que escribiría a Vronski, lo que le diría al entrar al salón de la anciana condesa, las quejas que formularía él por las amarguras de la vida sin querer comprender los sufrimientos de ella, como pensaba que podría conocer aún días felices. ¡Qué duro tener que amar y aborrecer al mismo tiempo! Sobre todo, ¡cómo le latía el corazón, que parecía querer saltar en pedazos!

31

Sonó un toque de campana. Algunos jóvenes presumidos, groseros, pero con ganas de causar impresión, se adelantaron a los andenes. Piotr, enfundado en su libreta y sus botas, atravesó la salida con aire estúpido y se puso al lado de Anna dispuesto a escoltarla hasta el vagón. Los hombres que charlaban a la entrada callaron al verla pasar, y uno de ellos murmuró al oído de su vecino unas palabras, sin duda alguna atrevida.

Anna escaló el estribo y se acomodó en un compartimiento vacío. El maletín, al colocarlo a su lado, rebotó sobre el asiento de muelles, cuyo forro deshilachado debió haber sido blanco algún día. Con su idiota sonrisa, Piotr levantó su sombrero galoneado a guisa de despedida. Un empleado mal encarado cerró la puerta violentamente. Una señora deforme, ridículamente ataviada, a quien Anna desnudó mentalmente para tener el placer de asustarse con su fealdad, corría a lo largo del andén seguida de una niña que reía con afectación.

—Katerina Andrievna lo tiene todo, *ma tante*!⁴—gritó la pequeña.

«Esta niña ya es amanerada y presumida», se dijo Anna, y para no ver a nadie fue a sentarse al otro extremo del asiento. Un hombrecillo sucio y feo, tocado con un gorro bajo el cual asomaban sus desgredados cabellos, andaba paralelamente a la vía, inclinándose sin cesar sobre las ruedas.

«Esta vil figura no me es desconocida», se dijo Anna. De pronto se acordó de su pesadilla, y estremeciéndose de espanto, retrocedió hasta la otra puerta, que el revisor abría para dejar subir a un caballero y una dama.

¿Quiere usted bajar? —le preguntó aquel hombre.

Anna no respondió, y nadie pudo observar bajo su velo el terror que la tenía helada. Volvió al rincón de antes. La pareja ocupó el lado opuesto del compartimento y se puso a examinar con discreta curiosidad los detalles de su vestido. Aquellos dos seres le inspiraron también una repulsión profunda.

4 *Ma tante*: mi tía. (En el texto original, esta frase se encuentra en francés).

Deseando entablar conversación, el marido le pidió permiso para encender un cigarrillo. Habiéndolo obtenido, empezó a hablar con su mujer en francés de cosas intrascendentes. En realidad, no tenía más ganas de hablar que de fumar, pero quería atraer la atención de su vecina a toda costa. Anna vio claramente que estaban hartos el uno del otro, que se detestaban cordialmente. ¿Podían, acaso, vivir sin odiarse dos tipos semejantes?

El ruido, el transporte de equipajes, los gritos, las risas que siguieron a la segunda campanada, incomodaron a Anna de tal modo que le entraron deseos de taparse los oídos. ¿Qué motivos había para aquellas risas? Por fin, sonó la tercera campanada, luego el toque de silbato del jefe de estación, al que respondió el de la locomotora, arrancó el tren y el caballero hizo la señal de la cruz.

«Tengo curiosidad por saber qué significación atribuye a ese gesto», se preguntó Anna, dirigiéndole una mirada malévolamente, que trasladó, sobre la cabeza de la señora, a las personas que habían acudido a acompañar a los viajeros y que ahora parecían retroceder en el andén. El vagón avanzaba lentamente traqueteando a intervalos regulares al pasar sobre las juntas de los rieles. Dejó atrás el andén, una pared, un disco, una hilera de vagones de otro convoy... Se aceleró el movimiento. Los rayos del sol poniente tiñeron de púrpura la portezuela. Una brisa juguetona agitó las cortinas. Mecida por la marcha del tren, Anna olvidó a los compañeros de viaje, respiró el aire fresco y reanudó el curso de sus reflexiones.

«¿En qué estaba pensando? En que mi vida, como quiera que me la represente, no puede ser más que dolor. Todos estamos llamados a sufrir, lo sabemos y queremos disimularlo de una manera o de otra. Pero cuando vemos la verdad, ¿qué hacer?».

—La razón se ha dado al hombre para librarse del tedio —dijo la señora en francés, muy orgullosa de haber encontrado esa frase.

Sus palabras parecieron hallar eco en el pensamiento de Anna.

«¡Librarse del tedio!» —repitió esta, mentalmente. Una ojeada lanzada sobre aquel caballero, subido de color, y su cara y escuálida mitad, le hizo comprender que esta debía considerarse como una criatura incomprendida: su marido, que sin duda la engañaba, no se tomaba la molestia de combatir aquella opinión. Anna creía adivinar todos los detalles de su historia, penetraba hasta los lugares más recónditos de sus corazones, pero aquello carecía de interés y se puso otra vez a reflexionar.

«Pues sí, yo también estoy sufriendo gravemente del tedio, y puesto que lo exige la razón, mi deber es librarme de él. ¿Por qué no apagar la luz cuando no hay nada que ver, cuando el espectáculo resulta odioso...? Pero ese empleado, ¿por qué corre por el estribo? ¿Qué necesidad tienen esos jóvenes del compartimiento vecino, de gritar y de reír? ¡Si todos son males e injusticias, mentira y fraude...!».

Al descender del tren, Anna, evitando el contacto de los otros viajeros como si fuesen apestados, quedose rezagada en el andén para preguntarse qué debía hacer. Todo le parecía ahora de una ejecución difícil. En medio de aquella ruidosa muchedumbre, coordinaba mal sus ideas. Los maleteros le ofrecían sus servicios, los jóvenes mequetrefes la atravesaban con sus miradas, hablando en voz alta y haciendo sonar sus tacones.

Recordando de pronto su propósito de continuar la ruta si no encontraba respuesta en la estación, preguntó a un empleado si no había visto, por casualidad, algún cochero que llevase una carta al conde Vronski.

—¿Vronski? Hace poco han venido de su casa a recoger a la princesa Sorókina y su hija. ¿Qué aspecto tiene ese cochero?

En aquel momento vio Anna adelantarse a su mensajero, el cochero Mijaíl: colorado, alegre, con su hermoso uniforme azul atravesado por una cadena de reloj, parecía orgulloso de la misión que había cumplido. Entregó a su señora un sobre que esta abrió, con el corazón angustiado.

Vronski escribía con mano negligente:

Lo siento mucho, pero su nota no me encontró en Moscú. Volveré a las diez.

—Lo que me esperaba —comentó ella, con sonrisa sardónica. Con voz apenas perceptible, porque las palpitaciones de su corazón no la dejaban respirar, se dirigió a Mijaíl:

—Gracias, ya puedes volver.

Sumida de nuevo en sus pensamientos, prosiguió:

«¡No, ya no te permitiré que me hagas sufrir así!».

Esta amenaza no se la dirigía a sí misma, sino al causante de su tortura.

Se puso a pasear a lo largo del andén. Dos mujeres que también deambulaban para matar el tiempo se volvieron para examinar su atuendo.

—Son de verdad —dijo una de ellas en voz alta, indicando los encajes de Anna.

Los jóvenes lechuguinos la divisaron de nuevo, y con voz afectada cambiaron ruidosas impresiones. El jefe de estación le preguntó si subía otra vez al tren. Un muchacho vendedor ambulante de *kvas* no apartaba los ojos de ella.

«¿Dónde huir, Dios mío?», se decía sin dejar de andar.

Casi al final del andén, unas señoras y unos niños charlaban riendo con un señor de gafas que habían venido a recibir. Al aproximarse Anna, el grupo se calló para contemplarla. Apresuró el paso y se detuvo junto a la escalera que de la bomba descendía a los rieles. Se acercaba un tren de mercancías que hacía retemblar el andén. Se creyó de nuevo dentro de un tren en marcha.

De pronto se acordó del hombre aplastado el mismo día de su encuentro con Vronski, y comprendió lo que tenía que hacer. Con paso ligero y resuelto, descendió los escalones y colocándose cerca de la vía, escrutó la estructura

baja del tren que pasaba casi rozándola, procurando medir a simple vista la distancia que separaba las ruedas de delante de las de atrás.

—Ahí —musitó, clavando los ojos en aquel hueco oscuro donde sobresalían los travesaños llenos de arena y polvo—. Ahí en medio, sí, es donde él será castigado y yo me libraré de mí misma y de todos.

El maletín rojo, del que le costó trabajo desprenderse, la hizo perder el momento de arrojarlo bajo el primer vagón. Forzoso le fue esperar al segundo. Se apoderó de ella una sensación análoga a la que experimentaba en otro tiempo, antes de hacer una inmersión en el río, e hizo la señal de la cruz. Este gesto familiar despertó en su alma multitud de recuerdos de la infancia y de la juventud. Los minutos más felices de su vida centellearon un instante a través de las tinieblas que la envolvían. Pero no quitaba los ojos del vagón, y cuando apareció el espacio entre las dos ruedas, arrojó el maletín, hundió la cabeza en los hombros y adelantando las manos se echó de rodillas bajo el vagón, como si se dispusiera a levantarse otra vez. Tuvo tiempo de sentir miedo.

«¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Por qué?», musitó, haciendo un esfuerzo para echarse hacia atrás.

Pero una masa enorme, inflexible, la golpeó en la cabeza y la arrastró por la espalda.

«¡Señor, perdonadme!», balbució ella.

Un hombrecillo con barba murmuraba algo ininteligible, a la vez que daba golpes en el hierro por encima de ella. Y la luz que para la infortunada había iluminado el libro de la vida, con sus tormentos, sus traiciones y sus dolores, brilló de pronto con esplendor más vivo, iluminó las páginas relegadas hasta ahora en la sombra, crepitó, vaciló y se extinguió para siempre.



LOS MUERTOS

1916

JOSÉ MARÍA EGUREN

(peruano)



Los nevados muertos,
bajo triste cielo,
van por la avenida
doliente que nunca termina.

Van con mustias formas
entre las auras silenciosas:
y de la muerte dan el frío
a sauces y lirios.

Lentos brillan blancos
por el camino desolado;
y añoran las fiestas del día
y los amores de la vida.

Al caminar, los muertos una
esperanza buscan:
y miran solo la guadaña,
la triste sombra ensimismada.

En yerma noche de las brumas
y en el penar y la pavora,
van los lejanos caminantes
por la avenida interminable.



DOLOR

1925

ALFONSINA STORNI

(argentina)



Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;
que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
como una romana, para concordar
con las grandes olas, y las rocas muertas
y las anchas playas que ciñen el mar.

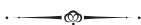
Con el paso lento, y los ojos fríos
y la boca muda, dejarme llevar;
ver cómo se rompen las olas azules
contra los granitos y no parpadear;
ver cómo las aves rapaces se comen
los peces pequeños y no despertar;
pensar que pudieran las frágiles barcas
hundirse en las aguas y no suspirar;
ver que se adelanta, la garganta al aire,
el hombre más bello, no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
perderla y que nunca la vuelva a encontrar;
y, figura erguida, entre cielo y playa,
sentirme el olvido perenne del mar.



EL JOVEN LLORADO

Tradición oral de Cajatambo, Lima
narrada por Vilma Alejo Núñez

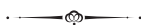


Esta era una chica que tenía su enamorado. Ella lo quería mucho; él también. Entre ellos hablaban sobre cómo harían para vivir juntos y que sus padres lo aceptaran. «Voy a trabajar en la mina. Apenas junte algo de plata, regreso. Entonces, podremos decir a nuestros padres que somos enamorados». La chica tuvo gran pena, pero aceptó el plan. Desde que él se ausentó, ella lloraba; en medio de su ganado, se lamentaba pensando: «Estará sufriendo. Qué vida llevará». No quería ir a su casa del pueblo. Dijo a sus padres que estaba preocupada por el ganado y que por eso se quedaba en la estancia. Hubo una tarde en que lloró sin consuelo y más que nunca. Es que en ese mismo momento, en la mina, su enamorado moría aplastado por una piedra. Como adivinando, la chica lloraba desesperada. Una noche sintió unos pasos y tocaron la puerta de la estancia. La chica abrió y ahí estaba su enamorado. Él parecía cansado. «He caminado mucho. Vengo de lejos. Me has llorado demasiado, por eso he regresado». La chica le preparó algo de comer pero él dijo que no tenía hambre. De todas maneras le sirvió y se pusieron a comer. Los alimentos que el enamorado comía se le salían por el pecho y él los disimulaba escondiéndose bajo el poncho. Llegó la hora de dormir. Él se acostó rápido. Cuando también ella iba a meterse bajo la manta, notó que los pies de su amigo tenían escamas, eran como de gallo. Entonces ella le dijo que quería salir afuera para hacer una necesidad. Salió y se fue corriendo. Él le gritaba: «¿Por qué me llamaste tanto? Me has hecho regresar y ahora corres de mí». Desde entonces, ese muchacho recorría las alturas de la estancia. Se lamentaba. Es que se había condenado. Ya no pudo regresar a su sitio, se quedó en la Tierra penando. Por eso no hay que llorar demasiado cuando tu pareja o tu hijo se mueren de repente. No hay que retener a quien se pierde.



EL CUENTO DE BALLQUISHAHUA

Tradición oral quechua de Chachapoyas



El rey Inca envió a Ballquishahua para que conquistara al pueblo de Conila por ser una comunidad muy brava. Allí había una bruja¹. Esa dijo: «Yo buscaré a Ballquishahua para ustedes». Convirtiéndose en palla, la bruja esperó en la tranga² por la que Ballquishahua tenía que llegar.

Al llegar Ballquishahua, la bruja lo engañó diciéndole que lo amaba mucho. «¡Vivamos juntos!». Se quedaron allí un rato y Ballquishahua durmió con su cabeza sobre el regazo de esa bruja convertida en *palla*.

Entonces, la bruja le cortó el cabello de la cabeza y los pelos del pecho. Ballquishahua despertó totalmente sordomudo (¿impotente?) sin poder hablar. Entonces, la bruja mandó avisar a la comunidad para que todos los hombres fuesen a matar a Ballquishahua.

Después de haberlo matado, de los dedos de sus manos hicieron su antara y de su cabeza sus *caracoles*. De la piel de su vientre hicieron sus tamborcitos. De los huesos de sus piernas hicieron quenas. De sus tripas hicieron sus bajos y sus pistones. Por ese motivo, los conilanos son todos músicos hasta nuestros días.

Y hasta hoy se tocan esos tamborcitos en las noches de los martes y viernes cada luna nueva. Todas las comunidades los oyen.



1 Bruja: en el hispanismo, bruja se refiere a un hombre o a una mujer. En este contexto, se definía a la bruja como yaꞑaynĭj byeja / yaꞑa-y-niyuk vieja / «una anciana sabia y astuta».

2 Tranga: tranca; barrera con su «tranca» que se encuentra en el camino de entrada de los pueblos. (Ambas notas son del texto original).

LOS CACHORROS

El relato «Los cachorros» empieza cuando Cuéllar llega a un nuevo colegio. ¿Qué características tenía Cuéllar?

Quando jugaban fútbol después de clases, el perro, Judas, se alteraba. ¿Cómo hace el autor para mostrar la peligrosidad de Judas?

El año que llegó, Cuéllar no era muy bueno en fútbol, ¿qué hizo para mejorar?

Averigua qué significa *mens sana in corpore sano*. ¿Por qué se puede aplicar este dicho a Cuéllar? Explica.

¿Dónde muerde Judas a Cuéllar?

¿Por qué crees que los padres de Cuéllar le dicen que es mejor que no diga dónde lo ha mordido el perro?

ANNA KARENINA

Basándote en el fragmento de *Anna Karenina*, ¿cómo se siente la protagonista? Descríbelo.

¿Cuál es la razón de sus angustias?

En un momento, Anna piensa: «Y donde termina el amor empieza el odio». ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? Explica tu respuesta.

El párrafo final habla de la luz de un libro. ¿Qué libro es ese?

¿Qué pasa con Anna al final?

Observa que el narrador ha insertado largas partes donde se muestra lo que está pensando Anna, como si nos hablara directamente. ¿Cómo nos ayuda este recurso a entender al personaje?

LOS MUERTOS

Observa en el poema «Los muertos» cómo se han utilizado los siguientes adjetivos en las dos primeras estrofas: triste, doliente, mustio, silenciosas. ¿Qué atmósfera comunican estos adjetivos?



Eguren imagina a la muerte caminando por una avenida que nunca termina. ¿Qué crees que puede representar esa avenida?

En la tercera estrofa, dice que extrañan algo. Explica con tus propias palabras qué extrañan.

¿De qué es símbolo la guadaña?

Observa cómo hay una sensación de movimiento en el comienzo de las primeras cuatro estrofas:

«Los nevados muertos (...)
 «Van con mustias formas (...)
 «Lentos brillan blancos (...)
 «Al caminar, los muertos (...)

¿Qué palabras transmiten ese movimiento?

La última estrofa habla del alejamiento de los nevados cerrando el poema. ¿Por qué concluye el poema con los nevados en la lejanía?

 **DOLOR**

En el inicio del poema «Dolor», se describe la tarde de octubre como divina. Observa los siguientes versos de esa misma estrofa. ¿Cómo describe la orilla del mar en la primera estrofa?

En la segunda estrofa, la voz poética desea ser perfecta para estar de acuerdo con el paisaje. ¿Por qué crees que desea eso?

Observa que en la tercera estrofa cada par de versos propone una situación. Por ejemplo:

«ver cómo se rompen las olas azules
 contra los granitos (...)»
 «pensar que pudieran las frágiles barcas
 hundirse en las aguas (...)»

¿Cómo quisiera la voz lírica reaccionar ante esas situaciones?

Finalmente, la voz poética quiere estar presente en la orilla. ¿Con qué imagen se identifica?

Pero, al mismo tiempo, quiere mimetizarse con el paisaje, ser una parte de él, sin sentimientos ni emociones. ¿Cómo relacionas esta idea con el título del poema?

EL JOVEN LLORADO

«El joven llorado» es una interesante narración de dos jóvenes enamorados. ¿Qué le propone hacer el joven a su amada para que los padres les acepten vivir juntos?



¿Por qué la muchacha no quería ir a su casa y se quedaba con el ganado?

¿Por qué huye la muchacha cuando regresa su joven enamorado?

 **EL CUENTO DE BALLQUISHAHUA**

¿Por qué quiere el Inca enviar a Ballquishahua al pueblo de Conila?

¿Cómo hace la bruja para salvar a Conila del enviado del Inca?

¿Qué partes del cuerpo de Ballquishahua dieron lugar a qué instrumentos musicales? Completa.

Piel del vientre _____

Tripas _____

Huesos de las piernas _____

Dedos de las manos _____

Cabeza _____





AMOR DE REDONDEL A MODO DE NOVELA

1886

CJORINDA MATTO DE TURNER

(peruana)

I

Cumplidos tenía sus veintiocho años y si ganó en el desarrollo muscular no redujo a cero el renombre en las plazas continuas a las de su provincia.

Francisco Ccolqqe nació en las faldas de un nevado perpetuo, recibiendo de la naturaleza el carácter tétrico reconcentrado, casi frío; pero al salvar las colinas y llegar a la pampa sintió el fuego de la sangre andaluza.

La bravura de los brutos de las montañas sublevó la fiereza de su instinto, y Pancho se hizo torero.

La fiesta de San Juan Bautista, patrón de su pueblo, se festejaba con lidias de toros y carreras de cencerros; en las *plazas* improvisadas, dejó nombre de temerario, por su arrojo, y fue admirado por su agilidad para burlar la *dirección de la furia*.

Magnética era la fuerza de su pupila negra, puesta en ojos grandes y rasgados, sombreados doblemente por largas pestañas y por arqueada ceja.

Bucles castaños rizados como la onda del lago, y empolvados por la tierra, caían en graciosa melena sobre su hombro adornando su cabeza, a la que servían de pedestal, magnífico talle esbelto y porte aristocrático.

Francisco no vino al mundo para terminar su existencia en un ignorado rincón, y alguno le dijo al oído «¡Lima!».

La alegre Plaza de Acho era el teatro de aquel actor, y desde que escuchó la palabra mágica —Lima—, su ideal querido, se reconcentró en aquellas cuatro letras que dicen placer, ventura, contento, nombradía, gloria y fortuna. «¡Lima!».

Llegar a sus playas aromáticas y sentir su ambiente embriagador era transportarse a un mundo desconocido, que nos aguarda con portada de inmortalidad.

Pero Pancho no contaba con monedas, y el siglo pregunta a los huéspedes ¿cuánto tienes?, para darles *patente*.

Una circunstancia favoreció al torero.

La guerra civil ardía con llama cada vez más elevada. El aguerrido ejército constitucional cruzaba las agrestes soledades del interior, sin otro equipo que su patriotismo, sin más aliento que su fe en los grandes destinos de las naciones.

Una mañana, Pancho abrazó a sus dos hermanitas, María y Mañuca, las besó en la frente y les dijo:

—Adiós, pídanles a la Virgen de la Cueva Santa que me guíe, y alguna vez llegarán ustedes a Lima.

Después partió, alegre y satisfecho, como quien lleva actas unipersonales y va a sentarse en las poltronas del soberano Congreso.

En aquella fecha, el general, director de la guerra, pernoctaba en Apurímac, después de la penosa jornada de las *zetas* y el puente de *columpio*.

Pero a Francisco no debía oponérsele dificultad. Estaba resuelto a todo. Llegar a Lima era su objeto.

—Mi general —dijo acercándose al conductor de las huestes—, presente Francisco Ccolque, torero de los pueblos que, cansado de burlar al animal, quiere sacar suertes a sus semejantes. Quiero formar en las filas y matar gente; matar hasta vencer o morir.

El general, con sorna intencionada, aprobó la resolución del torero y lo mandó en calidad de distinguido al batallón Junín N.º 1 de línea.

II

En Lima, ¡cómo se cruzan las impresiones del ánimo! Variantes todas sobre un mismo tema: placer y felicidad.

Lima comenta con ternura un balazo, que un *gringo* se aplica como portante al otro mundo, y se lastima cuando un chino se balancea ahorcado por su propia mano para viajar a Tonquín; mas, luego, la *Mascota* o *Bocaccio*, la alegre romería de la Exposición, o el alegre listín de los toros le cambian la escena, y le varían el sentimiento. La gran capital encierra el Perú, donde se condensa el bullicio de toda la República.

Sus mujeres sueñan en un campo cuyos matices se alternan, confundidos muchas veces, lo serio y lo superfluo.

La limeña es grande, heroica, si se trata de acciones elevadas y nobles; es niña cuando desciende al nivel de las pequeñeces de la vida. Alarga la mano al desgraciado, alivia una dolencia, besa la frente de las víctimas del dolor, y después reparte sus niñerías entre las modas que confecciona madama Borrel Fontete, sus elegantes sombreros, los joyeles de las vidrieras de Bacigalupi y las alabastrinas mesas de la heladería de Capella.

Cuando se trata de Acho, Lima es la Babilonia del entusiasmo, y si *aún* se beneficia a una compañía de bomberos, esos esforzados campeones del valor, el desprendimiento y el heroísmo. El pueblo enloquece para dirigirse a la plaza histórica.

Era una tarde de toros.

Los listines prometían mucho. Espadas, capas y banderilleros estaban recomendados en letras de molde, y solo un nombre quedaba en blanco.

—¿Será Papito, el Montatoros? —se decían todos, y los niños, partidarios declarados de Papito, repetían alegres, arrojando las gorras al aire:

—¡Papito; sí, Papito!

El circo quedó repleto de gente. Los clarines dieron la voz de salida, y las cuadrillas de a pie y a caballo se encaminaron a la venia de la Municipalidad.

Entre los toreros se adelantó un gallardo mozo, de bigote perfectamente poblado; vestía ropa grana con bordaduras de plata, media blanca, zapatillas de terciopelo y gorra de *ídem*, con cintillo de similar¹ blanco.

«¡Ese es nuevo! ¡Torero nuevo!», decían todos. Y diez mil ojos se dirigían hacia el torero, que aquella tarde hacía su *debut*, sin anuncios, sin recomendación; para todos desconocido, aun para casi todos sus mismos compañeros de toreo.

Salió el bicho: una, seis, diez suertes de a caballo; suena el clarín y los de a pie adelantan. Francisco Plata, el torero de la montaña, seguirá a Pichilín y a Pastrana, el gallardo. Es la primera vez que Francisco luchará con la fiera sujetando sus movimientos al arte y a la elegancia de gran torero.

Francisco conoce ya su puesto. Acométele *Cien Rayos*. Se para firme, como pilastra; su mirada de león detiene por unos segundos al bravo animal, y luego una, tres, seis, diez suertes. La plaza repercute salva de aplausos, que llegan hasta el cerro San Cristóbal. Ya saben todos que ese es Pancho Ccolque.

Todos lo llaman; su nombre se repite con entusiasmo. Ese día, Pancho, que al llegar a Lima ha traducido en *Plata* su apellido indígena, recibió el bautismo del público para ser su ídolo.

Paco de Plata.

No es un nombre prosaico para un torero. El público ha simpatizado con él.

Nada de sobrenombres, cuando más un agregado, como aclaración emblemática. Paco de Plata, el gallardo, el fachoso, el inmortal.

Debía matar al quinto toro. Al cuarto, púsole las banderillas con la limpieza del maestro Valdez. Le llegó el turno; *Traga leones* acometió y fue muerto por Pancho Plata como un humilde cordero, al que troncha vibrante rayo en tarde tempestuosa.

La hoja de acero traspasó el corazón del bruto, y ahí nomás, lanzando horrible mugido, quedó sin vida el animal, dominando el torbellino del circo.

¹ Similar: aleación de metales que se hace fundiendo cinc con el cobre. El resultado tiene el color y brillo del ojo.

El pueblo pierde el juicio cuando ve victimar a la fiera con rapidez semejante.
«¡Paco de Plata».

«¡Viva, Paco de Plata».

Circulan las butifarras, el agua de berros, el emoliente, el *doctor*.
Todos trincan a la salud de Paco de Plata.

«¡Viva, Paco de Plata!».

Todas las galerías lo llaman; puñados de lucientes soles caen a sus pies. En aquel momento supremo, el torero dirige su mirada a una galería de la izquierda.

Maquinalmente, se llevó la mano al pecho, y arrojando bocanadas de aire comprimido, cual resoplido de locomotora contenida, sacudió la cabeza como para desechar algo mortificante.

III

Es la décima vez que Pancho Plata sale a la plaza.

Tan pronto y ya es un veterano, y a su aparición lo saluda ya el público con salva generosa de sus palmas.

Pero Pancho está taciturno. Su mirada es fosforescente: sus labios están secos y su andar es descuidado, distraído.

Ha pasado la noche anterior con sus amigos en la pulpería del italiano Ravich, que tan excelente *mosto* propina.

Se ha hablado de la próxima corrida, y Paco, dirigiéndose a un compañero suyo tan valiente como bondadoso, le ha dicho:

—Esta es mi última noche. Mañana dormiré bajo tierra, después de balancearme sobre las *lanzas de Invencible*. No olvide, compañero, mi encargo: y bebamos a la buena salud de los muertos.

—De los vivos querrás decir, chico —arguyó Pepe—, y no hablemos aquí sino de sacar suertes a la suerte.

—Hasta mañana —dijo Pancho, tomando su sombrero de ancha ala. Al siguiente día llegaba tal como lo hemos presentado.

El bicho es un león por su bravura, y azabache es su color, si color puede llamarse el negro.

Lo reciben los de a caballo, suena la señal, y Pancho, adelantándose como centinela a la voz de alerta, se coloca cara a cara delante del animal: cárgale este; él no se mueve, y tomándoles la *furia* de frente lo levanta dos, tres y cinco veces al aire, y otras tantas lo deja caer al suelo.

El pueblo grita horrorizado, las niñas se desmayan, los nervios están de todos; los toreros acuden en defensa, pero no logran arrebatarse la presa al furioso animal que, entre el polvo y la espuma de su boca, arroja chispas de fuego, hasta que una bala de revólver le ha atravesado el corazón. Pancho Ccolqqe, Paco de Plata, ha muerto, y una mujer, elegantemente vestida, arrojándose desde una galería, va a mezclarse con la multitud que recoge el cuerpo ensangrentado del torero.

IV

Acudan al doctor Villar, al doctor Flores, los mejores médicos de Lima, que Paco respira aún y acaso la ciencia pueda salvar la vida al gallardo torero de las sierras que, bárbaro, se ha entregado con la resolución del suicida.

El pueblo tiene sus ídolos. Dichosos los ídolos que mueren antes de que el pueblo los mate, pasada la privanza.

Pidieron un coche y diez acudieron al instante.

Se puso en el N.º 117 el cuerpo helado de Paco, y junto con él fue la mujer que hemos visto bajar de una galería.

Al cabo de un mes, las gacetillas de los diarios anunciaban el restablecimiento de la salud del simpático Paco de Plata, arrojado al peligro por el desdén de una mujer, cuyos ojos le hirieron el alma el primer día que se presentó en la plaza de Acho.

Los amores de los toreros son fieros, terribles, como el oficio.

El amor del torero ha puesto su límite entre la muerte o la vida.

Pancho Ccolqqe nació impetuoso, y sus pasiones eran invencibles.

Su resolución fue el combustible que arrojó llama en el corazón de la mujer poco ha desdeñosa.

Las aberraciones de la mujer son infinitas, como su ternura.

Paulita Laredo, de posición medianamente ventajosa, amó, en los umbrales de la muerte, al torero a quien despreciara en vida. Y lo amó hasta darle su mano. Pancho Plata cuenta su dicha por horas; ella asegura que tiene encantos desconocidos el amor de un torero, y cuando habla de ello a sus amigas [les comenta]²:

—Hijas —les dice—, no hay como el amor de redondel.

—Protestamos —responden ellas, con la gracia encantadora que tienen los ángeles de falda que pueblan las orillas del Rímac.

Pero la verdad es que el amor tiene héroes aun en las clases desheredadas de los grandes pueblos.



² La información entre corchetes es un agregado de los editores responsables de la publicación consultada.

UNA VENDETTA

1883

GUY DE MAUPASSANT

(francés)



La viuda de Pablo Saverini vivía sola con su hijo en una pobre casita junto a las murallas de Bonifacio. La ciudad, construida en un saliente de la montaña, colgada incluso en algunos puntos sobre la mar, mira, por encima del estrecho erizado de escollos, hacia la costa más baja de Cerdeña. A sus pies, por el otro lado, contorneándola casi por entero, un corte del acantilado, que parece un gigantesco corredor, le sirve de puerto, lleva hasta las primeras casas, tras un largo circuito entre dos abruptas murallas, los barquitos de pesca italianos o sardos y, cada quince días, el viejo vapor asmático que hace el servicio de Ajaccio.

Sobre la blanca montaña, el montón de casas pone una mancha aún más blanca. Semejan nidos de pájaros salvajes, así colgadas del peñasco, dominando ese pasaje terrible por el que no se aventuran los navíos. El viento sin tregua azota el mar, azota la costa desnuda, socavada por él, apenas revestida de hierba; se precipita en el estrecho, cuyas dos orillas devasta. Las estelas de pálida espuma, enganchadas en las puntas negras de las innumerables rocas que hienden por doquier las olas, semejan jirones de tela flotantes y palpitantes en la superficie del agua.

La casa de la viuda Saverini, soldada al mismo borde del acantilado, abría sus tres ventanas a este horizonte salvaje y desolado.

Vivía allí, sola, con su hijo Antonio y su perra Pizpireta, un gran animal flaco, de pelaje largo y áspero, de la raza de los guardianes de rebaños. Le servía al joven para cazar.

Una noche, tras una disputa, Antonio Saverini fue matado a traición, de un navajazo, por Nicolás Ravolati, quien esa misma noche escapó a Cerdeña.

Cuando la anciana madre recibió el cuerpo de su hijo, que le llevaron unos transeúntes, no lloró, pero permaneció largo rato inmóvil, mirándolo; después, extendiendo su mano arrugada sobre el cadáver, le prometió una

vendetta. No quiso que nadie se quedase con ella, y se encerró junto al cuerpo con la perra, que aullaba. El animal aullaba de manera continua, a los pies de la cama, con la cabeza tendida hacia su amo, y el rabo apretado entre las patas. No se movía, como tampoco la madre que, inclinada ahora sobre el cuerpo, mirándolo de hito en hito, lloraba con gruesas lágrimas mudas mientras lo contemplaba.

El joven, de espaldas, vestido con su chaqueta de paño grueso agujereada y desgarrada en el pecho, parecía dormir, pero tenía sangre por todas partes: en la camisa arrancada para los primeros auxilios; en el chaleco, en los calzones, en la cara, en las manos. Coágulos de sangre se habían cuajado en la barba y el pelo.

La anciana madre empezó a hablarle. Al rumor de aquella voz, la perra se calló.

—Anda, anda, serás vengado, pequeño mío, hijo mío, mi pobre niño. Duerme, duerme, serás vengado, ¿me oyes? ¡Tu madre te lo promete! Y cumple siempre su palabra, tu madre, lo sabes muy bien.

Y lentamente se inclinó sobre él, pegando sus labios fríos a los labios muertos.

Entonces Pizpireta reanudó sus gemidos. Lanzaba una larga queja monótona, desgarradora, horrible.

Así estuvieron, los dos, la mujer y el animal, hasta la mañana.

Antonio Saverini fue enterrado al día siguiente, y ya nadie habló de él en Bonifacio.

No había dejado hermanos ni primos carnales. No había ningún hombre para llevar a cabo la *vendetta*. Solo su madre pensaba en ella, pobre vieja.

Al otro lado del estrecho, veía de la mañana a la noche un punto blanco en la costa. Era una aldehuela sarda, Longosardo, donde se refugian los bandidos corsos acosados muy de cerca. Pueblan casi solos ese villorrio frente a las costas de su patria, y esperan allá el momento de regresar, de volver para echarse al monte. En aquel pueblo, ella lo sabía, se había refugiado Nicolás Ravolati.

Completamente sola, a lo largo de todo el día, sentada a su ventana, miraba hacia allá abajo pensando en la venganza. ¿Cómo se las arreglaría ella, sin nadie, achacosa, tan cerca de la muerte? Pero lo había prometido, lo había jurado sobre el cadáver. No podía olvidar, no podía esperar. ¿Qué haría? Ya no dormía de noche, ya no tenía reposo ni sosiego, buscaba, obstinada. La perra a sus pies, dormitaba, y a veces, alzando la cabeza aullaba hacia la lejanía. Desde que su amo no estaba ya, a menudo aullaba así, como si lo llamase, como si su alma de animal, inconsolable, hubiera también guardado ese recuerdo que nada borra.

Ahora bien, una noche, cuando Pizpireta reanudaba sus gemidos, la madre, de repente, tuvo una idea, una idea de salvaje vengativo y feroz. La

meditó hasta el alba; después, levantándose al rayar el día, se dirigió a la iglesia. Rezó, prosternada en el pavimento, abatida ante Dios, suplicándole que la ayudase, que la sostuviese, que diera a su pobre cuerpo gastado la fuerza que necesitaba para vengar a su hijo.

Después volvió a su casa. Tenía en el patio un viejo barril desfondado, que recogía el agua del canalón; le dio la vuelta, lo vació, lo sujetó al suelo con estacas y piedras; después encadenó a Pizpireta a aquella perrera, y entró en la casa.

Caminaba ahora, sin descanso, por su habitación, los ojos siempre clavados en la costa de Cerdeña. Allá abajo estaba el asesino.

La perra aulló todo el día y toda la noche. La vieja, por la mañana, le llevó agua en un cuenco; pero nada más: ni comida ni pan.

Transcurrió un día entero. Pizpireta, extenuada, dormía. Al día siguiente, tenía los ojos brillantes, el pelaje erizado, y tiraba locamente de la cadena.

La vieja tampoco le dio nada de comer. El animal, enfurecido, ladraba con voz ronca. Pasó una noche más.

Entonces, ya amanecido, la señora Saverini fue a casa de su vecino, a pedirle que le diera dos haces de paja. Cogió unas viejas ropas que había llevado en tiempos su marido, y las relleno de forraje para simular un cuerpo humano.

Habiendo clavado un palo en el suelo, delante de la perrera de Pizpireta, ató a él aquel maniquí, que así parecía estar de pie. Después representó la cabeza por medio de un paquete de ropa vieja.

La perra, sorprendida, miraba aquel hombre de paja, y callaba, aunque devorada por el hambre.

Entonces la anciana fue a comprar en la salchichería un largo pedazo de morcilla. Al volver a casa, encendió un fuego de leña en el patio, cerca de la perrera, y asó la morcilla. Pizpireta, enloquecida, daba saltos, echaba espuma, con los ojos clavados en la parrilla, cuyo aroma penetraba en su vientre.

Después la vieja hizo con aquella papilla humeante una corbata para el hombre de paja. La ató un buen rato con bramante en torno al cuello, como para metérsela dentro. Cuando acabó, soltó a la perra.

De un formidable salto el animal alcanzó la garganta del maniquí y, con las patas sobre sus hombros, empezó a desgarrarla. Se dejaba caer, con un trozo de su presa en el hocico, y luego se lanzaba de nuevo, hundía los colmillos en las cuerdas, arrancaba algunas porciones de comida, volvía a dejarse caer, y saltaba de nuevo, encarnizada. Deshacía el rostro a grandes dentelladas, hacía jirones el cuello entero.

La anciana, inmóvil y muda, la miraba, con ojos encendidos. Después volvió a encadenar al animal, lo tuvo en ayunas dos días, y recomenzó aquel extraño ejercicio.

Durante tres meses, la acostumbró a esta especie de lucha, a esta comida conquistada con los colmillos. Ahora ya no la encadenaba, limitándose a lanzarla con un ademán sobre el maniquí.

Le había enseñado a desgarrarlo, a devorarlo, incluso sin que en su garganta se ocultara el menor alimento. A continuación le daba, como recompensa, la morcilla asada por ella.

En cuanto veía al hombre, Pizpireta se estremecía, después volvía los ojos a su ama, que le gritaba: «¡Hale!» con voz silbante, alzando un dedo.

Cuando juzgó llegado el momento, la señora Saverini fue a confesarse y comulgó una mañana de domingo, con un fervor extático; después, vistiéndose con ropas de hombre, como un pobre viejo andrajoso, trató con un pescador sardo, que la condujo, acompañada por su perra, al otro lado del estrecho.

Llevaba, en una bolsa de tela, un gran trozo de morcilla. Pizpireta estaba en ayunas desde hacía dos días. La anciana le dejaba olfatear a cada momento el oloroso alimento, y la excitaba.

Entraron en Longosardo. La corsa marchaba cojeando. Se presentó en una panadería y preguntó por la casa de Nicolás Ravolti. Este había reanudado su antiguo oficio, carpintero. Trabajaba solo al fondo de su taller.

La vieja empujó la puerta y lo llamó:

—¡Eh! ¡Nicolás!

Él se volvió; entonces, soltando a la perra, ella gritó:

—Hale, hale, ¡come, come!

El animal, enloquecido, se abalanzó sobre él, se le enganchó a la garganta. El hombre extendió los brazos, lo estrechó, rodó por el suelo. Durante unos segundos se retorció, golpeando el suelo con los pies; después se quedó inmóvil, mientras Pizpireta hurgaba en su cuello, que arrancaba a jirones.

Dos vecinos, sentados ante sus puertas, recordaron perfectamente haber visto salir a un anciano pobre con un perro negro y flaco que comía, mientras caminaba, una cosa marrón que le daba su amo.

La anciana había vuelto a su casa por la tarde. Y esa noche, durmió bien.



LOS DOS ÁNGELES

1928

RAFAEL ALBERTI

(español)



Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
clavándose en mi cuerpo,
en mis alas sin plumas, en lo que nadie ve,
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel de las canteras sin auroras,
de los pozos sin agua,
de las simas sin sueño,
ya carbón del espíritu,
sol, luna.

Me duelen los cabellos
y las ansias. ¡Oh, quéname!
¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quéname!
¡Quémallo, ángel de luz, custodio mío,
tú que andabas llorando por las nubes,
tú, sin mí, tú, por mí,
ángel frío de polvo, ya sin gloria,
volcado en las tinieblas!

¡Quémallo, ángel de luz,
quéname y huye!



EL CÓNDOR

1952

PABLO NERUDA

(chileno)



Yo soy el cóndor, vuelo
sobre ti que caminas
y de pronto en un ruedo
de viento, pluma, garras,
te asalto y te levanto
en un ciclón silbante
de huracanado frío.

Y a mi torre de nieve,
a mi guarida negra
te llevo y sola vives,
y te llenas de plumas
y vuelas sobre el mundo,
inmóvil, en la altura.

Hembra cóndor, saltemos
sobre esta presa roja,
desgarremos la vida
que pasa palpitando
y levantemos juntos
nuestro vuelo salvaje.



DOS CUERPOS

1944

OCTAVIO PAZ

(mexicano)



Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos olas
y la noche es océano.

Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos piedras
y la noche desierto.

Dos cuerpos frente a frente
son a veces raíces
en la noche enlazadas.

Dos cuerpos frente a frente
son a veces navajas
y la noche relámpago.

Dos cuerpos frente a frente
son dos astros que caen
en un cielo vacío.



LA HORA

1919

JUANA DE IBARBOUROU

(uruguaya)

Tómame ahora que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
como una campana sacudida aprisa.

Después..., ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo,
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. ¡Oh amante!, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?



AMOR DE REDONDEL

En «Amor de redondel», el protagonista es un torero que se sabe destinado a ser famoso no solo en su pueblo de la sierra y alrededores. Por eso, decide viajar a Lima. Basándote en lo que dice el texto, ¿qué imagen de esa ciudad se da en el cuento? Explica.

¿Qué debe hacer Francisco, el torero, para llegar a Lima?

Su triunfo en la Plaza de Acho es inmediato. No así fuera del ruedo. Observa la siguiente cita:

«Todas las galerías lo llaman; puñados de lucientes soles caen a sus pies. En aquel momento supremo, el torero dirige su mirada a una galería de la izquierda. Maquinalmente, se llevó la mano al pecho, y arrojando bocanadas de aire comprimido, cual resoplido de locomotora contenida, sacudió la cabeza como para desechar algo mortificante.»

¿Qué cosa lo mortifica?

¿Por qué le dice a su compañero que al día siguiente va a morir?

¿Qué lo salva de la muerte?

Algunas personas sostienen que el toreo es una costumbre cruel, ¿qué piensas tú? ¿Crees que deba prohibirse? Explica tus razones.

UNA VENDETTA

«Una *vendetta*» narra la venganza de una madre viuda por el asesinato de su hijo, Antonio Saverini. ¿Cómo muere este joven?

¿Cómo se sentía Pizpireta, la perra del hijo, luego de su muerte?

¿Cómo entrenó la viuda a la perra para cobrar la venganza que había prometido a su hijo? Explica.

¿Por qué se viste de hombre la viuda para llevar a cabo su venganza?

Cometer un asesinato no debe hacer que una persona se sienta bien. ¿Por qué el cuento termina con esta oración: «Y esa noche, durmió bien.»? Explica.

LOS DOS ÁNGELES

En el poema «Los dos ángeles», se confunden dos voces poéticas. ¿Cuáles son y cómo puedes distinguirlas?

Uno de los ángeles que aparecen en el poema es un «ángel de luz». El otro, ¿cuál podría ser?

Lee esta cita:

«Me duelen los cabellos
y las ansias. ¡Oh, quémame!
¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quémame!»

¿Por qué crees que la voz poética invoca al ángel de luz para que la queme?

EL CÓNDOR

En el poema «El cóndor», la voz poética es un cóndor. ¿A quién rapta?

Observa cómo sintetiza los movimientos bruscos que realiza el cóndor para asaltar a su presa:

«(...) en un ruedo
de viento, pluma, garras,
te asalto y te levanto
en un ciclón silbante
de huracanado frío.»

¿Cómo expresan movimiento los sustantivos «viento», «pluma» y «garras» asociados a las formas verbales «te asalto» y «te levanto»?

¿Qué se describe como un «ciclón de huracanado frío»?

¿A dónde lleva a su presa?

La agresividad de estas grandes aves se hace evidente en los últimos versos. ¿Qué le propone el cóndor a su pareja?

DOS CUERPOS

Todas las estrofas del poema «Dos cuerpos» comienzan con el mismo verso: «Dos cuerpos frente a frente». ¿Qué quiere resaltar la voz poética con esta repetición?

Observa que lo que viene después son comparaciones: dos olas, dos piedras, raíces, navajas, dos astros. Si estas comparaciones las asociamos a estados de ánimo de la pareja, ¿a qué estados de ánimo podrían referirse?

Por otro lado, todas esas comparaciones se refieren a la noche, la cual, a su vez, es comparada con otros elementos: océano, desierto, relámpago y vacío. ¿Por qué crees que ubica a los cuerpos en la noche?

¿Se refiere el poema realmente a dos cuerpos? Explica tu respuesta.

LA HORA

En el poema «La hora», existen dos tiempos muy definidos, el ahora y el después. ¿A quién se dirige la voz lírica?

¿Qué quiere la voz lírica que haga esa persona a la que se dirige?

La voz lírica señala que ahora ella tiene ciertas características. ¿Cuáles son?

¿Qué dice la voz lírica que va a pasar con ella en ese después?



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

I. Tradiciones orales

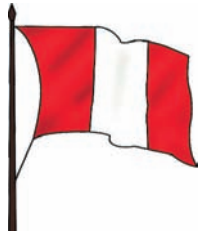
- «El cuento de Ballquishahua». Tradición oral quechua de Chachapoyas. En *Tradición oral quechua de Chachapoyas*. Gerald Taylor. Lima: IFEA-ATOQ, 1996.
- «El joven llorado». Narrada por Vilma Alejo Núñez. Tradición oral de Cajatambo, Lima. En *Sobre el tema de la pasión. Mitología andino-amazónica*. Alejandro Ortiz Rescaniere. Lima: PUCP, 2004.
- «Pishtaco, nacacc». Testimonio de Jesús Urbano Rojas. En *Santero y caminante. Santoruraj-Nampurej*. Jesús Urbano Rojas y Pablo Macera. Lima: Apoyo, 1992.
- «Relato de un borracho y un epe'yui». Narrada por Miguel Ángel Jusayú. Tradición oral wayuu o guajiro de Venezuela y Colombia. En *Hermosos invisibles que nos protegen. Antología Wayuu*. Juan Duchesne Winter (compilador). Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, 2015.
- «Un hombre con poder». Tradición oral del Valle del Colca. En *La doncella sacrificada. Mitos del Valle del Colca*. Ricardo Valderrama y Carmen Escalante (compiladores). Arequipa: UNSA, IFEA, 1997.

II. Cuentos, poemas, novelas

- ALBERTI, Rafael. «Los dos ángeles». En *Cal y canto*. Madrid: Revista de Occidente, 1928.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo. «Rima XLI». En *Rimas*. Rafael Montesinos (editor). Madrid: Cátedra, 2004.
- BEINGOLEA, Manuel. [1903]. «Mi corbata». En *El cuento peruano hasta 1919*, volumen II. Ricardo González Vigil (selección, prólogo y notas). Lima: Petroperú-Copé, 1992.
- BRYCE ECHENIQUE, Alfredo. «Una mano en las cuerdas». En *Huerto cerrado*. La Habana: Casa de las Américas, 1968.
- CASTELLANOS, Rosario. [1960]. «La tregua». En *Antología del cuento hispanoamericano*. Fernando Burgos (editor). México D. F.: Porrúa, 1991.
- EGUREN, José María. [1916]. «Los muertos». En *Obra poética. Motivos*. Ricardo Silva Santisteban (prólogo, cronología y bibliografía). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel. [1901]. «Al amor». En *Obras completas*, tomo III, volumen V. Luis Alberto Sánchez (prólogo y notas). Lima: Copé, 1988.

- HELGUERO, Lorenzo. [2000]. «El trompo». En *Poesía peruana para jóvenes*. Ricardo González Vigil (selección y prólogo). Lima: Alfaguara, 2001.
- IBARBOUROU, Juana de. «La hora». En *Lenguas de diamante*. Buenos Aires: Cooperativa, 1919.
- KAFKA, Franz. [1936]. «El puente». En *Cuentos completos*. Madrid: Valdemar, 2000.
- MATTO DE TURNER, Clorinda. [1886]. «Amor de redondeb». En *Narrativa breve. Tradición, leyendas y relatos*. Marcel Velázquez Castro (editor, estudio preliminar y notas). Lima: Caslit y Editorial San Marcos, 2015.
- MAUPASSANT, Guy de. [1883] «Una vendetta». En *Los mejores cuentos*. Madrid: Alianza, 2012.
- MISHIMA, Yukio. [1956]. *El rumor del oleaje*. Madrid: Alianza, 2006.
- NERUDA, Pablo. [1952]. «El cóndor». En *Los versos del capitán*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- PALMA, Clemente. [1904]. «El príncipe alacrán». En *Narrativa completa*. Ricardo Sumalavia (editor). Lima: PUCP, 2006.
- PARRA, Teresa de la. [1982]. «El ermitaño del reloj». En *Antología del cuento hispanoamericano*. Fernando Burgos (editor). México D. F.: Porrúa, 1991.
- PAZ, Octavio. [1944]. «Dos cuerpos». En *Libertad bajo palabra. Obra poética 1935-1957*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- PU Songling. [siglo XVII]. «El grillo». En *Esculpiendo dragones. Antología de literatura china*, tomo II. Guillermo Dañino (compilador). Lima: PUCP, 1996.
- RIBEYRO, Julio Ramón. «El próximo mes me niveló». En *La palabra del mudo*, tomo II. Lima: Milla Batres, 1973.
- RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo. «El retorno de Eliseo». En *Danzantes de la noche y de la muerte y otros relatos*. Lima: Alfaguara, 2006.
- STORNI, Alfonsina. «Dolor». En *Ocre*. Buenos Aires: Babel, 1925.
- TOLSTÓI, León. [1877]. *Anna Karenina*, tomo II. Madrid: Alianza, 2009.
- VALLEJO, César. [1918]. «Idilio muerto». En *Los heraldos negros*. Efraín Kristal (introducción) y Marta Ortiz (editora). Madrid: Castalia, 2009.
- VARELA, Blanca. «Historia». En *Valses y otras confesiones*. Lima: INC, 1972.
- VARGAS LLOSA, Mario. [1967] *Los cachorros*. En *Los jefes. Los cachorros*. Barcelona: Seix Barral, 1988.

SÍMBOLOS DE LA PATRIA



Bandera Nacional



Himno Nacional



Escudo Nacional

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2

Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Artículo 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

Artículo 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).
2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.
2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país.

Artículo 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.
2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.
2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).
2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.
3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.
2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.
2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.
2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.
3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22

Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.
2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.
3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.
4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez y otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.
2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.
2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.
3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.
2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).
2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.
3. Estos derechos y libertades no podrán en ningún caso ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 30

Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.